

CATALUÑA

Revista semanal, 2.^a época de "La Cataluña"

Números 222 y 223

6 y 13 enero 1912

Número extraordinario dedicado a
el pensamiento catalán



Textos y notas biográficas

de

Los primitivos: **Oliva**

Ramón Lull

Arnau de Vilanova

Francesch Eximenic

Anselm Turmeda

Bernat Metje

Ramón Sabiuda

Luis Vives

Joaquín Setantí

La Escuela de Cervera

Jaime Balmes

R. Martí d'Eixalá

F. J. Llorens y Barba

M. Milá y Fontanals

F. Comellas y Cluet

F. Pi y Margall

J. Soler y Miquel

J. Maragall

304/5281-5
PERTENECEN A LA BIBLIOTECA
ATENEU DE BARCELONA

Gran Premio : Zaragoza 1908

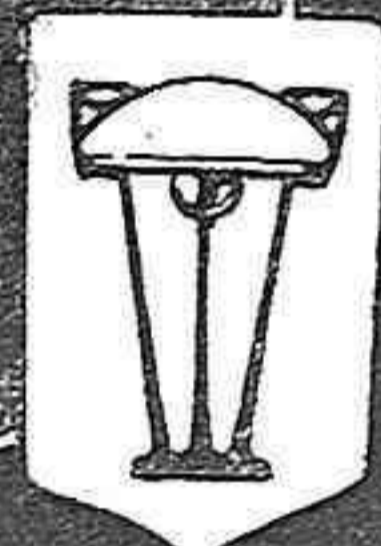
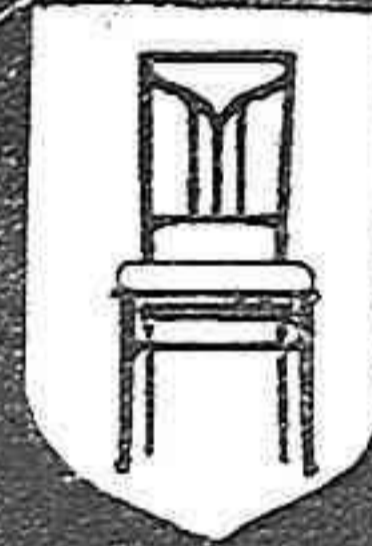
Gran Premio : Madrid 1907

Gran Premio : Venecia 1908

Hors concours : París 1909



G: HOMAR



MUEBLES

” **LAMPARAS** ” ”

” ” **MOSAICOS** ”

” ” **DECORACION**

CANUDA:4: BARCELONA

Gran Premio : Buenos Aires 1911

Gran Premio : Londres 1907

Primera Medalla: Barcelona 1907

Gran Premio : París 1909

Gran Copa: Venecia 1908

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Muntaner, 22, bajos

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

R. Rucabado.—Carlos Jordá.—José M. Tallada.—F. Sans y Buigas.—J. M. López Picó.—F. de Sagarra.—Eduard Homs.—J. Martí y Sabat.—J. Farrán y Mayoral.—Manuel Reventós.—Emilio Vallés.—J. Garriga Masés.—Ernesto Homs.—María C. Torner.—
* * * Eugenio d'Ors * * *

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Europa 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año VI

Barcelona 6 y 13 de enero de 1912

Núm. 222 y 223

SUMARIO

Prólogo.

Los primitivos: Oliva.

DE LA RECTITUD DE CONCIENCIA POR ENCIMA DE LAS CONVENIENCIAS POLÍTICAS. (*Carta al Rey Sancho de Navarra. 1023*).

Ramón Lull.

DE COMO LA PERCEPCIÓN Y EL CONOCIMIENTO DEL HOMBRE SON FINITOS Y LIMITADOS.—DE LA LIMITACIÓN DEL ENTENDIMIENTO. (*Libre de Contemplació*).

PRINCIPIO DE CADA CIENCIA SEGÚN EL PROPIO SUJETO.—DEL ÁRBOL DE LOS EJEMPLOS. (*Ars Magna*).

DEL ARDIMIENTO Y DE LA COBARDÍA. (*Félix de les Maravelles*).

Bernat Metge.

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA. (*Somni*).

Ramón Saviuda.

DE LA NATURALEZA DEL AMOR. (*Teologia Natural*).

Francesc Eximenic.

DE LA INFORMACIÓN COMO FUNDAMENTO DE LA CIUDAD.—DE LA LIBERTAD SOCIAL.—DE LOS INTERESES DE LA CIUDAD. (*Regiment de Princesps*).

Arnau de Vilanova.

DE LA FALSA RELIGIOSIDAD. (*Razonamiento de Aviñón*).

Fra Anselm Turmeda.

DISPUTA DEL ASNO Y DE FR. ANSELMO — OFRENDA DEL HOMBRE LETRADO. (*Fragments*).

Luis Vives.

DE LO ÚTIL EN EL CONOCIMIENTO DEL ALMA.—DEL CUERPO COMO INSTRUMENTO DEL ESPÍRITU.—DE LO INCÓGNITO EN LA MEMORIA.—DE LAS PROPENSIONES INNATAS DE LA MENTE. (*De Anima et Vita*).—DE LAS PROBABILIDADES

Joaquín Setantí.

CENTELLAS DE VARIOS CONCEPTOS.

La Escuela de Cervera.

Jaime Balmes.

DEL IMPULSO INTELECTUAL — EL PRINCIPIO DE LA EVIDENCIA NO ES EVIDENTE. (*Filosofía Fundamental*).

Ramón Martí d'Eixalá.

DEL ORIGEN DE LAS FACULTADES HUMANAS — DEL ORIGEN DE LOS SENTIMIENTOS.

Francisco J. Llorens y Barba.

DEL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO.

Manuel Milá y Fontanals.

DE LOS OBJETOS INTELECTUALES. — DEL HOMBRE COMO ESPECTADOR DE LA BELLEZA REAL — DE LOS JUICIOS ESTÉTICO Y METAFÍSICO.

Francisco Comellas y Cluet.

DIRECCIÓN AL IDEAL

Francisco Pi y Margall.

PROFESIÓN DE FÉ PANTEÍSTA.

José Soler y Miquel.

DECADENTISMO.—NUEVO MISTICISMO.

Juan Maragall

DEL AMOR Y DEL DOLOR COMO LEYES DE VIDA.—DE LA ARMONÍA VITAL.

Los fragmentos de cada uno de los autores, van precedidos de brevísimas notas biográficas, aumentadas en algunos casos con fotografías esbozadas.

EL PENSAMIENTO CATALAN PRÓLOGO

El objeto que los iniciadores de este número extraordinario se propusieron primeramente al concebirlo, fué hacer una selección tal de los pensadores catalanes, que poniendo al descubierto el *juego lógico*, el método de pensamiento de cada uno, pudiese por comparación deducirse, si existía, una mayor ó menor *unidad* mental que pudiese apreciarse como la filosofía étnica de Cataluña.

En realidad, el desarrollo de este propósito escapa á los recursos periodísticos, y requiere un estudio maduro y necesariamente lento, pero no hemos retrocedido ante las dificultades, y considerando que en todo caso poseerá lo que resulte, el interés de una antología de pensadores, ofrecemos al público curioso de Cataluña y de España toda, la presente colección de pensamientos, ilustrada con breves notas biográficas de cada uno de los autores.

De haber rigurosamente atendido á nuestras primera idea, el número hubiera pertenecido exclusivamente á la esfera de la metafísica, pero esta limitación nos hubiera impedido la participación de eminentísimos pensadores, honor de nuestra raza, como Eximenic, como Arnaldo de Vilanova ó como Milá y Fontanals, más propiamente moralistas, estetas, psicólogos ó simplemente enciclopédicos.

Con todo y la falta de unidad que esto supone, lo incompleto de los autores escogidos, la falta de ponderación en la representación de los mismos, el poco riguroso orden cronológico y la desigualdad de las notas biográficas, fruto todo ello de la premura en la confección, de las dificultades en la recolección de materiales y del diverso origen de los mismos, creemos que este número tendrá todavía una doble utilidad.

En primer lugar resultará un esbozo de lo que debería ser el estudio filosófico de todos los escritores de raza catalana que se han dedicado á cosas del espíritu, para sondear las raíces de lo que Llorens y Barba anunció ya en 1854 como el *pensamiento filosófico nacional*. Más concretamente: esperamos que este número dará la idea de un futuro ensayo sobre las leyes funcionales del intelecto catalán, ó sea de una investigación sobre la *lógica personal* de la raza.

Este impulso, como tal, es la segunda utilidad que esperamos de nuestro esfuerzo; atraer la atención de los espíritus curiosos y activos sobre el caudal ideológico de nuestros pensadores, generalizando el conocimiento de los mismos. Con ello á la vez atenderemos al *nosce te ipsum* clásico, y fomentaremos el estudio de las ciencias del entendimiento, entre nosotros.

En la estructura de nuestro número, á pesar de sus defectos, se vislumbra, trémula, la silueta de la historia del desarrollo y vicisitudes

de nuestro pensamiento catalán. El Abad Oliva, escogido de entre los primitivos teólogos y moralistas románicos, precede á la frondosa plenitud de Ramón Lull, el genio exuberante del siglo XIII, faro espléndido que ilumina el ciclo de los espíritus brillantes y curiosos, que en los siglos de oro de la potencia política y cultural de Cataluña, fueron en cierto modo precursores del renacimiento: Bernat Metge, Ramón Saviuda, Eximenic. Esta vibración de inquietud se acentúa hasta la rebelión mental en Arnaldo de Vilanova y en Anselmo Turmeda; pero luego decae con la Edad Media, el espíritu de nuestra tierra, y á la llamada del verdadero Renacimiento latino, no responde sino, aislada, la voz noble y rica de Luis Vives, espíritu europeo que alterna con Erasmo é interviene en las más elevadas y diversas esferas del pensamiento y de las artes todas. Pero ni á su lado ni después de él produce nuestra tierra decaída discípulos ni seguidores. Brilla languideciente el moralista Setantí y casi se extingue durante dos siglos el pensamiento catalán. Pero una nueva época se presenta, y en el suelo exhausto de Cataluña florece obscuramente, en el siglo XVIII, la Universidad de Cervera, cuyo fin señala en el XIX la aparición de Balmes. Soplan aires de renovación, y entre la despedida de lo antiguo y los albores de lo nuevo, la escuela escocesa deja raíces en Martí d'Eixalá, Llorens y Barba y Milá y Fontanals, y en los dos últimos brota la savia moderna de la filosofía kantiana que el *Seny* catalán ha vuelto inocua. Llorens deja simiente de discípulos, y entre la multitud de ellos, Comellas y Cluet nos ofrece interés representativo. A la otra parte del tradicionalismo, en la posición criticista é independiente, vemos á Pi y Margall levantando la bandera del hegelianismo, como señal de emancipación. Y en plena Resurrección catalana, tomamos—dejando aparte á los vivientes—á dos espíritus significadores de dos etapas sucesivas: el balbuceo ante la novísima ideología, personificado en Soler y Miquel; y ya dentro de ésta, la sinceridad y la contemplación, honda y serena, del mundo *según armonía*, expresadas por Maragall.

* *

Damos ahora con toda nuestra alma las más sentidas gracias á todas las personas que de diversas maneras han cooperado á la confección de este número, con aportación de materiales de fondo, biblio y biográficos, con orientaciones y consejos, con trabajo material. La Redacción se siente honradísima por tantas solícitas y desinteresadas atenciones como ha merecido, con esta ocasión, de los elementos estudiosos, solamente merced á los cuales ha sido posible realizar este esfuerzo.

Los primitivos: **Oliva**

Oliva, hijo de los condes de Besalú y de Cerdaña, nació en la segunda mitad del siglo X. Fué educado probablemente en San Benet de Bages, y luego de entrado como monje en Ripoll, lo nombraron abad. Allí había tenido varios antecesores ilustres; la biblioteca estaba bien provista, y había una fuerte afición á los estudios. Oliva aumentó mucho aún el número de libros, rehizo la iglesia y á su muerte, había en la casa de Ripoll un grupo distinguido de escritores y artistas.

Su obra personal se dispersó en los grandes trabajos de utilidad pública, principalmente en los cargos que se le acumularon, de abad de Cuxá y obispo de Vich. Pero nunca dejó de ser un hombre lleno de entusiasmo por la cultura intelectual; en una carta á sus monjes se queja de que no tiene tiempo de estar con ellos en la soledad provechosa del convento. Aquel su espíritu superior, es lo que le daba su gran autoridad: todos comprendían que estaba por encima de las cosas mismas que tenía entre manos. Hizo de juez y llamado en las cuestiones difíciles ordena, establece y pacifica la tierra y levanta sobre todo edificios públicos. Como escritor se ha conservado de él poca cosa; lo más interesante, acaso, es un poema en elogio de su casa de Ripoll, panteón de los condes, á cada uno de los cuales dedica también un elogio.

Su nombre simpático tenía una reputación europea: se conserva una parte de la correspondencia con su amigo el gran abad de Fleury sur Loire, Ganzelinus. Al morir se lamentan en cartas de duelo, la mayoría de los conventos de Francia y España. Un Rey de Navarra le consulta sobre la oportunidad del casamiento de su hermana con su pariente el Rey de Castilla, que se creía incestuosa. Oliva responde con un pequeño tratadito de dignidad, en el que se manifiesta el buen juicio preponderante de nuestra raza, llevado hasta el sacrificio. Su insistencia sobre lo de que el fin no justifica los medios hacía contraste con otras doctrinas acomodaticias servidoras de los intereses de los soberanos.

Es interesante también lo de los tres vicios dominantes, que con libertad de palabra digna de un padre de la iglesia, cita como defectos de los súbditos del Rey Sancho de Navarra, y que desgraciadamente parecen más generales hoy en la península: lujuria, embriaguez y superstición.

Carta de Oliva, abad de Ripoll, al Rey Sancho de Navarra, 11 mayo 1023.

De la rectitud de conciencia por encima de las conveniencias políticas

Seguramente algunos dirán: si el rey permitiese el casamiento de su hermana con el emperador, continuaría la paz, serían destruidos

los paganos y por todas sus tierras se restituirían las iglesias á la ley de Dios, mientras que si no lo permite se quebrantará la paz, prosperarán los paganos y continuarán muchas iglesias sin retornarse á la ley de Dios. Ciertamente este pensamiento es vano, ó por decirlo más claramente, es sugerido al corazón humano por el diablo y carece de todo fundamento racional; porque nunca vendrá la paz de un matrimonio semejante, ni la seguridad del culto, de tan incestuoso cambio. El Espíritu Santo, burlándose del pensamiento de hombres tan estultos que creen que de semejante ilícita conveniencia puede provenir un pacífico estado, les alude diciendo: hacemos el mal para que el bien venga: y ¿no son semejantes á estos, é igualmente herejes los que en tal matrimonio quieren buscar la ocasión de conquistar la paz y la justicia? Hemos oído y creemos, y por esto decimos que siempre de la castidad y de la pudicia proviene la paz, porque Cristo que es nuestra paz, hijo de una casta y pudicísima Virgen, vino entre los hombre para pacificar Cielo y Tierra. Ciertamente Juan, Bautista y Precursor del mismo Hijo de Dios, por prohibir la ilícita unión de Herodes, decapitado, perdió la vida por la justicia, pero ganó la gloria y todos los Santos que hasta ahora han sido, hasta verter la propia sangre, resistieron á los adversarios de la divina Ley. Pues, si por culpa de esto, se levantasen contra vos los hombres malvados, paganos ó cristianos, no les temáis ni os acobardéis. Cristo es el Señor, adoradle, El es nuestro temor y nuestro miedo. El os santificará y os defenderá de las ofensas y escándalos de los que contra vos vayan por esta razón y será contra ellos el brazo que castiga y por vos el Señor Dios, nuestro que nos ayuda en las oportunidades y en la tribulación. Si permitiese que en alguna cosa por ellas fueséis molestado, tened siempre en la memoria la esperanza eterna de la eterna herencia que os concederá indudablemente, la que el ojo no vé, ni el oído oye, ni sube al corazón del hombre, la que Dios ha preparado para los que le han amado. No siempre, sin embargo, los buenos son conturbados ni siempre los malos oprimen á los justos, porque la gloria de aquéllos no es más que fiemo y muermo, que obra contra los perversos, y al cabo los precipita á los infiernos.

Sabemos que se guardaban antes, en nuestra región, leyes rectísimas y los canones de los Santos Padres. En aquellos tiempos nuestra tierra era espejo de todo el mundo en religión divina y dominación temporal; hoy, en presencia nuestra, otros la devoran y asolan porque entre otros vicios, tres principalmente la dominan: la lujuria, la embriaguez y la superstición.

Ramón Lull

Nació en 1232 en Mallorca, de padres catalanes y noble alcurnia. Brilló como gentil caballero y poeta ilustre en la corte del Rey Jaime I. La inclinación á las mujeres que le hizo llevar, aunque casado, una vida disipada, le indujo á un extravío del que fué sacado por una visión ó por un desengaño, según las versiones.

Convirtióse é hizo dura penitencia, durante la cual creyó se le había revelado el Arte que debía servir para convertir á todos los hom-

bres á la doctrina católica, y bajo esta supuesta inspiración escribió su famosa *Ars Magna*.

Dióse por entero á la contemplación y al estudio, y dejó á su mujer Blanca y á sus hijos con todos sus bienes, emprendiendo peregrinaciones de penitencia y devoción, y dedicándose á escribir obras de teología, mística, metafísica y ciencias, inflamado por un ardiente amor religioso y espoleado por un celo apostólico entusiasta y fervoroso para la evangelización

de los gentiles. Recorrió la Europa, y dió en la Universidad de París enseñanza de su *Ars Magna*; enseñó en Nápoles y en Túnez, asistió al Concilio de Viena, fué encargado de altas misiones en tierra de moros, alternó con los reyes, con los príncipes y con los sabios de su época, deslumbrando á todo el mundo con su ingenio maravillosamente vivaz y fecundo.

Persuadido de que la enseñanza de las lenguas era el vehículo más necesario para la expansión de la fé católica, creó el Colegio de Miramar en 1276, que fué disuelto en 1295. Hasta 1313 visitó y residió en Montpellier, París y Roma varias veces, en Nápoles, Chipre, Bugía, Pisa, Génova, Aviñón, Viena y Mesina, siempre propagando por todas partes sus vastos proyectos de evangelización de todos los infieles, de fusión de las órdenes militares en Roma, de establecimiento de colegios de lenguas en países paganos. En 1313 partió nuevamente para Túnez para ejercer su evangélica misión, y en aquella ciudad murió mártir, apedreado por los infieles musulmanes el año 1315, por cuya causa la Iglesia le venera como Beato.

Escribió en catalán, en latín y en árabe con igual facilidad en las tres lenguas, pero prefirió la materna, no sólo por su gran circulación en aquella época, pues era la lengua más culta de los países mediterráneos, únicos de Europa donde los estudios florecían, sino también por su afán apostólico de popularizar y divulgar los conocimientos todos, para dar incremento universal á la Fé. El número de obras que escribió es incontable, ascendiendo de doscientas á trescientas según los biógrafos, aunque se dice que las auténticas son unas 180, habiéndose de ellas perdido muchas.

Las obras capitales de la producción filosófica de Ramón Lull, son la citada *Ars Magna* ó *Art d'atobar veritat*, enorme y complicado sistema que identifica la lógica con la metafísica, fundiéndolas según un *novum organum* y un nuevo método, sustituyendo el razonamiento silogístico de los escolásticos por la *ecuación* como movimiento natural del entendimiento. Con esta construcción de la *Ars Magna* quería Lull reducir á la unidad todas las ciencias y conocimientos humanos. Emanaciones de la *Ars Magna*, son:

El Libre de Definicions L'Art demostrativa. Libre de primera é segona intenció. Lo Coment Major. La Taula general. Lo VI seny lo qual appellan affatus (palabra). Arbre de Sciencia. Novell Libre d'anima racional. Començament de Philosophia. Libre del Home. Libre de Natura, Nova Logica, Art de fer e soldre questions. Libre de quadratura e triangulatura de cercle. Art Brevi, etc., etc.

Las principales obras teológicas son: *Libre de Oracions. Libre de Demostracions. Libre dels Angels. Libre del Antecrist. Libre dels Articles de la Fé. Libre de los Es de Deu. Libre de conexença de Deu. Libre de Deu. Libre que deu creure de Deu. Tractat de la Trinitat.*

La culminante obra mística es el *Libre de Contemplació*, verdadero monumento teológico, ascético, filosófico y literario, reputado por la obra maestra de Ramón Lull, pues la aceptan como tal aún los que discuten el valor científico del gran polígrafo. *La Arts Amatava. Flors d'amors. Arbre de Philosophia d'amor. Arbre de Philosophia derivada. Libre Sancta Maria. Libre d'Oracions. Libre de Benedicta tu.*

Las obras puramente científicas son *Tractat d'Astronomia. Libre de Nova Geometria. Començaments de Medicina.*

Las obras doctrinales son la *Doctrina Pueril*, compendio que Lull escribió para la educación de su hijo y que se adelantó á las ideas pedagógicas de su tiempo. *Libre del Ordre de Cavalleries. Art de Confessió. Art de predicar. Libre dels Proverbis, Libre de Mil Proverbis. Nou libre d'or. Phantasticus vel disputatio etc. Libre de consolació d'hermita.*

Las grandes obras literarias, de forma novelada y de fondo social enciclopédico, y polémico son: *Libre del gentil*; el famoso *Blanquerna*,

la primera forma de novela biográfica y social en las literaturas occidentales, del cual es epílogo el inefable *Libre d'amic e amat*; y el *Felix de les Maravelles del mon*, del cual forma parte el *Libre de les Besties*, y luego la *Disputatio dels V Sevis*.

Todo esto son obras en prosa. En verso escribió las siguientes: *Regles introductorias*. *Plant de Nostre Done Sancta Maria*. *Proverbis d'Ensenyament*. *Ores de N. D. Sancta Maria*. *Lo peccat de n'Adam*. *Los cent noms de Deu*. *Lo Desconort*, elegía, la obra maestra poética de Lull. *Lo cant de Ramón*. *Lo Dictat de Ramón*. *Aplicació del Art general*. *Medicina de Peccat*. *Lo Consili*. *Logica en rims*.

Ramón Lull, el *Doctor iluminado*, como mereció ser llamado por lo inflamado y generoso de su vida y de su obra toda, el *doctor Phantasticus*, como le llamaron familiarmente sus contemporáneos por lo extremado y con frecuencia irrealizable de sus proyectos, es el genio más portentoso de la raza catalana, y es considerado universalmente como el espíritu más grande de su siglo.

De cómo la percepción y el conocimiento del hombre son finitos y limitados

(Del *Libre de Contemplació*).

Dios misericordioso, piadoso, humilde y dulce y simple y suave. Tres cosas hay, Señor, dentro de las cuales es limitada la virtud de la perfección humana, las cuales son, Señor, vuestra deidad, la naturaleza intelectual y la naturaleza sensual. Por ello bendecido sois, Señor, pues tan grandes son estas tres cosas y tan poca cosa es el entendimiento y la perfección del hombre con respecto á estas tres cosas, que las tres no pueden caber en la perfección, y la perfección, Señor, cabe en las tres cosas. Y, glorioso Dios, tanto como el entendimiento y la percepción del hombre es finito y limitado en las tres cosas sobredichas, es así finito y limitado en sus obras: pues tantas son, Señor, vuestras obras y las obras de la naturaleza sensual é intelectual, que no pueden ser, Señor, todas sabidas ni percibidas por hombre, pues no pueden todas caber en sabiduría ni en ciencia de hombre. Bendito seáis por ello vos, Señor Dios, pues tanto como habéis querido el cuerpo del hombre limitado dentro seis sentidos (1) así Señor os plugo que el alma haya terminado y limitado su percepción y su entendimiento en seis cosas, las cuales son, Señor, nuestra ciencia y nuestras obras, naturaleza sensual y sus obras, y naturaleza creada intelectual y sus obras. O vos Señor Dios, que habéis enamorado mi corazón de vuestros amores, por los cuales mis ojos han abundancia de lágrimas vertido. Como vos, Señor, seáis creador y el alma del hombre sea criatura, por esto el alma del hombre es finita en cantidad y es terminada en tiempo, la cual alma, Señor, tiene su percepción finita y terminada en vuestra infinitud y en vuestra eternidad. Y por esto, Señor, como el alma del hombre ha finido y limitado su percepción en vuestra infinitud y eternidad, por eso sucede, Señor, que el entendimiento del hombre no puede alcanzar ni percibir toda la nobleza ni toda la virtud de su creador, pues cosa finita y limitada no existe de propiedad ni de naturaleza tales que comprenda todo lo que hay en cosa infinita y eternal. Y en esto de

que el entendimiento del hombre, Señor, no pueda percibir toda la totalidad del ser de nuestra ciencia, consiste el que caen muchos hombres en error y herejía puesto que como sus entendimientos les hacen falta y tienen opinión de que no existe nada cosa que su entendimiento no perciba ni entienda, y por esto destruyen todo lo que no cabe en su entendimiento. Por ello, Señor, si hubieren conocimiento de la limitación de su entendimiento, que tiene por límite vuestra grandeza y nobleza, ya ellos, Señor, no destruirían ni ignorarían lo que destruyen é ignoran. Poderoso Señor sobre todas las cosas, gracioso sobre todas las gracias; tantas son, Señor vuestras obras y tan grandes, que ya sea esto, Señor, que la percepción humana sea llamada á percibir muchas cosas, y que cosas grandes y útiles y difíciles pueda percibir por todo ello, Señor, el entendimiento del hombre no basta á percibir todas las cosas que hacéis, y por lo tanto, Señor, como que vuestros hechos no pueden caber en entendimiento de hombre, no basta á percibir todas las cosas que hacéis, y por ello, Señor, como que todo lo que hacéis no puede caber en entendimiento de hombre, por esto, Señor, se concluye necesariamente que la percepción humana es finita y terminada en vuestras obras. Bendito seáis por ello, Señor Dios, pues aquellas obras que no son iguales en cantidad al entendimiento humano, antes bien son mucho mayores que él, aquellas obras limitan nuestro entendimiento; y vuestras obras, Señor, que son sabidas dentro de vuestro entendimiento, aquéllas son bastantes y suficientes á nuestra inteligencia. Tal como está el bajel lleno de agua en el fondo del mar, así está el entendimiento humano todo lleno y completo de vuestras obras; así como el mar limita el bajel porque todo caber en él no puede, así Señor, mucho mejor aún vuestras obras limitan nuestros sentidos y entendimiento. Singular Señor, unido en trinidad unida en unidad. Tantas son, Señor, las criaturas sensuales y tanto son diversas las unias de las otras y tantas cosas grandes no pueden caber en conocimiento de hombre, y por esto, Señor, conozco que las cosas sensuales que no pueden caber dentro del entendimiento humano, terminan y rodean nuestro entendimiento y nuestra percepción. Y como en esto, Señor, como los cinco sentidos corporales no bastan á sentir todas las cosas sensuales, pues así como los ojos no pueden ver todas las formas que existen, ni los oídos pueden oír todas las voces, ni el olfato puede oler todas las olores, ni la boca puede gustar todos los sabores, ni el cuerpo puede sentir todos los contactos, así, Señor, el entendimiento del hombre no puede percibir todas las sensualidades que podrían ser vistas, y oídas, y olidas, y tocadas y gustadas, si era que bastase á ellas ver, oír, oler, gustar y tocar. Y como la percepción del hombre sea así terminada á las cosas sensuales, por esto, Señor, sucede que el hombre ignora las cosas sensuales que están fuera de su entendimiento, pues no pueden caber en él, por cuya ignorancia, Señor, tiene el hombre opinión y creencia y sospecha de aquellas cosas que hombre no sabe ni entiende manifestamente. Creador Señor, sin fin en todos tiempos, eterno, grande sobre todas las grandezas, como la percepción del hombre sea finita y limitada en las cosas sensuales á saber su ciencia y su calidad, por esto es significado que sea finito y limitado en las obras que hacen las criaturas sensuales, pues son tantos los hechos y las obras que hacen

las criaturas sensuales, que no hay entendimiento ni sensación de hombre que todo lo que ellas hacen lo puedan entender y saber. Y puesto que como el hombre, Señor, sea especie y el animal sea género, por esto la especie no puede saber todo lo que hacen los individuos que están en el género. Pues, como el hombre, Señor, no pueda entender ni saber todo lo que hacen los otros hombres que son de su especie, ¿cómo podrá, pues, saber todo lo que hacen los individuos que no son de su especie, es á saber vegetales y animales irracionales y metales, y en esto, Señor, es cosa imposible que el hombre lo pueda saber todo por cuanto no cabe todo en el entendimiento de hombre. Y tanto como hombre, Señor, tiene mayor memoria y mayor entendimiento y mayor voluntad á recordar y á entender y á querer, tanto es menos limitada su percepción... Acabado Señor, lleno de misericordia y de dulzura, así como la percepción humana es finita y terminada en las cosas sensuales y en sus obras, así, Señor, es finito y limitado en las cosas intelectuales. Puesto que tanto como es grande, Señor, la memoria del hombre y el entendimiento y la voluntad, tanto es grande su percepción; puesto que fuera de los términos de la memoria y del entendimiento, no puede haber percepción. Y como ninguna memoria de hombre, Señor, no busca recordar todas las cosas que son, ningún entendimiento las puede entender, y porque la memoria no las puede recordar ni el entendimiento las puede entender, por esto la voluntad no les puede querer: por esto ya que estas tres virtudes son, Señor, así limitadas, por esto queda significado y demostrado que el hombre poder no tiene de resolver ni de saber por sí mismo todas las cosas. Y por ellos, Señor, como el alma del hombre tiene sus virtudes y su percepción terminada, por esto ignora el hombre la ley de los ángeles y de los demonios y de las almas, y no puede saber ni percibir su creencia; esta ignorancia, pues, es, Señor, por razón de la limitación de la memoria y del entendimiento y de la voluntad que no pueden usar de todo lo que está en el ser de la sabiduría intelectual. Gracioso Señor sobre todas las gracias, bueno sobre todas las bondades. Como el hombre, Señor, no busca percibir toda la ciencia de la substancia intelectual, por esto se siente desfallecer al percibir toda la totalidad de las obras que están hechas intelectualmente, pues es así como el aperebimiento del hombre es limitado en la substancia intelectual, se conviene asimismo necesariamente en que sea finita y terminada en las obras de la substancia elemental. Y donde como nadie pueda entender que cosa es ángel, ni demonio, ni alma, por esto no puede percibir todo lo que hacen el ángel, el demonio, el alma; más en las obras de los ángeles y de los demonios y de las almas se demuestran al entendimiento humano por cualidades, por esto, Señor, percibe el hombre algunas cosas en las obras intelectuales, ya sea que ignora y desconozca la ley de las substancias intelectuales, veladas y escondidas á la percepción humana por privación del significado. Bendecido seáis pues por ello, Señor Dios, ya que el entendimiento del hombre es finito y terminado á las cosas sensuales y en las cosas intelectuales, por esto sucede que es el hombre vacilante y celoso y envidioso y angustiado de una voluntad en una parte y de un propósito en otra. Oh, Señor Dios, que sois todo mi amor y todo mi reposo. No tan solamente es, Señor, la percepción humana finita y

(1) El lenguaje era el sexto sentido, según la concepción italiana.

terminada en el creador y en las criaturas singularmente, pues no hay ningún hombre por sabio que sea, que pueda percibir en una criatura cual sea su naturaleza, ni todas sus propiedades ni todo su ser. Y no hay: Señor, nadie que pudiera percibir ni saber todo lo que hay en un grano, en una flor ó en una hoja, ó en un ramo, ó en una voluntad, ó cogitación ó amor, ó en un alma ó un cuerpo. Por todo lo cual ya que todo esto sea así, por cuanto es significado y demostrado al entendimiento humano, que es finito y limitado é incluido dentro cada uno de los individuos sensuales é intelectuales. Y pues como percepción humana, Señor, sea finita y terminada en cada una de las criaturas, y que ningún hombre pueda saber todo lo que hay en ellas, tanto más, Señor, es el entendimiento de hombre finito y terminado en Vos; y Vossois infinito y eternamente el fin y término de todas las criaturas. Señor Dios, que me alegráis dando amor á mi corazón y lágrimas y llanto á mis ojos, Vos sabéis que en la percepción del hombre mucho mayor es la terminación en la actualidad que no en la potencia, pues por razón del cuerpo, que es cosa frívola y mezquina, el alma no puede haber en tan gran virtud su percepción actual como poder en la potencia y virtud, si el cuerpo bastase á estar sujeto á la percepción, como fuese en actualidad según el alma, lo podría tener en acto si el cuerpo le bastase. Pero como el cuerpo, Señor, es cosa corrompible, por esto embarga su corrupción y su frivolidad y su alteración y su culpa, y al alma sus virtudes y su juicio intelectual, que no puede tenerse en aquella actualidad en la cual la tendría si con el cuerpo no fuese conjunta en este siglo (este mundo). Y bendecido seáis por ello, Señor Dios, pues no será así en el otro siglo cuando tendréis el corazón del hombre glorificado en gloria, pues tanta virtud como tiene ahora el alma del hombre en potencia, tanta y más tendrá en acto, por razón del cuerpo que será llamado instrumento, mejor de lo que es en este siglo. Padre celestial, señor y poderoso de todas glorias, por esto que la percepción humana es limitada en este siglo, por esto ignora todas aquellas cosas que son más allá de los términos que lo limitan, y por esto, Señor, como ignora lo que hay más allá de los términos donde está contenido, por esto el hombre no se sabe guardar de los engaños y de las falsedades y de los hechos que le suceden puesto que los ignora. Y por esto, Señor, como la percepción es cosa intelectual, por esto el hombre tiene mayor espacio y mayor oportunidad de percibir en las cosas intelectuales que en las sensuales, puesto que mejor se acuerdan y mejor se convienen á la percepción, los significados y las demostraciones, ni las privaciones sensuales, que no son de la naturaleza ni de la propiedad de la percepción. Y vuestro servidor, vuestro sometido, os da loores y gracias, Señor Dios, tanto como puede, puesto que le habéis dado gracia para acabar esta *Distinción* y confía en vos, Señor Dios, y en vuestra ayuda, para que le déis fuerza y poder acabar las demás *Distinciones* futuras, á gloria y á loor y á honor de su Señor Dios.

De la limitación del entendimiento

(Libre de Contemplación)

...Entendimiento, señor, tan poca cosa es y tan mezquina que, como entiende una cosa, de

su virtud no usa en un mismo tiempo con todas las criaturas, pues todas las criaturas no caben en aquella hora en el entendimiento... Esto sucede por la muchedumbre de las criaturas y su diversidad y por la poquedad del entendimiento, tal que, cuando el entendimiento entiende alguna cosa, sea la que sea, en aquel punto y en aquel tiempo ignora y desconoce todas las otras cosas, y por esto entendimiento de hombre es más ignorable que inteligente por desfallecimiento de la actualidad.

Principios de cada ciencia según el propio sujeto

(De la *Ars Magna*)

De la Teología

Dios es el sujeto en la Teología y se dice sujeto por razón de todo lo que se trata se dirige á dar noticia de Dios.

El fin de la Teología es conocer á Dios, honrarle, alabarle y servirle, y usar con la teología de las virtudes contra los vicios, para conseguir la bienaventuranza. Los principios de la teología son la esencia divina, vida, dignidades, actos, formas, relación, ordenanza, acción, artículos, preceptos, disposición, primera intención, segunda intención.

De la Filosofía

La delectación del saber es el sujeto de la Filosofía; en fin, conocer la causa primera y los secretos de los efectos. Son los principios la primera causa, el movimiento, inteligencia, el orbe, la forma universal, materia primera, naturaleza de los elementos, los simples, apetito, potencia, hábito, acto, mixción, digestión, composición, alteración.

De la división de la Filosofía

La Filosofía se divide en tres partes: una natural, otra moral y otra sermocinal. La natural es ciencia adquirida de las cosas naturales; la cual tiene tres partes: metafísica, física y matemáticas.

La metafísica es ciencia de las cosas espirituales transcendentales, de la cual hay tres consideraciones: divina, angélica y el alma racional.

La física es ciencia de las cosas inferiores, naturales en los elementos y elementados.

La matemática es ciencia de las cosas naturales consideradas en su cantidad, cuyas partes son cuatro: geometría, astrología, música y aritmética.

La geometría considera en el cuerpo la cantidad inmóvil.

La astrología, la cantidad en los movibles con el cuerpo celeste.

La aritmética, el número solamente.

La música, el número referido al són.

La filosofía moral es la ciencia de las cosas morales, y tiene tres partes: monástica, económica y política.

La monástica, es ciencia del gobierno de uno en sí mismo.

La económica es el régimen ó gobierno de uno para muchos.

La política es el gobierno de muchos para muchos.

La filosofía sermocinal es ciencia que considera la elocución, y son tres sus partes: gramática, lógica y retórica.

La gramática trata del modo de hablar congruo competentemente.

La lógica, del verdadero.

Y la retórica, del pulido y bien adornado.

Del Derecho

La justicia es el sujeto en el Derecho; el fin, el que haya paz y concordia entre las gentes, para que sirvamos á Dios con limpieza y honestidad.

Los principios son: amar á Dios, vivir honestamente, dar á cada uno lo que es suyo.

Amar á Dios es principio para usar de las virtudes y apartarse de los vicios.

Volver y dar á cada uno lo que es suyo, es principio para satisfacer de sí mismo á Dios, á sí mismo de sí mismo, y á su prójimo de sí mismo.

O los principios son éstos: forma, materia, derecho común, especial, natural, positivo, canónico, civil, consuetudinario ó de costumbre, teórico, práctico, militar, comparativo, antiguo, nuevo.

De la Medicina

La salud es el sujeto en la Medicina y el fin que el cuerpo sensado pueda tener las operaciones que les competen. Los principios son tres: las cosas naturales, las innaturales y las contra naturaleza. Las cosas naturales son siete: los alimentos, complexiones, humores, miembros, virtud, operaciones, y especies. Y cuatro cosas son ajenas á las susodichas: la edad, el calor, la figura, y la distancia entre el varón y la hembra. Las innaturales son diez: la vianda, el aire, la bebida, el sueño, la vigilia, el ejercicio, la acción, la repleción, la vanidad y los accidentes del alma.

Las cosas contra la naturaleza son tres: la enfermedad, la causa y el accidente.

De la Geometría

La cantidad continua inmóvil es el sujeto en la geometría. El fin, el conocer las latitudes, las longitudes y profundidades de las cosas corpóreas. Los principios son diez: punto, línea, ángulo, figura, cantidad, centro, capacidad, longitud, latitud y profundidad.

De la Astronomía

El sujeto en la Astronomía es la cantidad continua móvil ó la influencia celeste; el fin, conocer las virtudes y los movimientos que tiene el cielo en los inferiores efectivamente. Los principios son los signos y planetas; los signos son doce: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, León, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario, Piscis. Los planetas son siete: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio, Luna.

De la Aritmética

Es absolutamente el número el sujeto en la Aritmética; el fin, el sumar contando muchas cantidades, y retenerlas más facilmente en número. Los principios son paridad, imparidad. Los números son tres: artículo, dígito y compuesto. Las especies del número son diez: numeración, sumar, restar, medio partir, duplicar, multiplicar, partir, progresión, extracción de raíz cuadrada y extracción de raíz cúbica.

De la Música

El sujeto de la Música es la concordancia de las voces ó la melodía; el fin, al producir delectación en el canto y concordando diversas voces. Los principios son diez: altura, infinidad, mediocridad, longitud, brevedad, grosez,

magrez sutilidad, proporción, acento de las vocales y de las consonantes.

De la Gramática

La congruidad y rectitud de hablar es el sujeto en la Gramática; el fin es el hablar, el pronunciar y el escribir congrua y rectamente. Sus principios son: la letra, sílaba, dicción, oración, y los ocho puntos de la oración, ó la concordancia del sustantivo y adjetivo, del supuesto, del opuesto ó añadido, del relativo, del antecedente y del modo de significar.

De la Lógica

En la Lógica es el sujeto los argumentos ó la razón y significación argumentativa; el fin es que argumentado se puedan hallar y conocer lo verdadero y lo falso, y distinguir lo uno y lo otro. Los principios son: el término, proporción, etc.

De la Retórica

La ordenanza y hermosura de las palabras es el sujeto en la Retórica, el fin, el mover la voluntad del oyente al fin deseado por las palabras pulidas, hermosas y adornadas. Los principios son: forma, materia y fin; las partes son cinco: intención, disposición, locución, memoria y pronunciación.

Y teniendo la ciencia general principios, cuestiones y reglas generales para todas artes y ciencias, y para cualquier particular contenido en ellas, y para la unidad del arte ó de la ciencia, se revelan y manifiestan aquéllos en el arte general, siguiendo su progreso, como el particular en su universal, inquiriendo la bondad, grandeza, etc., ó investigando de él por el *si es? qué es?* etc; y por eso el arte general es el espejo del entendimiento, en el cual resplandecen y se manifiestan las verdades de todo lo que es sabible. El fin de la ciencia especulativa es la verdad, y de la práctica, la operación.

Del Arbol de los Ejemplos

(De la *Ars Magna*)

De los proverbios del ramo imaginal

Cuéntase que la vista y el gusto se encontraron recíprocamente en la imaginación, y que el gusto dijo á la vista que veía mal la casa hermosa. «¿Y cómo fué eso, Raimundo, dijo el monje?—Cuéntase, dijo Raimundo, que hubo cierto mercader que era muy rico, el cual cuando estuvo á la muerte dijo á su hijo que si quería fabricar casas, que no las hiciera con puertas vistosas, para que la hermosura de la puerta no descubriese y manifestase sus riquezas. Murióse el mercader y su hijo no le entendió, y las casas en que habitaba tenían las puertas muy feas y sucias, pero ellas eran dentro muy lindas; el hijo imaginaba unas hermosas puertas y grandes que poner en las casas donde vivía; y habiendo hecho las puertas vió que no eran proporcionadas con las casas y que éstas eran muy pequeñas, y entonces deshizo aquellas casas y las fabricó mayores y más hermosas, y proporcionadas á las puertas en hermosura y cantidad, que le costaron la mitad de todos sus bienes y le apartaron del arte de la mercadería; porque imaginaba que señor de casas tan hermosas debía ser soldado, tener caballo, halcón y gran compañía, para

que las salas no estuviesen vacías ni desocupadas, y así, hizo grandes gastos. Sucedió, pues, que cierto día pasó el Rey por la calle donde estaban estas casas, y viendo la hermosura de las puertas quiso entrar en las casas, y cuando estuvo delante de ellas, su hermosura y abundancia le hicieron imaginar algún tesoro, y pensó que aquel mercader tenía muchos ducados. Y entonces dijo al mercader que le rogaba que le prestase mil ducados, los cuales le convino prestar mal de su grado; y por los grandes gastos que hacía y lo que había prestado, poco tiempo después no tuvo que comer.» Por eso dijo el gusto á los ojos, que viven por el comer, que vieron mal la hermosura de las casas. Y entonces los ojos dijeron al gusto que vió mal á la avaricia: «¿Y cómo fué esto? dijo el monje.

—Cuéntase, dijo Raimundo, que había cierto príncipe que era muy avaro, y que cotidianamente imaginaba muchos sacos de oro y plata, sortijas, piedras preciosas y vestidos de seda, adornados de oro y plata. Y por la gran imaginación que tenía en acumular aquellas cosas, sucedió que un rey tuvo guerra con él; y aquel príncipe por la gran avaricia que tuvo, y la imaginación antigua que tenía de juntar y acumular gran tesoro, no pudo imaginar el daño que aquel rey le causó ó que le podía causar, ni tenía soldados que defendiesen la ciudad en que estaba. Y así vino el Rey y ocupó la ciudad, prendió al Príncipe y tomó su tesoro. Y el Rey le dijo que con aquel tesoro pudo restaurar la ciudad, é hizo fundir oro y que se pudiese en la boca del Príncipe, y le dijo que bebiese el oro, pues lo había amado tanto, de que murió el Príncipe y cuando moría, dijeron los ojos al gusto que había visto mal á la avaricia.»

De los ejemplos de la acción y pasión del árbol imaginal

Cuéntese que cierto hombre pecador (que permaneció mucho tiempo en el pecado mortal) fué á cazar y cogió con presteza una liebre y entonces imaginó la pasión que llevó aquella liebre en la muerte, porque oía que aquella liebre se quejaba mucho, y el lebrell rompió sus huesos, de manera que la liebre no pudo defenderse; y por aquella imaginación que tuvo de la pasión de la liebre, imaginó la pasión que tenían los pecadores en el infierno y la acción que tienen los demonios sobre ellos, haciéndoles mal; y entonces tuvo voluntad de salir de aquel pecado mortal en que estuvo mucho tiempo, y cuando lo quiso poner en ejecución, imaginó que la misericordia de Dios era grande y propuso que en la muerte se confesaría y saldría de aquel pecado; y así, se quedó en él, pero continuamente le remordía su conciencia con la imaginación que tuvo de la liebre y como la conciencia le causaba gran trabajo, quería dejar el pecado; y cuando quería ir á la confesión, se recordaba de la gran misericordia de Dios, y quedaba tan obstinado como lo solía estar, por lo cual aquel hombre se propuso que de una vez eligiese una de las dos partes, porque no podía sufrir el trabajo en que estaba; y propuso ó que no imaginase las penas del infierno que tienen los pecadores, ó que no tuviese esperanza en la misericordia de Dios; y fuese entonces á un religioso discreto, al cual pidió consejo y le contó el trabajo en que estaba. Y le dijo el sabio religioso que subiese á una torre muy alta, y que estuviese algún tiempo arriba sobre la muralla en un pie. Y el hombre pecador subió á la torre y quiso hacer lo que aquel sabio le aconsejó; pero por la imaginación, que imaginaba el peligro de la muerte, no se atrevió á hacer lo que el sabio le

había aconsejado. Y entonces el sabio le dijo estas palabras, y preguntó cuál era mayor peligro, ó caer de arriba de la torre á tierra, ó caer de esta vida en el infierno. Y entonces el pecador multiplicó tan frecuentemente la imaginación, imaginando las penas del infierno, que por el temor que tuvo de las pasiones de él se confesó y esperó en la misericordia de Dios, y salió del pecado en que estaba, procurando la satisfacción y haciendo vida santa con la gracia de Dios.

De los ejemplos del fruto del árbol imaginal

Cuéntase que el tiempo pasado y el tiempo futuro batallaban sobre la imaginación, porque cada uno de ellos decía que era suya. El tiempo pasado alegó que la imaginación era suya, porque imaginaba las cosas pasadas y el tiempo futuro decía que era suya la imaginación, porque imaginaba las cosas venideras. Mientras así porfiaban recíprocamente, dijo el tiempo futuro que eligiesen un juez que apaciguase y decidiese aquella porfía, y dijo que fuese juez el tiempo presente, que residía en medio de ambos á dos. Y el tiempo pasado dijo que era verdad que el tiempo presente estaba en medio de ambos á dos, pero no su voluntad, por cuanto amaba más las cosas venideras que las pasadas; y dijo que tenía por bien fuese juez el entendimiento, que está y reside en medio, en cuanto entiende lo pasado y lo venidero. Pero el tiempo futuro dijo que no era juez competente, porque tenía mayor proporción y concordancia con la imaginación en las cosas pasadas que en las venideras, y entonces, no pudiendo convenirse ni hallar juez común, volvieron á reñir mutuamente. Y por cuanto la imaginación amaba ser más del tiempo pasado que del futuro, por respecto de la memoria, que intercedió con ella, fué vencido el tiempo futuro por el tiempo pasado, el cual dijo al tiempo presente que hacía mal en no ayudarle pues le amaba cuanto podía.

De los proverbios del tronco humanal

La voluntad dijo á los ojos y les preguntó por qué causa miraban de más buena gana las mujeres hermosas que las feas. «Y tú, voluntad, dijeron los ojos, no siendo la mujer hermosa ni la fea de tu naturaleza, ¿por qué amas más las mujeres hermosas que las feas?»

Dijo el entendimiento á los oídos y preguntóles. «¿Por qué tenéis placer de oír las vanidades?—Y tú, entendimiento, dijeron los oídos, ¿por qué no reprehendes á los hombres que las dicen?»

Dijo la memoria á la nariz: «¿Por qué tienes placer de oler la rosa?—Y tú, memoria, dijo la nariz, ¿por qué memoras la lujuria por la rosa?»

Dijo la voluntad á la boca: «¿Por qué comes demasíadamente?—Y tú, voluntad, dijo la boca, ¿por qué no me cierras?»

Dijo la voluntad á la carne: «Cuando la mujer te toca, ¿por qué te inflamas?—Y tú, voluntad, dijo la carne, ¿por qué no amas la castidad?»

Dijo el entendimiento á la boca: «¿Por qué mientes?—Y tú, entendimiento, dijo la boca, ¿por qué no me aconsejas?»

Dijo el alma al cuerpo: «¿Por qué duermes tanto?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, cuando yo velo, ¿por qué estás ociosa?»

Dijo el alma al cuerpo: «Cuando tienes frío, ¿por qué tiembles?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, cuando pecas, ¿por qué no tienes conciencia?»

Dijo el alma al cuerpo: «¿Por qué estás enfermo?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, ¿por qué no amas la templanza?»

Dijo el alma al cuerpo: «¿Para qué mueres? —Y tú, alma, dijo el cuerpo, ¿para qué te apartas de mí?»

Prueba de la existencia de Dios

(Del *Libre de coneixença de Deu*)

Máxima I

Lo que está más lejos del no ser, es el ser.— Si Dios es lo que está más lejos del no ser, es: como sea que consideramos á Dios ser infinito y eterno, y que es infinitamente eterno, bueno, grande, poderoso, sabio, amoroso, virtuoso, verdadero y glorioso, y que en sí mismo tiene su fin y su cumplimiento, y que de nada necesita si no es de su esencia. Y este Dios así constituido si es, es el ser que está del no ser más lejos que ningún otro ser: como sea que El no participa del no ser. Y si no es, todo ser participa del no ser, como el cielo, que es terminado, y fuera de él nada tiene, y en todo lo que contiene hay muchas imperfecciones, que tienen dependencia é inclinación al no ser; como el hombre, que es mortal y su alma que ignora, dá vida y ama al pecado: y así de las otras cosas: Síguese, por tanto, si Dios nada es, que lo que está más lejos del no ser, no es, lo cual imposible, como ser que el ser y el no ser son contrarios. Está, pues, probado que Dios es.

Máxima II

Si lo que no es poder, sabiduría y voluntad, es, mucho mejor lo que es poder, sabiduría y voluntad, es.— Como sea que es, si en un ente hay poder, sabiduría y voluntad, su ser es perfecto; porque todo lo que puede querer, puede, por poder tener, y asimismo por saber, y si tal ente no es, en aquel ente que no es poder, sabiduría y voluntad hay mayor privación y defecto de poder, sabiduría y voluntad que de ser y perfección. Conclúyese, por tanto, si Dios no es, que en todo ente en que haya poder, sabiduría y voluntad, está su privación y defecto en sumidad, y su ser y perfección en infinidad. Es, pues, más aquel ente por no ser que por ser, y por falta que por cumplimiento; y hay en él más pequeñez, maldad, flojedad, vicio y pena en cuanto él no es poder, sabiduría y voluntad, que bondad, grandeza, poder, virtud, verdad y gloria hay en él por el poder, sabiduría y voluntad que tiene.

De dónde, como sea imposible que privación y defecto de poder, sabiduría y voluntad sean soberanos y su ser y su cumplimiento sean inferiores, conclúyese de necesidad que Dios es, como sea que es, y cumplimiento se convengan; y privación y defecto se convierten en el ser de tal poder, sabiduría y voluntad, Dios es las tres cosas, y las tres cosas son Dios.

Máxima III

Ningún poder que sea finito por su esencia puede ser infinito por otra esencia.— Eternidad es ente infinito por duración, y puede ser ente infinito por poder, sin el cual no podía ser infinito. De dónde si Dios no es, solo la eternidad del mundo es infinita en duración por su esencia, y puede ser infinita accidentalmente por poder, con el cual no es una esencia; pues si poder y eternidad fuesen una misma cosa, sería el poder infinito por su esencia en pesificar externamente, así como la eternidad en durar. De dónde como el poder del mundo sea finito

y terminado por su esencia; en cuanto no está fuera del cielo antes bien está concluido en el mismo, no puede ser causa de eternidad, de modo que pueda ser infinita en duración, porque de esencia finita no puede salir influencia infinita; y si lo fuese, la proporción que hemos dicho sería destruida; y esta destrucción es imposible. No puede, pues, el mundo ser eterno, ni puede haber tenido comienzo de sí mismo, porque si pudiese comenzar por sí mismo, fuera antes que fuese, lo cual es contradictorio.

Hay, pues otro ente eterno que ha dado comienzo al mundo, en quien poder y eternidad, bondad, grandeza y las otras dignidades son una misma cosa, y á este ente llamamos Dios, cuyo ser adoramos y bendecimos.

Máxima IV

Si existe un soberano bien no existe un soberano mal.— Eternidad existe, y si eternidad existe, bondad y eternidad: soberano bien; y si eternidad no existe, bondad es soberano mal no siendo bondad, de donde se sigue que existe mal, y no soberano bien. Y puesto que mal y no ser, y bien y ser se convienen, conclúyese de necesidad que existe soberano bien y no soberano mal. Soberano bien no puede existir si que eternidad sea bondad, y bondad eternidad y que eternidad sea asimismo bondad infinita, esto es, infinita duración por sí misma. Esto no puede darse en sujeto alguno, sino en aquel que buscamos, esto es, Dios, en el cual bondad y eternidad son una misma cosa.

Máxima V

Si Dios no es, todo cuanto es puede convertirse en no ser.— Eternidad es, y si Dios no es, eternidad no es poder, ni poder es eternidad. Esto mismo se sigue de bondad, grandeza, sabiduría y demás, de donde se sigue que eternidad no puede ser por sí misma, ni poder puede durar por sí mismo; y en tal defecto de poder hay más imperfección que ser, y mal que bien y pequeño que grande. y poca y mala duración que grande y buena, y así de los otros contrarios. Puede, pues, todo cuanto es, nada ser. Está pues, manifestado y probado que Dios es y que le es imposible no ser, y por El todo cuanto se puede ser sustentado en ser, como sea que ente infinito puede sustentar y gobernar ente finito.

§. Hemos probado pues que Dios es, y por el necesario conocimiento que de El tenemos, estamos mejor dispuestos á amarle y servirle que si aquel necesario conocimiento no tuviésemos.

Del ardimiento y de la cobardía

(Del *Félix de les Meravelles*)

El ardimiento y la cobardía, dijo el ermitaño, son contrarios; y el valor contrasta á la cobardía con el aire, y la cobardía al valor con la tierra. Maravillóse, Félix, de lo que el ermitaño decía, por lo que éste prosiguió diciendo:

El ardimiento se forma de la sangre, que es húmeda y cálida, esparciéndola el corazón en abundancia por todos los miembros, con la cual se fortalecen ellos y los espíritus, y de esto se engendra y origina el valor, el cual falta cuando es vencido por sus contrarios, que son la sequedad y frialdad, las que restiñen la sangre, y la hacen retroceder de los miembros al corazón, por cuya retrocesión y separación

queda el cuerpo sin espíritus, y sin valor ni ardimiento.

Amado hijo, por la virtud de la fortaleza vive el ardimiento en el ánimo del hombre. Y así como el corazón da fortaleza y valor al cuerpo por medio de la sangre que le comunica, y comunica á los miembros, así esta virtud fortifica las otras virtudes, comunicándose á la fe, caridad, justicia y sabiduría. y éstas la fortifican á ella, comunicándose y mezclándose mutuamente, y así todas juntas dan virtud, fortaleza y valor al hombre, y ahuyentan de él el miedo y la cobardía.

Admiróse Félix de las palabras del ermitaño, y dijo, que él había visto muchos hombres valientes sin fe, esperanza, caridad, justicia, ni sabiduría. A lo que el ermitaño respondió, que estos son valientes por el mucho memorar, entender y amar las cosas, y por la sangre de que abunda en sus miembros, aunque en realidad no es valor verdadero; porque para el valor verdadero, además de la abundancia de la sangre y del mucho memorar, entender y amar las cosas, se requiere el ejercicio de las virtudes.

Has de saber, hijo mío, dijo el ermitaño, que estando un Rey y un Emperador al frente de sus ejércitos para darse la batalla, el Emperador y su ejército concibieron gran valor y esperanza de la victoria por verse mucho mayores en número y en calidad que los del Rey; y el Rey y su ejército concibieron gran miedo al verse tan pocos y tan inferiores en todo, y llegó á supeditarles tanto, que estuvieron para huirse; y lo hubieran ejecutado á no considerar que el Rey tenía justicia en lo que pretendía, y que así era razón defenderla hasta morir, dejándose en las manos de Dios, cuya consideración fortaleció tanto el espíritu del Rey y de sus gentes, que embistieron al Emperador y lo derrotaron; en que conocerás que el más valiente es el que mejor funda su razón ó el que más razón tiene cuando pelea.

Además has de saber, hijo, dijo el ermitaño, que una vez se desafiaron un caballero cristiano y un mahometano, por defender el cristiano que Cristo era Dios y el sarraceno negarlo. Ambos eran fuertes y vigorosos, pero considerando el cristiano que Dios por amor del hombre se había encarnado, y en cuanto hombre muerto, se le aumentaba el valor, y con él la fe, esperanza, caridad, fortaleza y justicia, por lo que venció al mahometano.

Señor, dijo Félix, en una provincia había un marqués y un conde que se hacían la guerra, en la que el marqués era muy inteligente, por lo que tomaba muy bien sus medidas y ordenaba igualmente sus cosas y sus gentes; pero cuando se hallaba en la batalla tenía tan poco valor, que nada ejecutaba de lo que había prometido, lo que causa admiración.

Hijo, dijo el Ermitaño, has de saber, que había un hombre que amaba tanto á su príncipe, que cuando estaba delante de él no le sabía alabar, ejecutándolo con primor cuando estaba ausente, lo que divanaba del gran amor que le tenía, y del respeto que le causaba por ser su príncipe, y como á tal temerle; por lo que el corazón de este hombre influía en él con tal abundancia y precipitación la sangre por todos los miembros para enardecerlos, que perturbaban la memoria y el entendimiento, por cuyo motivo no podían obrar ordenadamente, ni con acierto.

Además, has de saber, hijo, que dos naves de sarracenos atacaron una de cristianos, en cuyo combate el señor de la misma nave que iba en ella se acobardó tanto, que se metió debajo de cubierta, por ser hombre injusto y pecador y tener miedo de morir; y al contrario, un hombre justo y de buena vida que iba en ella, se

defendió y la defendió valerosamente, sin ser señor de la nave ni tener en ella parte, de que admirado el almirante moro, después de rendida, dijo á aquellos dos hombres que si no se volvían sarracenos y abrazaban la secta de Mahoma les haría quitar la vida; á lo que asintió luego el señor de la nave como hombre injusto y pecador, pero el otro nunca quiso consentir y se la dejó quitar antes que abandonar la Religión que profesaba, por lo que murió mártir.

Señor, dijo Félix, mucho me admiró el valor y ardimiento que muestran tener los hombres del mundo por ganar dinero, honras, riquezas y fama, sin temor de medir en los peligros á que se exponen para conseguirlo; pero mucho más de la cobardía que se experimenta en la mayor parte de los hombres religiosos, que no osan morir como deberían por la honra de Dios y por su servicio.

Hijo, dijo el Ermitaño, cuando la memoria memora mucho, y por mucho tiempo una cosa, y el entendimiento lo entiende y la voluntad la ama, sostienen y se exponen los hombres por haberla y conseguirla á mayores peligros y á mayores trabajos que á los que se exponen por conseguir otras, que poco y por poco tiempo memoran, entienden y aman.

Has de saber, hijo, que había un religioso que predicaba la fe de Jesucristo en una ciudad de sarracenos, cuyo príncipe le hizo intimar un decreto en que le mandaba que dejase de predicar y se fuese de aquella ciudad, porque de lo contrario, le haría quitar la vida. A lo que el religioso replicó que estaba más obligado á servir y obedecer al Rey del cielo que al de la tierra, por lo que no quiso salir de la ciudad ni dejar de predicar, estimándose más morir y obedecer á Dios que vivir y desobedecerle.

Señor, dijo Félix, hubo un caballero, que combatió con un escudero en duelo, porque le asistía la razón y justicia, y el escudero combatía solo con el caballero, por una porción de dinero que le habían dado, y habiendo no obstante esto, superado y muerto el escudero al caballero, estoy muy admirado de ello, pues el valor y ardimiento es más propio en el hombre cuando difunde la justicia y la razón que cuando pelea por interés.

Hijo, dijo el Ermitaño, cada uno de estos dos combatientes logró en el combate el premio á que anhelaba, pues el escudero ganó las riquezas y el caballero la gloria, por haber muerto en defensa de la justicia que le asistía; en que consiguió mayor galardón y mayor premio que el escudero en haber ganado la riqueza ó el dinero.

Señor, dijo Félix, mi caballero tenía gran deseo de encontrarse con otro caballero enemigo suyo, pareciéndole, que si reñía con él, le vencería y mataría; y habiéndole encontrado en lugar de embestirle tuvo miedo, y huyó de él, de que me maravillo.

Hijo, dijo el Ermitaño, cuando la vista corporal ve alguna cosa de que puede recibir daño el cuerpo, el corazón se restriña y la sangre se esparce por los miembros, de que dimana el que el hombre queda cobarde, y falto de valor; pero vuelto sobre sí, y pasado aquel primer asombro ó pasmo que le causó la vista del peligro, si halla tener razón y justicia en lo que emprende, vuelve el corazón á ensancharse y á recoger la sangre que había esparcido, la que nuevamente y con nuevos espíritus vuelve á repartir por los miembros, y entonces ya el temor del peligro no le acobarda si el valor le falta.

Has de saber, que había dos reyes, el uno muy justo, bueno y amado de sus vasallos, y el otro injusto, malo y aborrecido de los suyos,

los cuales estaban su guerra y habiendo llegado el caso de darse la batalla el justo y bueno la venció; habiendo sido el primero que con anejo y desprecio de la muerte embistió y se metió entre sus enemigos.

También has de saber, que había un hombre que iba por el mundo reprendiendo á los reyes y á los prelados, porque no trataban y disponían la conversión de los infieles, para que Dios fuese más amado y conocido; el cual estando un día delante de un prelado injusto y pecador, que tenía gran compañía y comitiva, quiso reprenderle como á los demás; pero al tiempo de ejecutarlo le faltó el valor y se aco-

bardó, sin poder decir lo que tenía intención, por lo que recurrió á ayudarse con la fortaleza, caridad, justicia y humildad, y para conseguirlo con más fervor se azotó fuertemente con unas correas que llevaba, y así después se halló con fortaleza de espíritu para reprender al prelado, que por cuidarse de su honor, se descuidaba del de Jesucristo; de cuya osadía el prelado se admiró, y le hizo echar de su palacio, habiéndole hecho primero dar de palos por dos criados, lo que admiró á los circunstantes á vista de la poca devoción y menos justicia, paciencia, humildad y caridad del prelado.

Bernat Metje

Bernat Metje (fines de siglo XIV principios del XV) elegante cortesano, humanista de fuste, grande y amenísimo escritor, es también, dígame lo que se quiera, un filósofo de importancia.

Se ha combatido su originalidad. No ha costado mucho encarar con el texto del *Somni* textos de Cicerón, á quien calca, de Boccaccio á quien, en un malicioso fragmento, literalmente imita. Pero ¿hay qué buscar, acaso, en la erudición, en las citas, en la producción de autoridades, la originalidad de un pensador del siglo XIV. O mejor en su intuición fundamental y matriz de los problemas (véase el estudio de Bergson sobre «La intuición filosófica») en la posición de su espíritu frente á ellos, en el acento de su discurso?

La intuición fundamental y matriz, la posición, el acento de Bernat Metje, no son de Cicerón; para encontrar su más inmediato antecedente sería necesario, tal vez, retroceder hasta Sócrates. Pero, aun más que á Sócrates, recuerda este gentilísimo filósofo catalán, y el fragmento que sigue es prueba paladina de ello, á alguien muy cercano á nosotros en la historia del pensamiento universal. Aludimos á Ernesto Renan. ¿Nos atreveremos á decir que este diálogo finísimo sobre la inmortalidad del alma, es algo asombroso, *espantosamente* renaniano? Notad, sin embargo, en los dos términos de la comparación una misma complacencia en el equívoco, idéntica mezcla turbadora de piedad y de ironía y el ágil moverse en la forma del diálogo, presentando sucesivamente el pró y el contra, con análogo gusto por los dos, y dejando finalmente, sino una vocación á «vivir» la identidad de los contrarios, una impresión de semi-creencia, de adhesión á medias, de juego lógico, de eso tan griego y tan moderno á la vez.

Aparte de su posición y acento general, el principal interés filosófico del diálogo que se continúa, se cifra en los siguientes puntos: 1.º En las primeras líneas, la *incuranza de lo que no se ve*, remachada por lo que inmediatamente sigue, ¿es de color materialista, ó escéptico, ó agnóstico, ó pragmático? El empleo del verbo *usar* puede dar mucho que pensar, en este último sentido. Téngase presente que, más adelante, vuelve la palabra á aparecer, y para disuadirle de la tristeza, dice el Rey aparecido á su cortesano: «no llores, que de remedio inútil usarías». Este es un matiz delicado y no se puede insistir sobre él.—2.º La definición meramente *funcional* del espíritu, que se da un poco más adelante, («Según la diversidad de oficios, muy diversamente el alma es nombrada. Vivificando el cuerpo es llamada alma; queriendo, voluntad, etc.») definición tan elocuente por lo que dice (que presupone, implícita, la idea, tan moderna, de la plenitud constante del espíritu) como por lo que calla (la división en potencias, tiránicamente en vigor en el tiempo).—3.º La separación de la realidad dos mundos, mundo del espíritu y mundo de la cantidad, atisbo de cartesianismo *«avant la lettre»* de la más alta importancia.—4.º La cuestión criteriológica sobre la autoridad, que

recorre subterráneamente toda la parte del texto, en que se producen autoridades. Bastan la presentación de estos cuatro puntos, en un fragmento tan corto y la manera equívoca, pero de honda coherencia, como nos aparecen tratados, para darnos la talla de un pensador.

De la inmortalidad del alma

(Del «Somni»)

—Bien sabes tú que los humanos creen muchas cosas que no pueden ver.

—Cierto es. Mas no tengo por hombres de juicio á los que usan de ellas. Lo que veo, creo y no curo de lo demás.

—Dime,—respondióme él.—Antes de venir al mundo, ¿qué eras?

—Lo que seré luego de muerto, dije yo.

—Y ¿qué serás?

—Nada.

—¿Así es que, antes de ser engendrado no eras nada?

—Tal creo, dije yo.

—¿Y por qué crees eso?

—Por razón de que veo cada día que mujer por ayuntamiento con hombre se hace preñada, y antes no lo era. Y luego paren alguna criatura, la cual del no ser viene al ser.

—Justo. Pero,—dijo él,—lo que has visto en otros, no lo viste en ti mismo. Dime, empero, si lo recuerdas, ¿qué eras antes de ser engendrado?

—A mí,—dije yo,—nada se me acuerda ni estoy seguro de que cosa fuese, porque no lo vi. Pero creo que nada era. Que hombre soy como los demás y he de seguir sus huellas.

—¿De modo,—dijo él.—que eres algo que no has visto?

—Verdad es, Señor, que algunas cosas creo que no he visto. Otorguelo y no puedo volverme atrás; y, á la verdad, mientras más veo eso, más claro me parece; que muchas veces he creído diversas cosas que no podría claramente probar; y mayormente algo que sea general á todo el mundo. Si nos diéramos á preguntar á cada cual quién era su padre, cada cual nombraría á aquel que se figura que lo es; pero no lo sabría ciertamente, mas sólo por creencia.

—Bien está,—dijo él;—y mucho complace á quien arguye, que quien responde, no sólo le otorgue la conclusión, sino que la pruebe.

Estando en eso, pues, el espanto comenzó á pesarme, y, dudando aún de lo que veía, quise acercarme á él para besarle pies y manos.

—Aparta dijo él,—porque este cuerpo de que me ves cubierto, envoltura fantástica es y ni

podrías tocarlo ni ello fuera lícito. Aquel á quien tú solías servir y hacer reverencia y honor, convertido está en polvo.

Entonces salieron de mis ojos muy copiosas lágrimas y del corazón gemidos y suspiros grandes; las dolorosas heridas se me volvieron á abrir y crujieron todos mis huesos; y aquella hora fué más cruel para mí que aquella otra en que había pagado su débito á la naturaleza.

—No llores,—dijo él,—no estés triste, que de inútil remedio usarías. Por lo que respecta á mi interés, no debes llorar que convenientemente estoy, por gracia divina, y no querría volver al mundo para ser rey. Y por lo que á ti dice, menos llores aún, que si tu Señor perdiste, tan bueno y mejor lo has recobrado. El te sacará con honor de la cárcel en que estás y no sufrirá que se te haga entuerto; que muy justo y virtuoso es, y conocerá la mala intención de tus perseguidores; aunque, por tener que soportar á éstos, en razón á lo nuevo de su señoría, no te despachará tan pronto como tú quisieras y, en justicia, mereces. Y, si bien le sirves, bien sabrá remunerarte. Pero es inútil que yo te hable tanto de él, que tú bien le conoces.

—Señor;—dije yo,—verdad es lo que me decís, y esa es la esperanza que en él tengo puesta. Mas no veo señales de ello.

—Común enfermedad es de hombres,—dijo él,—cree que lo que muchos desean no va á acontecer nunca; y que, cuando acontece, le parezca tarde.

—Con que venga algún día, Señor,—dije yo, daréme por contento; que pronto se hace lo que bien se hace. Cuanto al presente, no curo de ello demasiado; lo que al Señor Dios pluguiere, placeme há. Solamente, Señor, si no os enojo, os suplico que me digáis lo que el espíritu sea, y que me hagáis entender su inmortalidad, si eso es probable. Que estoy en ansia viva de saberlo, en razón á que jamás lo pude entender. Y vos me habéis dicho que habéis rendido aquél á Dios; señal que es alguna cosa inmortal.

—Tu conclusión,—dijo él,—es verdadera; y no me maravilla de que no lo puedas entender, porque comienzas queriendo especular sobre ello con agudeza. Nada hay en el mundo, por fácil que sea, que se vuelva difícil ó casi imposible, cuando no se quiere hacerlo.

—De buena gana, Señor, lo haría. Pero mi grosero ingenio no es suficiente para comprender materia tan alta, sin nuestra ayuda.

—Ahora, pues,—dijo él,—atienda diligentemente á lo que te diré.

»Muchos doctores de la Iglesia de Dios, filósofos, poetas y otros varones diligentes y devotos que trataron de esa materia, han hecho lo que han podido para dar á entender á los hombres del mundo, tanto por la palabra como por la escritura que cosa sea el espíritu ó alma. Porque, en el cuerpo humano, una misma cosa son. Pero, según la diversidad de oficios que esta alma ejerce, de varias maneras es nombrada. Porque, vivificando el cuerpo es llamada alma; y queriendo, voluntad; sabiendo, entendimiento; recordando, memoria; juzgando rectamente, razón; y inspirando, espíritu. Empero su esencia es única y simple. Y entendieronlo mucho mejor que no lo supieron explicar, ni yo tampoco, mientras esté cubierto de esa vestidura, que me ves llevar podría decir mucho más que lo que ellos dijeron. Porque, mientras no transcurra el tiempo que el Señor ha ordenado á mi penitencia, sujeto estoy en parte á los desfallecimientos de los mortales, ni mucho menos que si aun á la carne me viere sujeto. Tan sólo una cosa queda añadir y á decir ciertamente por lo que veo en mí mismo que, lo que los doctores de la Iglesia de Dios supieron

por revelación divina y por relación de muchos resucitados acerca del alma racional, es la verdad. Y muchos filósofos y poetas se han acercado bastante á esta verdad, en cuanto el ingenio humano puede comprender.

—Señor,—dije yo,—tanto sé ahora como antes sabía. No veo que ahora se haya acrecido mi saber, si no con vuestro testimonio.

—No es poco,—dijo él,—en negocio tan dudoso tener testimonio que deponga con ciencia cierta; mayormente cuando los concordantes con él son de toda excepción é irrecusables.

—Hacedme, pues, Señor, la merced de decirme lo que escribieron los tales doctores, y lo que vos sobre la cuestión experimentasteis directamente, á fin de que yo queda así mejor instruído.

Aquí bajó él los ojos, y con rostro casi airado, dijo.

—Poco fruto has de sacar de lo que yo te digo; porque no lo has de entender tampoco. Empero, válgate por lo que te valiere. Gran contienda fué, entre los antiguos filósofos, saber qué fuese el alma. Y dijo Nasica que era el corazón. Empedocles, que el alma. Dijeron otros que una parte del seso tenía el principado del alma. Otros que el lugar y silla del alma estaban en el corazón. Otros, en el seso. Zenón dijo que el alma era fuego. Aristóteles, armonía de sonidos. Jenócrates, número. Plato hizo en el alma triplicidad, lo principal de la cual, es decir, la razón, colocó en la cabeza y las otras dos partes, es decir, la ira y la cupidéz quiso separar, colocando la ira en los pechos y la cupidéz bajo las entrañas. Dicearto dijo que el alma no era nada y en vano hablaba el hombre de cosas animadas y de animales. Galeno dijo que el alma era complexión. Otros que era cuerpo. Aristóteles que después de Platón, es el que más se acerca á la verdad, de entre los nombrados, dijo que era *Entelequia*, vocablo griego que quiere decir continuado movimiento perdurable. Y cada uno de ellos se esforzó en probar su opinión como mejor pudo.

Empero los doctores de la Iglesia de Dios, los cuales han visto profunda y perfectamente en el negocio afirman todos aunque de manera diversa lo digan que el alma del hombre es creada por Dios substancia espiritual propia, vivificadora de un cuerpo, racional é inmortal y en bien y en mal convertible. Y sábete que ciertamente así es. Empero para que mejor lo entiendas, declarártelo hé con gran brevedad.

Que el alma sea creada por Dios nadie que tenga razón lo ignora; porque toda cosa que tiene existencia, ó es criador ó es criatura. Pero ninguna criatura puede ser substancia creadora; porque toda cosa que tiene que tener substancia conviene que la tenga de Dios, sino la puede dar á las otras cosas; y si la tiene solamente para sí, señal que la ha recibido; ya que de otra manera sería creadora. No hay, pues, más remedio que otorgar que el Señor Dios la ha criado, que él crear puede las cosas mortales é inmortales.

Que el alma sea substancia espiritual, ¿quién puede negarlo? Todas las cosas corporales por tres líneas son contenidas, que son: longitud, latitud y profundidad. Y no se puede probar que estas líneas se encuentren en el cuerpo, pues, aunque mientras está acompañada del cuerpo soporta su carga, curiosamente entiende las opiniones sobre las cosas; en cosas celestiales profundamente piensa; las naturales con sutil investigación indaga; y de un mismo creador deséa saber. Si fuese corporal, no podría, en esas meditaciones, contemplar cosas espirituales.

Que sea substancia propia es cosa clara, que es el propio espíritu y no otro espíritu quien re-

cibe la carne y se duele ó alegra de sus pasiones, que son odio, deseo, abominación, deleite, tristeza, esperanza, desesperación, temor, audacia, ira y mansedumbre.

Vivificadora es de su cuerpo; porque, así que esta cárcel le es dada, le ama con grande amor. Le ama, porque de ella no se ve libre. Fuertemente atormentada es por los dolores de aquél. Teme la propia muerte, aunque ella no pueda morir, según más adelante verás; y así es temerosa de la decadencia de su cuerpo, ya que de él es sostenida. Y ella, con los ojos del cuerpo, se deleita en ver bellas cosas; con las orejas, en oír melodías; con la nariz, en sentir placenteros olores; con el gusto, buenos sabores; con el tacto, cosas muelles, duras, ásperas y lisas tocar. Y aunque ella de esas cosas no se mantenga, cuando le son quitadas experimenta una gran tristeza de ello, deseándolas, no, naturalmente como provechosas ó placenteras á sí misma, más á su cuerpo; y á veces, por complacer á éste, peca. La vida, pues, del cuerpo es presencia del alma recibida por él; y la muerte es departimiento de aquélla, la cual, mientras el cuerpo vive, está toda en todas sus partes, y en un lugar no es menor que en otro. Bien cierto es, sin embargo, que en un largo se tiene más flaca, en otro más ardientemente; pero á todo lugar del cuerpo se extiende y le da fuerza vital y nutrición competente, y no puede salir del cuerpo cuando quiere, ni permarecer en él cuando su creador le manda salir. Cuando le es ordenado quedarse, todas las puertas hallará cerradas. Luego se abren, cuando le es mandado lo contrario. Y cada día lo puedes ver, porque muchos hombres estarán terriblemente heridos y no morirán, y otros, por muy ligeras ocasiones, rendirán el alma.

Racional es, y no me figuro que nadie lo dude, siendo que trata de cosas divinas, sabe las humanas, aprende muchas artes y nobles disciplinas y sobrepasa en la razón á todos los animales. Concedido le es entender en meditaciones y con la lengua expresarlas. Puesto en el cuerpo ve muchas cosas y casi se extiende á todo lugar y del cuerpo no se departe. Se mueve y, corriendo en sí misma como en un gran espacio, discurre, y presenta así lo que con la meditación ve; y, dotada de razón, ha encontrado muchas diferentes figuras de letras, utilidad de diversas artes y disciplinas, ha ceñido las ciudades de muros, los frutos de la tierra mejoró, y, con la industria, discurre por las tierras y la mar, agujerea grandes montañas, fabrica puertos para utilidad de los navegantes y ornamenta la tierra con muy hermosos edificios. ¿Cómo, pues, dudáramos de su razón, cuando, iluminada por su creador, hace visibles cosas tan maravillosas, obra de sus artes?

Es además el alma racional, inmortal. No creo que lo dudes.

—¿Cómo no dudarlo!—dije yo.—En probarlo estaría precisamente la maestría.

—¿Cómo!—dijo él.—¿No está aún bastante probado en mí, que vivo sin cuerpo?

—A fe mía, señor, por muy ignorante debéis tenerme si pensáis que firmemente yo creo que seais vos alma ó espíritu.

—¿Cómo es eso?—dijo él.—¿No me otorgas que existe el espíritu?

—Sí otorgo; pero no que vive sin el cuerpo; así como el cuerpo no vive sin él; que, señor, por mucho que hayáis dicho no habéis probado en realidad, á mi juicio, por razones necesarias, sino por razón mezclada de fe que el espíritu del hombre sea inmortal; no veo razones evidentes que me lo hagan creer.

—¿Y quién te dará razones necesarias—dijo él—para probar cosas invisibles, en especial si

de ellas desconfías? No te olvides de que me has otorgado que muchas cosas debe creer el hombre que no ve.

—Verdad es, señor. Mas, ¿qué queréis que haga? ¿Voy á creer todo lo que se me diga?

—No, ciertamente. Pero debes creer lo que la mayor parte de la gente dice y cree. Y especialmente cuando se acerca mucho á la razón. Que en cualquiera cosa el otorgamiento de las gentes todas, virtud y fuerza tiene de ley de naturaleza.

—Dispuesto estaré á creerlo, señor, si me probáis que la mayor parte de la gente es de vuestra opinión.

Aquí se le serenó un poco el rostro, y dijo:

—Con autoridades primero de gentiles, judíos, cristianos y sarracenos, luego con razones y demostraciones, probarte he, tanto como me sea posible. La materia de difícil probar tenemos entre manos, sobre todo cuando el adversario no quiere otorgar lo que en general es admitido como razonable, que el alma racional vive sin el cuerpo y es inmortal.

—Grande gusto sacaré de ello, señor. Pero holgaráame si vuestra gracia quería hacerme merced de que las razones y demostraciones viniesen lo primero.

—Bien te entiendo—dijo él.—Tú dudas de ellas y, queriendo oírlas pronto, vienes á decirme que, en cuanto á las autoridades, ya las has leído. Pero yo tales te he de decir, que por ventura ignoras. Por ahora, si tengo razón, otórgamela.

—Haré, señor, lo que me ordenareis.

—Atiende, pues, con diligencia, y te diré algunas de las puestas por maestros de letras seculares, muy otros que teólogos.

«Nada hay en la naturaleza que recuerde las cosas pasadas y prevea las que han de venir, y pueda abrazar las presentes, las cuales no son divinas sino el alma racional; ni puede creerse que provenga sino de Dios; que todo lo que siente, sabe y vive, semejante es á Dios. Y como el alma racional siente, sabe y vive, síguese de ello que es parecida á Dios y, por consiguiente, inmortal. Pero hay más: toda substancia intelectual, por razón de ser separada, y no dependiente del cuerpo, es incorruptible; y todas las cosas simples y sin composición, como Dios, ángel y semejantes, son inmortales; porque privadas son de contrariedad, que es la causa de la corrupción, la cual sólo puede darse en las cosas compuestas. Pero el alma racional es simple, naturalmente, y sin composición; que de la nada la crea Dios; por consiguiente, es inmortal.

Aún hay más: ninguna forma se corrompe, si no es por la acción de su contrario, ó por corrupción de su sujeto, ó por desfallecimiento de causa. Por acción de su contrario: así es como el calor se destruye por la acción del frío. Por corrupción de su sujeto: así como destruido el ojo se destruye la potencia visual. Por desfallecimiento de causa: así como la claridad del aire cesa desfalleciendo la potencia del sol que era causa de aquélla. Pero el alma humana no puede corromperse por la acción de su contrario, porque ninguna cosa le es contraria, ya que aquélla, por medio del entendimiento posible, es concedora y receptiva de todos los contrarios. Parecidamente, no puede corromperse por corrupción de su sujeto, ya que ella es forma independiente del cuerpo, ni por desfallecimiento de su causa, porque no puede ella tener otra que una causa eterna. No puede, por lo tanto, corromperse por causa alguna. Vemos, sin embargo, que, aunque el alma no se corrompa por la corrupción del cuerpo, su sér es debilitado por la debilitación de aquél; pero esto no acontece sino por accidente, y en cuanto el alma nec-

sita de órgano corporal; así es como la vista es debilitada, cuando su órgano se debilita; pero siempre por accidente. Y que esto sea así se muestra por la siguiente razón: porque si alguna debilitación viniese á aquella potencia en sí, jamás se separaría; y, sin embargo, vemos que, aunque la vista esté debilitada, si se restaura el órgano la virtud visual es restaurada. Y por eso el entendimiento, que es potencia del alma que no necesita de órgano, no se debilita ni por sí ni por accidente, por vejez ni por otra cualquiera debilitación del cuerpo. Porque debe advertirse que, si en la operación del entendimiento se dan fatiga ó empacho, esto no es por debilitación del entendimiento, sino de las fuerzas de las cuales necesita, es decir, de las potencias imaginativa, memorativa y cogitativa. Resulta, pues, que el entendimiento es incorruptible, y que lo es, por consiguiente, el alma humana, que es substancia intelectual.

Avancemos un poco más: Toda cosa que por sí misma se mueve, es eterna, porque nunca pierde su gobierno; y, por consiguiente, no cesa de moverse, que de otra suerte moriría, ya que no puede darse vida sin movimiento; y, de todas las cosas que son movidas, aquélla es fuente y principio de movimiento. Y ya sabes que el principio no tiene nacimiento, porque de él nacen todas las cosas, y ella no puede nacer de ninguna, que si ella de otra fuese engendrada, no sería principio; y si no nace, menos muere, ya que, muerto el principio, ni de él nacería otro, ni se criaría. Por eso es necesario que del principio nazcan todas las cosas y que el principio del movimiento está en aquello que á sí mismo se mueve. Y aquella cosa no puede nacer ni morir, ó es necesario que toda criatura cese de moverse y que no alcance fuerza alguna por cuyo inicial impulso se mueve. Si, pues, no puede negarse que es eterna toda cosa que se mueve á sí misma, ¿quién podrá negar que esta naturaleza es dada al alma racional, que es movida, no por fuerza extraña, sino por la suya propia y que no puede acontecer que jamás quede desamparada de sí misma?

Aún más: el alma racional ha sido creada á fin de que constantemente entienda, ame y recuerde á Dios. Y si era mortal no realizaría sempiternalmente aquello para que ha sido creada; síguese, pues, que es inmortal. Pero cada día ves á hombres de buena vida sufrir pobreza, enfermedades, pérdidas y grandes persecuciones y morir de ellas. Hombres, en cambio, de mala vida, prosperan como quieren y jamás sufren adversidad. Si el alma de esos moría con el cuerpo, Dios sería muy injusto, porque no retribuiría á cada uno como se merece. Y, como es necesario que la justicia de Dios se ejerza, conviene que el alma racional viva después de la muerte corporal para que alguna vez tenga castigo ó premio, según su merecido. Si, pues, no lo tiene en vida del cuerpo, necesario es que después de ella lo tenga: á menos de otorgar que Dios es injusto, cosa imposible y muy lejana á la común opinión de los hombres. ¿Quieres decir á esto algo, ó alguna se te queda adentro?

—Señor, nada os quiero decir ahora sino que reconozco que nos habéis hecho buena persuasión. Empero, algo de lo que me habéis dicho hay que, á mi juicio, á menos de que medie la fe, no se deduce tan necesariamente, que no pudiéramos razonablemente contradecírlas. En verdad, Señor, las cinco últimas me parecen mejor fundadas que las demás, y muy razonables y exentas de toda contradicción. Y presente tengo que aquélla que comienza diciendo que toda cosa que á sí misma se mueve es eterna, pone Cicerón en su *Tuscula*.

—Verdad es—dijo él—y ya antes lo había puesto en el libro doce de la *República*. Y mucho antes lo había puesto Platón en el *Fedon*. Y si algo tienes que objetar á las otras razones, dílo.

—Muchas cosas, señor, podría decir: más bien conozco que, en fin de cuantos, habría labrado en la arena. La fe me induce á creer, aunque algún escrúpulo de duda me ocurra. Por satisfecho me doy. Vamos adelante. Recordad, si os place, Señor, que me habéis ofrecido citarme las autoridades.

—De buena gana—dijo él—¿más cuál te diré, que no puedas razonablemente contestar? En lo que, según me parece, encuentras gran gusto.

—Gusto—dije yo—señor, salvo vuestro reverencia, no encuentro. Pero discutiendo y razonando bien las cosas es como se llega mejor al verdadero conocimiento de aquéllas.

—Verdad es—dijo él—y, puesto que así es, abre bien las orejas, y si te acude alguna duda, habla como quieras.

«Job que, dando testimonio del Señor Dios, no tenía rival en la tierra, dijo:

«Infierno es mi casa y las tinieblas hicieronme la cama.»

«Empero, un poco después, como le volviese esperanza de liberación, añadió:

»Porque yo sé que mi redentor vive, y que el último día resucitaré de la tierra, y estaré nuevamente vestido con mi piel; y con mi carne veré á Dios, salvador mío.» Si Job tenía esta esperanza es porque no creía que su alma fuese mortal.»

—Señor, vos me habéis dicho que comenzaríais, por los gentiles y veo que habéis comenzada por los judíos. Os suplico que me digáis si es por olvido ó de intención.

—Yo comienzo,—dijo él—donde debo. Job no fué judío, antes fué gentil. Verdad es, fué del linaje de Esaú. Y lo he colocado el primero, porque entre los gentiles fué el mejor y dióse á profetizar claro y profundamente á Jesucristo, que vino después para reunir judíos y gentiles. Ve, pues, si merece el principado entre los suyos.

—Que sí, señor, que lo merece. Pero yo siempre había tenido la idea de que era judío, como que el Antiguo Testamento tiene tal reputación y veo que profetiza claramente la resurrección de los cuerpos humanos.

—¿Quieres ahora saber—dijo él—que gentiles hayan profetizado? ¿Qué te parece de Balaam, la Sibila Eritea, de Virgilio y de Ovidio? Por sabido lo tienes, vamos adelante.

Ennio, poeta muy antiguo y dignamente famoso, dijo que muchos sabios antiguos, á los cuales se llamaban los Cantores, decían que, cuando el alma del cuerpo moría, el alma permanecía. Y, entre otras cosas que les inducían á creer esto había una que era el ver que el hombre de gran ingenio había ordenado el derecho pontifical y las ceremonias de las sepulturas; y no los hubieran observado ciertamente con tan gran cuidado, si en sus entendimientos no tuviesen por bien sabido que la muerte no destruye el alma, sino únicamente el cuerpo; y que la muerte no es otra cosa que mudanza ó traspasamiento de vida y camino que llevaba al cielo á los hombres y mujeres de vida virtuosa. Y por esta opinión, que fué seguida por los gentiles romanos, fueron muchos los que creyeron que Rómulo, Herodes, Liber, Castor y Polux y otros muchos habían subido al cielo después de su muerte.

Tulio, en la primera disputación de su *Tuscula*, dice que, cuando muere un hombre, no es cosa de que lo lloren sus amigos, porque piensen que ya nada queda de él, sino porque lo ven privado y destituido de bienes tempora-

les; que, si esta opinión no existiera, nadie le lloraría. Muy grande argumento es que, por la simple naturaleza llegue á juzgarse tales cosas de la inmortalidad del alma, porque eso de lo que ha de acontecer después de la muerte es negocio de que todo hombre cura con gran atención.

Suele el hombre plantar árboles, cuyo fruto no espera alcanzar. Ordena el sabio leyes y estatutos. ¿Qué te figuras pues que significa procreación de hijos, propagación de nombres, adopción de hijos, diligencia en dictar testamentos, edificación de sepulturas, sino reflexión de cosas que han de acontecer después de la muerte?

Escogidos son entre los hombres aquéllos que imaginan que son nacidos para ayudar, defender y conservar los otros. No puedo creer que nadie por la cosa pública hubiese aceptado la muerte. Si creyese que su nombre acaba con la vida, ni que, sin esperanza de inmortalidad, expusiera nadie á muerte su cuerpo por la patria. Ni que acudiese á mente humana el pronosticar ó adivinar las cosas de los siglos por venir. Y mayormente en los grandes ingenios y altas fortalezas; que, si aquella creencia fuese arrebatada ¿quién sería tan loco que incesantemente viviera en trabajos y grandes peligros, como hacer suelen los príncipes terrenales? ¿Y qué me dirás de los poetas y sutiles mecánicos? ¿No quieren ser ennoblecidos después de su muerte? ¿Y los filósofos, en los libros que escriben, no poner sus nombres, para ser ennoblecidos después de la muerte? Es verdad, que la mayor parte de entre ellos lo han hecho así.

Si pues, otorgamiento de todos es voz de naturaleza, y todos aceptan que hay algo que permanece después de la muerte, debemos también nosotros otorgarlo. Creencia general humana es que Dios existe, y por naturaleza sola ya se le conoce; análogamente ocurre con la inmortalidad del alma. Creamos, pues, que es así y nos alejemos de lo que comunmente es aceptado.

Esquides, filósofo muy antiguo de la Siria, fué el primero en decir que las almas eran sempiternas. Y esta opinión fué seguida por Pitágoras, su discípulo, el cual alcanzó tal autoridad, que no otros sino él y sus discípulos fueron en mucho tiempo tenidos por sabios. Platón vino á Italia, en donde entonces florecían los discípulos pitagóricos, á fin de verlos y de ellos aprender. Y la primera cosa que oyó fué la inmortalidad de las almas, idea que, no sólo aceptó, sino que dió razones por las cuales aparecía que debían de ser inmortales, algunas de las cuales razones has oído hace poco. Aristóteles, tuvo expresamente, según lo antes dicho, las almas por inmortales. Diógenes creyó firmemente y dijo que las almas eran inmortales y que subían al cielo, si durante su permanencia en el cuerpo habían cumplido en bien obrar.

Lelio, cuando supo la muerte de Publio Scipión Africano, su amigo cordial, dijo á Scévola: «Si yo negase que me dolía la muerte de Scipión, mentiría: que daño me hace el verme destituido de amigo tal, que según creo no ha habido ni habrá otro igual en el mundo. Pero no necesito de consuelos; yo mismo me consuelo y especialmente con esta medicina: que no existe en mí aquel error de muchos hombres, que se atormentan á sí mismos con la muerte de sus amigos, creyendo que las almas de éstos habrán con el cuerpo fenecido ó estarán conocidos. Yo no pienso que mal alguno haya acontecido á Scipión, porque virtuosamente ha vivido. Si hay daño, el dañado soy yo. Y ser grandemente turbado por el daño propio, no es cosa de amigo, sino de amante de sí propio.»

«Palabras en las cuales puede conocer su creencia en la inmortalidad de las almas.

»Y opinión análoga tenía el ya mentado Scipión, el cual por tres días antes de que muriese, discutió largamente sobre regimiento de la cosa pública; discusión cuya última parte versó sobre la inmortalidad de las almas; y él repitió lo que su padre Publio Scipión le había dicho sobre esta inmortalidad, cuando, luego de su muerte, se le apareció en un sueño que hizo, sueño que recita Tulio en el libro de la República y Petrarca parecidamente en *Africa*. La exposición del cual, acuérdate, hecha por Macrobio, te presté en Mallorca, recomendándote que lo estudiases diligentemente, para que luego pudiésemos sobre ello departir.

—Verdad es, señor,—dijo yo;—prosigamos si os place, que bien recuerdo eso, y el tiempo es corto.

—Sócrates—dijo él—luego que fué condenado á muerte porque no creía en la pluralidad de los dioses, el último día de su vida dijo muy buenas razones probando la inmortalidad del alma. Y, como tuviese en la mano el veneno que había de beber, dijo que no era cierto que moría, sino que subía al cielo. Porque las almas que salen del cuerpo podían tomar dos caminos: uno, de privación de la sociedad de los dioses; y esto era cuando se había vivido en el cuerpo viviciosamente y se había violado la cosa pública y cometido muchos fraudes. Y otro camino era de regreso á los dioses, de los cuales el alma era ya venido; y esto era cuando había vivido el cuerpo castamente y, alejándose de los vicios, se había asemejado á los dioses.

Catón, queriendo esquivar las manos del César, después de la muerte de Pompeyo, se mata en Utica; pero, claramente entendiendo que las almas eran inmortales, antes de que procediera á matarse, leyó el libro de Platón sobre la inmortalidad del alma, para morir con mayor fortaleza en su valor.

«Valerio Máximo dijo en diversos lugares y firmemente profesó la inmortalidad: bien lo sabes tú, que bien familiar te es.

—Verdad es, señor, que lo ha dicho. Pero no me parece evidente que lo creyere.

—¿Cómo así? ¿Qué te induce á sospecha?

—Lo que dijo de aquellos franceses que, creyendo que las almas no morían prestaban dinero á condición de que se lo devolvieran en el infierno. A los cuales trata de orates, porque creían lo que Pitágoras había creído sobre la tal inmortalidad.

—No me parece—dijo él—que por haber dicho esas palabras creyese lo contrario; no lo dice con el fin que tú te figuras. Bien es verdad que él, viendo lo difícil que es probar la inmortalidad sobredicha, dijo que si Pitágoras no le hubiesen dicho, á todos los que afirman aquella opinión tendría por orates, porque la cosa no se puede probar con evidencia. Y algunos ineptos creen lo contrario. Pero no dice que él no la crea, antes en muchos pasajes de sus libros veo que trata de la inmortalidad. ¿Y no te acuerdas si dice de Julio César, que aquellos que le dieron muerte queriendo alejarlo del número de los humanos, le hubieran mandado á la sociedad de los dioses? ¿Y no dijo de Cástor y Polux, que, después de su muerte, si combatieron alguna vez de la parte de los Romanos, contra sus enemigos? De creer que las almas morían con los cuerpos, no huciera dicho cosa semejante.

«Marco Catón dice á Scipión y Lelio: «No puedo creer que nuestros padres, los cuales, mientras vivieron fueron varones muy insignes y grandes amigos míos hayan muerto, sino que viven aquella vida que es la única que

puede llamarse vida. Porque, mientras vivimos encerrados en los cuerpos, condenados nos vemos á necesaria servitud, porque, como el alma es celestial y le han lanzado del cielo á la tierra, muy oprimido vive en el cuerpo. Mas tened por cierto, que los dioses inmortales han esparcido las almas en los humanos cuerpos, para que hubiese quien defendiese las tierras y contemplase el orden de las cosas celestiales: y se les pareciese en la manera de vivir y en la constancia. Y no solamente razón y discursos me inducen á creer estos, más también la nobleza y autoridad de los soberanos Filósofos que lo han afirmado, y especialmente de Pitágoras y sus discípulos quien tuvieron la creencia de que las almas eran divinas é inmortales.

De Virgilio, Séneca, Ovidio, Horacio, Lucrecio, Stacio, Juvenel, y muchos otros poetas te dirían lo que han escrito; pero estos ya te son familiares. Recordártelos sería así como empujar con la mano nave que buen viento lleva.

«Y, pues, ya te he dicho las autoridades y citas de los gentiles que me han acudido ahora, y que á mi juicio puedan ser de gran utilidad, tiempo es que cite algunos de los judíos sobre la inmortalidad dicha.

«Moisés, narrando, con espíritu de profecía la creación del mundo, testifica que nuestro Señor Dios dijo: «Hagamos el hombre á imagen y semejanza nuestra» Y así fué hecho. Si pues á imagen y semejanza suya lo hizo ¿quién se atrevería á decir que lo hiciese mortal? No podemos creer que lo dijese del cuerpo, el cual, como vemos, muere. Natural es que lo dijere del alma tan solo. De otra suerte la divina palabra faltaría de verdad; ya que de ninguna manera podría ser imagen ó semejanza suya, si no fuese inmortal como él, que es eternamente vivo, y todo lo contiene y todo lo dispone. Y, como inmortal que es, sin duda puede hacer cosas inmortales. Y si atiendes bien á la creación del mundo, encontrarás que únicamente del hombre Nuestro Señor Dios: dijo: «Hagamos»; que de todo lo demás dijo: «Sea hecho». Y si aquel fué hecho así, con deliberación de la Santa Trinidad, ya puedes figurarte que le dió una dignidad mayor que á las otras cosas que había creado.

«Jacob, cuando sus hijos le dijeron que unas fieras habían devorado á su hijo José, hermano de ellos, dijo: «Al infierno he de bajar llorando á mi hijo.» Si, pues, debía llorar en el infierno, es que creía que las almas eran inmortales.

Saul dijo á una hembra pitonisa que le hiciese resucitar á Samuel, que estaba muerto. Y así aconteció, y habló con él. Y Samuel le dijo que al día siguiente moriría con sus hijos y estarían con él. Y así se siguió, como fué dicho.

Algunos emperos afirman que no se le apareció el alma de Samuel, sino un diablo en su forma. Otros dicen que sí. Séa como quiera, la Sagrada Escritura dice que Samuel se le apareció. La historia está largamente contada en el primer libro de *los Reyes*, hacia al fin; digótela superficialmente. Y ella podrá ver si las almas viven después de la muerte corporal.

«Elías hizo resucitar un mancebo muerto á ruegos de la madre que lloraba, según se testifica en el primer libro de *los Reyes*. Y dicen los judíos que este mancebo fué Jonás, profeta.

«Por virtud de los huesos de Eliseo, muerto y enterrado, resucitó y se puso en pié un hombre que los ladrones habían muerto y echado en el sepulcro del dicho Eliseo, incontinenti que hubo tocado los huesos de aquél, si el Cuarto libro de *los Reyes* dice verdad. Considera, pues, si las almas de éstos morirían con la carne.

David, soberano profeta, sabiendo claramen-

te de la dicha inmortal, dijo: «Señor: no echas á mi alma en infierno.» Y, en otro lugar. «Dios Nuestro Señor: salvad á mi alma de la mano del infierno, cuando me fuera á recibir.» Y más lejos: «Señor, tú has salvado á mi alma del infierno y me has salvado de los que caen al lago.» Y en otro lugar: «Tú, Señor, has conocido mi resurrección.» Salomón, su hijo, ya te dije antes que afirmó, hacia el fin del *Eclesiastés*, que el espíritu regresará á Dios, que lo ha dado, Ezequías dijo, cuando se vió librado de la enfermedad, en que creyó morir. «Yo he dicho: en medio de mis días, iré á las puertas del infierno.» Y luego continuando: «tú empero, Señor, has librado á mi alma de perecer.»

«Daniel profeta ha anunciado que el príncipe Micáel se levantará y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán. De los cuales los unos irán á vida eterna, los otros á perpétuo escarnio. Sofonías dijo: «pueblo mío, espera, dice Dios nuestro Señor, en el día de la resurrección.» ¿Quién puede, pues afirmar que el alma racional pueda morir?

—Señor, si no he de daros enojo—dije yo—me pluguiera que los dichos y autoridades de los gentiles diésemos por bastantes, y que paséis ahora á los Cristianos, según lo prometido.

—No sólo con placer, sido con deseo—dijo él—haré lo que me pides.

«Jesucristo, salvador nuestro, según testimonia la verdad evangélica, dijo á sus apóstoles y discípulos, que el pobre llamado Lázaro murió y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahám; y, parecidamente, el rico murió y fué llevado al infierno y atormentado por una gran no pueden matar el alma; pero temed á aquel que el alma y cuerpo puede destruir en el infierno.» Y hablando además de juicio universal, dijo que los malos irían á tormento y los buenos á vida eterna. Ya puedes creer, pues que las almas son eternas. Si otro testimonio no hubiera en el mundo, éste á

prueba plena debería bastante, para que no puedas decir que á ayuno te convidaba, quiero colmarte.

Todos los apóstoles y evangelistas confiesan y testifican y por esta conclusión muchos de ellos é innumerables santos varones se han dejado matar, que Jesucristo hizo resucitar á Lázaro y otros muertos. Y que el día de la santa ascensión de aquél muchos cuerpos de santos resucitaron. Y que el día tercero después de su pasión resucitó él y conversó algunas veces con sus apóstoles, hasta el día de su santa ascensión. Y que el día del juicio universal vendrá á juzgar á cada cual según su merecer: y que todos aquellos que habrán recibido el bautismo y cumplido con sus mandamientos en paraíso vivirán, y los malvados en infierno eternamente. ¿Quién puede creer, que el alma venga á su ser?

Si esto no te contenta, acuérdate lo que has leído de las hazañas de los santos, en las vidas y colecciones de los padres, en los libros de los cuatro doctores de la iglesia de Dios y de otros santos varones, que no solamente por razones evidentes y autoridades lo creyeron, unas por revelación divina; y algunas por experiencia lo han sabido según lo que te dije antes, magüer por caminos diferentes. Si no lo recuerdas, dílo y reduciértelo hé á la memoria.

—Señor, más faena no os precisa. Bien lo recuerdo y holgado estoy con lo que habéis dicho. Y á la verdad, no hay hombre en el mundo que quiera usar de su razón como es debido, que necesariamente no hayan otorgado, en atención á todo lo que habéis dicho, que las almas son inmortales Y eso creo firmemente y en esa opinión quiero morir.

—¿Cómo se entiende, opinión?—dijo él.—¡No opinión, antes ciencia cierta! Opinión es solo rumor ó fama ó viento popular y siempre supone cosa dudosa.

—Sea, pues, señor, ciencia cierta. No recordaba bien el sentido del vocablo.

aparte lo que de legendario se ha escrito sobre una y otras, sábese por modo cierto.

De la falsa religiosidad

(Del Razonamiento ante el Papa y Cardenales de Aviñón).

Otro ejemplo es que el evangelio dice que aquel que quería depositar la ofrenda sobre el altar si sabe tener agraviado á su prójimo, debe, antes de ofrecerla, reconciliarse con aquél. Este documento se callan en los sermones (los predicadores), pues bien saben que ellos ayer ó anteayer ó el anterior, hicieron y dijeron agravio á algún seglar y cantan misa todos los días y consagran encima del altar y no se ve comunmente que nadie por sí ó por mandamiento de su prelado en capital ó de su profesor lo antes que pueda, vaya á reconciliarse con aquel que había escandalizado, ni ningún cuidado se advierte, como si el evangelio fuesen fábulas. Otro ejemplo es que el evangelio dice que es muy estrecha la puerta y áspera la vida por la cual se salvan aquellos que salvarse deban, y ancha y delicada la de los condenables, cuyo argumento se callan, también, pues ellos de hecho demuestran lo contrario, es decir, que ancha y delicada es aquella por la cual todos pueden salvarse.

Y así mismo hacen de todas las cosas, traspasando y desmintiendo el evangelio. Digan, pues, sin vacilaciones, que por esto aman ellos los deleites del paladar y del vientre y delicados albergues, y por esto ganar desean, y procuran peculios y dignidades ó prelación, y embajadas, y loores, y honores del siglo. Jamás ni en pública reunión ni en privado coloquio, no enseñaron á nadie á menospreciar estas cosas, antes bien harán lo contrario por falsas alegaciones de la Sagrada Escritura, ó por citas de sentencias seglares, las cuales no pertenecen á predicación evangélica, ó por engañosas distinciones. Y cuando, deberíamos hablar de la justicia de Dios para atemorizar á la gente y evitar el amor de este siglo, dejan esto y predicán y extienden sus palabras en la misericordia y dicen al pueblo que mientras le plazca y confiese su error, por gravemente que haya pecado el cristiano, si al fin tiene verdadera contricción y se confiesa, será salvo: esta palabra es verdadera, pero bajo esta verdad ocultan gran fraude y gran engaño de los ignorantes.

Y cuan grande es el engaño, puede cada uno conocerlo en esto que nadie puede tener verdadera contricción si no ama y desea más los bienes eternos que los temporales, en tal manera, que desprecie todos los temporales por aquéllos, pues San Pablo dice que nadie se puede salvar si no tiene caridad, la cual no puede nadie tener si más no ama y desea los eternos que los temporales. Pero aquel que en toda su vida habrá amado y deseado y alcanzado más los temporales que los eternos, cuando le vienen las ansias de la muerte no puede de repente desamar y menospreciar lo que continuamente en su vida habrá acostumbrado á amar y apreciar; ni de otra manera podrá mover el corazón á amar y desear lo que no ha acostumbrado como hábito. Esto es cuando menos lo que se debe pensar, porque si Dios no quiere hacer milagro ó dar fuerza al corazón de tal hombre—lo cual reservado está á su gracia—, que le diese larga enfermedad, por la cual se consumiese largo tiempo y por remedio de sí mismo fuese com-

Arnau de Vilanova

Hasta estos últimos años no ha comenzado á esclarecerse la biografía de Arnaldo de Vilanova, pero no tanto, que podamos precisar en cual de las muchas poblaciones catalanas de aquel nombre vió la primera luz, ni que resulte clara la fecha de su nacimiento, que suele fijarse por los años 1235. Estudió en su tierra natal y en París, enseñó en Montpellier, fué gran valido de los reyes Jaime II y Federico III, cuyas cortes se propuso ajustar á reglas de sencillez evangélica, tal cual él la entendía. En 1295 se hallaba en Roma, donde gozaba gran fama de alquimista, cerca del Papa Bonifacio VIII; vuelto poco después á París, donde enseñó medicina y botánica, sus opiniones filosóficas y religiosas le expusieron á persecuciones, que cesaron únicamente por intervención de Clemente V. De París pasó á Sicilia y Nápoles, y cuando llamado por su protector el Papa, dirigiéndose á Aviñón, murió en aguas de Génova, según parece, el día 8 de Septiembre de 1311.

Arnaldo no fué albigense, *insabattato*, ni valdense, aunque por sus tendencias *laicas* no deja de enlazarse con unos y otros, así como por sus revelaciones y *profecías* se da la mano con los discípulos del abad Joaquín. En el médico Vilanovano hubo mucho de fanatismo individual, tendencias ingénitas á la extravagancia, celo amargo y falta de consejo, que solía confundir las constituciones con los abusos, ligerezas y falta de sabor teológico y filosófico. El estado calamitoso de la Iglesia y de los pue-

blos cristianos en los primeros años del siglo XIV, fecha de la *cautividad* de Aviñón, precedida por los escándalos de Felipe el Hermoso, algo influyó en el trastorno de las ideas del médico de Bonifacio VIII, llevándole á predecir nuevas catástrofes y hasta la inminencia del fin del mundo con la llegada del Antecristo.

Lo que mayor renombre dió á Arnaldo, y aún se lo conserva entre el numeroso grupo de herméticos y ocultistas, no fueron sus obras filosóficas, sino las de alquimia, aunque la mayor parte de ellas deban atribuirse á autores del siglo XV, que no dudaron de autorizar las suyas con nombre tan conocido. Algo de ello acontece también con las de medicina, pues el *Breviarum practicae*, la más importante de cuantas se le han atribuido, obra que abraza todas las partes de la medicina y que da cabal idea de lo que era su práctica en aquellos tiempos, parece escrita por un su homónimo, médico napolitano. Las restantes obras de Arnaldo de Vilanova, más tienen de breves memorias que de tratados; entre las más importantes deben citarse, el comentario sobre la escuela de Salerno, *Schola Salernitanae opusculum*, y sobre todo la tan famosa *De conservanda juventute et retardanda senectute*.

La primera edición completa de sus obras apareció en Lyon, el año 1504.

A los autores de la *Histoire littéraire de la France*, á Menéndez Pelayo, á Finke, á Rubio y Lluch y á Ramón de Alós, se debe cuanto de la vida y las ideas de Arnaldo de Vilanova,

pelido de desear la muerte, cierto es por razón natural que tal hombre en su olvido no es asemejable con aquel que durante toda su vida, ha traído buena contrición; y por esto es manifiesto que aquel que en su predicación dice al pueblo que si en su óbito há buena contrición será salvo, es doctor falsario y en dos maneras engaña á los que le oyen; primeramente pues los convoca, aunque tácitamente, á perseverar en la corrupción y en la vanidad de este siglo. La otra, porque no les arguye ni les muestra cómo conformarse para tener en tal punto verdadera contrición.

Y los engaña así como falso guía y falso médico. Falso guía como aquel á quien le preguntan el camino para algún poblado, y sabe dos caminos, de los cuales el primero es breve y sin peligro y el otro es largo y lleno de ladrones y barrancos y de otros peligros, muestra éste y dice que por aquí encontrarán fuentes y prados y no muestra el otro. Falso médico el cual no entiende principalmente en el provecho del enfermo, sino solamente en saciarse el hambre, es decir, en hacer que sea loado y tenido por sabio y bien galardonado, pues él conoce que se acerca la batalla de la terminación y conoce qué accidentes serán tan graves y peligrosos que harán acongojar al enfermo realmente, y le hace saber delante de la concurrencia los trabajos á venir y amonéstale que tenga paciencia y que no se debata para sufrir el sudor y así curará, y él sabe que no podrá soportarlo si Dios no le quiere hacer gracia especial, sino

que lo dice para que después de muerto el paciente digan los demás: bien dijo el médico que si soportase el sudor hubiera curado. Pero el falsario no le habrá hecho ni mostrado nada para que lo pudiese soportar. Por todo ello, manifiesto es, que tales falsarios fuertemente engañan al pueblo en su grey. Harto patente es lo ya antes dicho, es decir, que caen en error de heregía ya que siembran de hecho y de palabra lo que está contra el evangelio. Pero más manifiesta es por lo se ha descubierto en la provincia de Toscana, cuya cosa no se puede paliar ni esconder, que dos cardenales incurrieron en inquisición y fueron hallados más de doscientos cuarenta, que entre sí, con las mujeres de su categoría y de otras, predicaban que ahora es tiempo en que debe reinar espíritu de libertad, esto es, de hacer cuanto el corazón desee, pues todo será á beneplácito de Dios, de manera que si yo quiero matar al Papa ó al Rey ó deshonorar su mujer ó su hija, en todo agrada á Dios, y de tal propaganda algunos había que eran grandes y notables lectores (ilustrados). Cuyo error es de la mayor heregía que darse pueda, pues no tan solamente niega la verdad católica, sino aun más la razón natural y todo bien de humanidad, en cual error es bien cierto que no hubiera caído, si no fuese el amor de los deleites corporales y de los placeres de este siglo. Por cuyo amor caen en otro veneno de heregía ésto es, perseguir é impugnar la verdad angelical.

bir por nuestro buen vivir, y la pena que podemos esperar si vivimos mal; de lo que mejor informados estamos en las grandes ciudades que no en la soledad, donde ningún otro hombre habita. Y es la razón que en las comunidades y ciudades hay clérigos ilustres y muchos libros, y en ellas continuamente se dan sermones, controversias, lecciones y otros datos escolásticos que no se dan fuera de las grandes ciudades y comunidades.

La tercera cosa principal por la que dice este santo varón que debemos amar las ciudades y acercarnos á ellas para información nuestra, se llama *vitanda*, y son los pecados; pues aunque más pecados se cometen en las grandes ciudades que en las soledades y lugares pequeños, quien quiere evitar las ocasiones bien puede en las ciudades huirlas en parte ó en todo. Puesto que dice, mejor ó menos mal es para el hombre dado á informar á los demás incurrir en sencillos pecados venidos casi de la conversación que tiene con los mismos que informa, que no abstenerse de los tales pecados permaneciendo en soledad sin fruto alguno para los demás. Y da esta razón: que no por permanecer en soledad se libra el hombre de pecado, antes bien sufre su corazón mayores combates y mayores tentaciones, y los refugios no son tantos aquí ni son grandes los remedios como en las comunidades; por lo cual el corazón se mancha grandemente si Dios no provee por gracia especial, y esperar de continuo á que Dios provea no es cosa segura, mayormente en hombre débil. Y así dice, pecado por pecado, no parece que deba el hombre que informa huir de la ciudad, y á ello se añade el provecho de las almas que Dios Nuestro Señor tiene en infinito aprecio según se muestra en todo el cuerpo evangélico; y él mismo ha dicho que ha venido á la tierra y bajado del cielo y ha enviado á sus discípulos para que los hombres tengan su salvación por la predicación evangélica; y de hecho en vida y después de su muerte ha enviado á sus discípulos á predicar por el mundo, según se dice *Luce decimo* y *Mare ultimo*. Mejor pues, á fin de conseguir este tan grande fruto, se puede disimular el poco y común pecado en aquel que informa á los demás que no sin aquella información permanece en el desierto cercado por los casos y peligros cordiales que tenemos dichos. Decía él: atiende á nuestra cabeza Jesucristo, del cual dice asimismo San Agustín *in libro De vera religione*, que toda su vida no fué sino ejemplo nuestro, ya que predicando entre los hombres estuvo en congregación y tuvo consigo apóstoles y discípulos y otras diversas personas que le seguían. Y sabemos todavía que San Francisco preguntó á Dios si sus frailes estarían en los desiertos ó en las ciudades, y fuéle respondido que en las ciudades y villas, para que con su predicación atrajesen las almas á Dios. Por lo cual aparece claro, que si es voluntad de Dios que los predicadores permanezcan en las ciudades para informar de bien vivir á los ciudadanos, son ellas lugar más conveniente y apto para informarse de sus pecados y conocerlos.

La cuarta cosa, dice el sobredicho Gregorio, de que puede el hombre mejor informarse en la ciudad es la llamada *agenda*, es á saber, lo que debe hacer el hombre ya respecto de Dios, ya respecto de sí mismo, ya respecto de su prójimo: puesto que aquí se puede informar por todos los caminos más arriba tratados mejor que fuera de la comunidad.

La quinta es la que llama *loquenda*, esto es, saber hablar; pues sin comparación mejor puede aprender á hablar el hombre que todo el día oye hablar á los demás en tan diversos modos, que no aquel que está en el desierto sin

Francesc Eximenic

De las escasas noticias biográficas del gran polígrafo catalán del siglo XIV, fra Francesc Eximenic, se sabe solamente que fué natural de Gerona y fraile menor, esto es, de la Orden de San Francisco. Vivió en Valencia casi toda su vida, siendo en aquella ciudad maestro y predicador. Estuvo encargado de misiones honoríficas: tuvo fama de virtuoso y sabio, siendo amigo de San Vicente Ferrer: fué elegido obispo de Elna y creado, estando en Perpiñán, patriarca de Jerusalén. En aquella ciudad murió el año 1409 y allí se conserva su cuerpo.

Espíritu en cierto modo paralelo al de Ramón Lull, fué hombre de vastísimos conocimientos, alma ardiente, curiosa, genuinamente inflamada por la libertad y por la sabiduría.

En su ideología se adelanta de un modo sorprendente á los siglos modernos, señalando lo que hoy se tendría por tendencia democrática ó por avanzamiento de ideas, al tratar de la fundamental libertad y de la perversa naturaleza de la tiranía, investigó los orígenes del *pacto social* (Cap. 156) con madurez de juicio muy superior á J. J. Rousseau, y en contradicción con el pensamiento de éste, mostrando su admirable y vigoroso espíritu cívico al basar en la *información*, término que equivale al nuestro de Cultura, la razón de ser de las ciudades (Cap. 12) y dictando reglas de moral á la luz de un intenso sentido de Comunidad (Cap. 58).

Estos capítulos son extractados de la que es más rica y jugosa de sus obras, el *Regiment de Prínceps*, compuesta en 1385 y que forma la doceava parte de un vasto plan teológico-moral-científico y social que, á poseer mayor fuerza crítica, merecería propiamente el título de Enciclopedia. Este plan es el *Crestiá*, del cual se conocen los libros *Primero*, de Apologética cristiana, *Tercero*, en que trata del mal y es un extenso tratado de moral filosófica, y *Duodécimo*, que es el «Regiment de Prínceps», tratado político y sociológico, no teniéndose más indicios de lo que debieran contener los demás libros.

Además de éstos, el inquieto y copioso pen-

sador produjo obras tan diversas como el *Libre dels àngels*, la *Vida de Crist*, el *Libre de les Dones*, el *Pastoral* y la *Doctrina Compendiosa*, el primero y el tercero de los cuales le han dado gran celebridad. El estudio de Eximenic y la divulgación de sus obras, sería provechosísimo en la generación actual de Cataluña, con cuyo espíritu ávido y curioso y con cuyo sentido cultural, social, ciudadano y *urbano*, tiene muchísimos puntos de contacto.

De la Información como fundamento de la Ciudad

(Regiment de Prínceps).

Cap. XII. — Qué cosas necesarias puede especialmente aprender el hombre en las comunidades mejor que en la soledad.

Gregorio Capuano, obispo y doctor ilustre, en un tratado que hizo «De congregación» dice que cinco cosas puede especialmente aprender el hombre en las ciudades y congregaciones mejor que fuera de ellas, puesto que se enseñan en las mismas con mucha mayor perfección. La primera llama *credenda*, esto es, lo que á la creencia cristiana se refiere, pues no hay duda que mucho mejor puede el hombre saber en una gran ciudad los artículos de la fe y cuanto á su salud espiritual toca, que no en otro lugar menor y menos aún en la soledad. Y por experiencia vemos que los campesinos y montañeses son tan bestiales que no saben persignarse, ni orar ni confesarse, ni saben nada apenas de la fe ni de los estatutos eclesiásticos: lo cual no sucede en las comunidades.

Y de esta ciencia, dice, procede la segunda, que es á saber *optanda et detestanda*, esto es, saber cuál es el galardón que esperamos reci-

oir á nadie; por lo cual se dice en esta tierra un proverbio cuando se ve algún hombre necio en la comunidad, es á saber, que no todos los cabrones están en la montaña, queriendo significar que aquellos que viven en las montañas son como ellos en el hablar y en otras cosas.

Por nada de lo que he dicho quiero impugnar la vida solitaria, como ésta sea por el Salvador y por los santos patriarcas alabada y aprobada; mas de lo que he dicho quiero concluir solamente que las ciudades se inventaron para mayor información de los hombres, y que sin comparación antes es el hombre sabedor y ajeno de la ignorancia permaneciendo en la ciudad que no en la ciudad ó en lugar pequeño. Y esto entiendo hablando según curso común de naturaleza.

De la libertad social

Cap. CLVI.—De cómo todos somos naturalmente libres, y por qué los hombres han perdido su libertad y se han hecho esclavos.

Notarás, pues, en primer lugar, que toda comunidad es naturalmente libre por sí misma, según dice San Gregorio (*secundo moralium cap. X*): *omnes homines natura aequales genuit*. Y esto significa que la naturaleza ha hecho todos los hombres iguales, pues en el principio no estuvieron sujetos á señoría hasta que ellos mismos se eligieron señor, para su protección y bienestar, al cual dieron tanta jurisdicción sobre ellos mismos como quisieron. Asimismo Gregorio *XXVI moralium* sobre las palabras de Job: *Deus potentes non objicit, cum ipse sit potens* dice así: *Cunctos quippe natura aequales genuit; ut alii ad regendum, alii committantur: non eos natura, sed culpa postponit haec ille*. Y quiere significar lo mismo que antes. Y en *XII questione secunda redemptori*, dice así: *Nomines natura ab initis liberos protulit; sed jus gentium jugo substituit servitutis*. Y significa que los hombres fueron en el principio del mundo naturalmente libres, hasta que las leyes por ellos mismos hechas hicieron algunos de ellos esclavos; y siendo así que las leyes á nadie hacen esclavo sino por crimen ó por prisión ó por batalla ó si él mismo se ha vendido ó si ha nacido ó ha caído en servidumbre por cualquier otro camino, síguese, ya que ninguna de estas cosas se da en las comunidades, que las comunidades son todas por sí mismas libres. Asimismo, antes que las comunidades existiesen estaban los hombres separados por casas, como más arriba se ha dicho, y fué entonces cuando los hombres propusieron formar comunidades para mejor bienestar suyo. Por lo cual, formadas las comunidades, no se privaron de libertad ya que es ésta una de las mayores excelencias que se dan en los hombres libres, y la servidumbre es por las leyes comparada á la muerte.

En segundo lugar, nota que puesto que las comunidades son por sí mismas libres según se dice en el primer punto, cada una de ellas pudo elegir la señoría que quiso, ya la de un príncipe, ya el régimen temporal de algunos de la misma comunidad, ya otra cosa cualquiera; que esto no es menester probar aquí, pues se sigue fácilmente del primer punto.

En tercer lugar nota que, pues cada comunidad para su bienestar y mejor vivir eligió el vivir bajo señoría, puede presumirse que cada comunidad hizo con su propia señoría pactos y convenciones provechosos y honorables, principalmente para sí misma, y también para aquel ó aquellos á quien dió la potestad de su régimen: y ello es porque la comunidad no eligió señoría por amor del regidor, antes bien eligió

regidor por amor de sí misma. Y de aquella regla de Aristóteles *in primo posteriorum* que dice: *Propter unumquodque tolle est illud magis* síguese que la comunidad al elegir señoría sobre sí entendía principalmente en su bien; y en segundo lugar en el de la señoría, en cuanto el bien de la señoría á ella mira. Y como dijo Aristóteles en su *Ética* que el bien cuanto es más común tanto es más alto y más divino y digno de mayor amor y reverencia, síguese que el bien de la comunidad es más digno de todo amor y reverencia que el bien del príncipe, sino es en cuanto el bien del príncipe mira al bien de la comunidad. Mas si el regidor vuelve su régimen á su propio bien, se separa de la comunidad, y ya no es digno del amor ni de la reverencia de la comunidad puesto que en nada le pertenece, antes bien se ha convertido en tirano y cruel enemigo de la misma.

En cuarto lugar nunca las comunidades dieron á nadie la potestad absoluta sobre sí mismas, sino con ciertos pactos y leyes; y esto se sigue del tercer punto sobredicho donde se contiene que la comunidad al dar á su regidor poder sobre sí misma atendió principalmente á su propio bien; puesto que al dar á otro poder absoluto sobre sí mismo, para que haga con él todo lo que quiera, no es buscar el provecho de aquel que da, antes bien es exponerse á peligro de total destrucción; porque, mudándose cada día las voluntades de los hombres, de bien en mal, ó por el contrario, no pudiendo saber un hombre lo que otro tiene en su corazón, dar á alguno absoluto poder de hacer cuanto quiera de aquel que se lo da, no es procurarse el bien, sino procurarse la muerte ó arriesgarse á todo mal.

En quinto lugar notarás por lo dicho, que todas las señorías del mundo fueron en su primera fundación puestas en ciertos pactos y tuvieron sus leyes municipales; y por éste verás que los reinos y señorías que en tal manera se rigen se han conservado mejor en sus fundamentos y tienen más larga duración que aquellos que las han roto y abandonado.

Y piensa aquí, que la señoría al romper fuegos y privilegios á sus vasallos no hace sino destruirse á sí misma hasta sus fundamentos.

En sexto lugar verás que los reinos y señorías que se rigen por poder absoluto y por propia voluntad del regidor y sin ley ni pacto con los vasallos, son señorías tiránicas ó que mucho se acercan á la tiranía, y tienen poca duración. Y verás que en tales señorías la libertad de los vasallos, que consiste en vivir en ciertos pactos con la señoría, está del todo muerta y destruida; y los vasallos, en especial los menores como habitantes de ciudades y de villas, son casi esclavos, sometidos al yugo de la pura voluntad del regidor ya sea éste bueno ó malo; y son como ovejas sin pastor ni guardia de canes; pues y los pactos y leyes son salvaguardia del pueblo y de los vasallos: la cual el príncipe no debe ni puede suprimir de derecho ni por justicia.

En séptimo lugar nota que en las señorías donde los vasallos se rigen por los señores, absolutamente y por su voluntad, sin pactos, se ha perdido la libertad de los vasallos por las siguientes razones: la primera por la tiranía de la señoría, contra la cual el pueblo no puede luchar. La segunda por la miseria del pueblo que no ha sabido defenderse ó no ha querido ó no se atrevido. La tercera por desdichada paciencia, que ha querido disimular largo tiempo, de manera que los regidores han hecho de ello ley y costumbre legal, y dominan á los vasallos haciéndolos esclavos, con grave mal para su alma; puesto que jamás ninguna costumbre que sea contra la justicia ó la caridad ó la ley de Dios puede prescribir, mayormente entre cristianos.

Por todas estas cosas sobredichas se ve en que consiste y como y de donde procedió la libertad de los vasallos de las comunidades; y como y porqué después se ha perdido en el mundo; y como se ha conservado por los señores en lesión y destrucción con grave mal para sus almas.

De los intereses de la Ciudad

Cap. LVIII.—De cómo el robar á la Comunidad es cosa peor que robar á alguno en particular.

Que robar y perjudicar á la Comunidad es crimen incomparablemente mayor que robar y perjudicar á alguno en particular, según el dicho Orídon, en las palabras sobredichas, apunta, así lo demuestran algunos grandes teólogos con las siguientes razones: La primera, porque quien roba á la Comunidad roba á muchos á la vez, esto es, á todos aquellos que contribuyen á la Comunidad; y por consiguiente, hace mayor mal que robando á uno en particular. Pero tú objetarás que, en cuanto la Comunidad puede mucho mejor sufrirlo que cualquier otra persona singular, parece que menor mal comete quien roba á la Comunidad que quien roba á alguno en particular. Y en respuesta te digo, que aunque pueda la Comunidad soportar mejor un robo que un particular pobre y necesitado, mejor empero podrá soportar un robo una persona rica y abundante en bienes, que la Comunidad mal regida en que las colectas y generalidades antes bien las pagan los pobres y personas miserables que los ricos; pues en tal caso no es verdad lo dicho, esto es, que pueda mejor soportar el robo y el daño que se hace á la Comunidad, el común así dispuesto y regido, que una persona singular. Y siendo cosa cierta que hoy día las Comunidades del mundo se rigen tan miserablemente como se ha dicho, no es verdad que pueda mejor soportar el robo de la Comunidad la Comunidad misma que cualquier otro de la Comunidad en particular. Asimismo, supuesto que de hecho pueda la Comunidad sufrir el robo mejor que cada uno de la Comunidad, es todavía mayor crimen en aquel que en fe y con juramento ha recibido el cuidado de la Comunidad robar á ésta que robar á otro en particular al cual no está ligado por especial fe ni juramento; pues sin duda alguna, quien rompiendo su fe roba á la Comunidad cae en crimen de traición, que no comete quien roba á alguno en especial. Y esta es la primera razón por la que robar á la Comunidad es mayor crimen que robar á alguno en particular.

La segunda razón, porque el bienestar de la Comunidad es el bienestar de los particulares; pues siendo así que la abundancia de caudal fortifica la Comunidad, según más adelante veremos, robar ó tocar el caudal de la ciudad es tocar y dañar el haber de cada uno en particular, y por consiguiente, mayor mal sin comparación es robar á la Comunidad que robar en particular.

La tercera, porque tanto peor es el robo cuanto más alta y más privilegiada es la cosa robada; y siendo así que, según los filósofos y según recta razón, los bienes de la cosa pública son mejores en cuanto se ordenan á mayor bien que ninguna cosa particular, síguese que defraudar aquélla es sin comparación mayor pecado que defraudar á cualquier persona en particular.

La cuarta, porque quien defrauda la cosa pública debilita su poder y su virtud, y por consiguiente, no es tan poderosa en mantener las leyes de justicia ni á defender á los buenos ni á perseguir á los malos, como hiciera si no se la defraudara. Así, pues, mayor mal hace

quien la defrauda que defraudando á cualquier otro de cuyo fraude no se pueden seguir tales males. Por razón de lo cual enseñaron los grandes filósofos que los tiranos deben ser perseguidos hasta la muerte, pues siempre debilitan y empobrecen la cosa pública y se enriquecen á sí mismos tanto como pueden; y en-

señaron que no solamente debe todo hombre ayudar al príncipe que trabaja para mantener la Comunidad, si éste lo llama; antes bien sin ser llamado debe prestarle toda su ayuda, á fin de que la Comunidad sea mantenida y el príncipe sea venerado como noble y leal cabeza de la misma.

santos son hechos á nuestra imagen y semejanza, y á esto no podéis contestar ni contradecir. Porque los hijos de Adán pintáis á Dios todopoderoso á semejanza de un cordero, y pintáis á los evangelistas, que son vuestros principales santos, á semejanza de nuestros animales: pues pintáis á San Lucas á semejanza de un buey ó toro, y San Juan á semejanza de un águila...

Y cantáis por Pascua una prosa que dice, que Jesucristo se ha levantado con gran poder, y de cordero se ha convertido en león. Así, pues, hermano Anselmo, ¿cuál os parece mayor nobleza y dignidad; la vuestra, que sois hechos á imagen y semejanza de Dios, ó la nuestra, que tenemos á Dios y á sus santos semejantes á nosotros? Y tal cantáis vosotros mismos por Pascua y pintáis en todas las iglesias. Ciertamente, si no estáis falto de juicio, conoceréis claramente que nosotros somos de mayor dignidad y nobleza que sois vosotros...

Fra Anselm Turmeda

De él tenemos los datos más precisos sobre la primera parte de su vida. Nacido en la ciudad de Mallorca, hacia el año 1355, según puede calcularse, estudió los principios y fundamentos de la religión cristiana para ordenarse de clérigo en Lérida y Bolonia de Lombardía. En esta última ciudad un viejo maestro le habló de las excelencias de la religión mahometana, y pasando á Túnez se presentó al sultán Abu-l-Abbas-Ahmad quien lo recibió con gran favor. Habiendo abjurado del cristianismo, escribió al poco tiempo en incorrecta lengua árabe, el libro *Ofrenda del hombre letrado para refutar á los partidarios de la cruz*, que no há muchos años se ha reeditado en Egipto como utilísimo para la propagación del islamismo. En sus tres primeros capítulos es donde nos cuenta, con gran riqueza de detalles, su juventud y estudios, su conversión y su vida en Túnez, ejerciendo los cargos de oficial de aduanas, intérprete y escudero con el nombre de Abdallah-ben-Abdallah.

Por una carta de salvaguardia concedida por Alfonso V de Aragón, se ha podido establecer la identidad del dicho Abdallah con Fr. Anselm Turmeda. De ella han nacido también varias leyendas sobre el fin de su vida, suponiéndose que volvió á Cataluña y abjuró del islamismo y aún que volvió á convertirse á él. Es lo más probable, sin embargo, que permaneciera en Túnez hasta su muerte, acaecida antes del 1433, y en el seno de la religión musulmana, pues aún hoy día se conserva su nombre con gran veneración en el zoco de los silleros.

Son diversas las opiniones acerca de las causas que pudieron inducirle á renegar de su fé nativa. Racionalista más bien que cínico, llegó á formarse una religión abstracta, compatible con la realización de sus afanes de independencia y honores que el estado eclesiástico no permitía. Estas inclinaciones, junto con un carácter profundamente sensual, debieron influir en su conversión al mahometismo más que un verdadero convencimiento de la falsedad de la doctrina cristiana. Tal parece deducirse de sus obras *Libre d'ensenyaments*, colección de máximas morales y religiosas que él mismo confiesa no haber seguido, y *Disputa del Ase contra Fra Anselm Turmeda sobre la natura e noblesa dels animals*. Brilló como notable poeta, habiendo dejado las conocidas *Cobles de la divissió del Regne de Mallorques*.

Del hombre como compendio del mundo

(Del *Libre del Ase*, disputa de un Asno y Fr. Anselmo Turmeda)

El Asno expone como en el cuerpo del hombre hay doce conductos, á semejanza de los doce signos.

Sabed, hermano Anselmo, que dicen y afirman los filósofos, que el hombre debe ser llamado breve mundo, y así le denominan en sus libros; puesto que, como ellos dicen, se encuentra en el hombre todo lo que hay en el gran mundo, esto es, en el cielo y en la tierra; pues del mismo modo que el cielo tiene doce signos, encontraréis en el hombre doce conductos. En primer lugar, dos en las orejas, dos en los ojos, dos en la nariz, uno en la boca, dos en las tetas, uno en el ombligo y dos en las partes inferiores.

El Asno habla de los cuatro elementos.

Del mismo modo que en el gran mundo hay cuatro elementos, á saber, el fuego, el aire, el agua y la tierra, en el breve mundo del hombre hay cuatro miembros, á saber, el cerebro, el corazón, el hígado y el pulmón; y así como por los dichos cuatro elementos se rige y gobierna todo el gran mundo, por los dichos cuatro miembros se rige y gobierna todo el breve mundo, esto es, el cuerpo del hombre; y así como por los humores, vapores, fríos y humedades que suben al aire se concrean y engendran vientos, truenos y lluvias, así también suben los vapores de las partes inferiores á las partes superiores y originan vientos, como el eructar; truenos, como el estornudar y el toser, y lluvias, como son las lágrimas y la saliva. Y para hablar brevemente, la carne del hombre es semejante á la tierra: porque de la tierra ha sido creado y á la tierra debe volver; los huesos son como las montañas, las orejas como las minas de los metales que están en las concavidades y en las partes interiores de las montañas; el vientre es como el mar, los intestinos como los ríos, las venas como las fuentes y manantiales, la carne como la tierra, según ya he dicho; y el pelo y el cabello como las hierbas y plantas; y las partes donde no crece pelo, son como la tierra arcillosa, donde jamás crecen las hierbas...

El Asno expone cómo en el alma intelectual se dan tres potencias: las compara á la Santa Trinidad, y dice que por esto el alma fué hecha á imagen y semejanza de Dios Nuestro Señor.

Según dicen los filósofos y algunos doctores en medicina, el alma del hombre no es otra cosa sino tres potencias, á saber: la memoria, el entendimiento y la voluntad. Y estas tres potencias son un alma. Y como de Dios Padre nace el Hijo, y del Padre y del Hijo igualmente procede el Espíritu Santo, así también de la memoria nace el entendimiento, y de la memoria y del entendimiento igualmente procede la voluntad. Y como la persona del Padre no es la del Hijo, ni la del Hijo la del Espíritu Santo, ni la del Espíritu Santo la del Padre ni la del Hijo, asimismo el acto de la memoria no es el entendimiento, ni el acto del entendimiento es la voluntad, pero estas tres potencias son un alma intelectual. Ved, pues, hermano Anselmo, cómo el alma intelectual fué hecha á imagen y semejanza de Dios...

Y de esta manera debe entenderse la sobredicha autoridad, á saber: Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza. Y aún más, hermano Anselmo, á no ser que estéis tan confiado que no podáis pensar un poco antes de hablar, con vuestras mismas razones, esto es, que sois hechos á imagen y semejanza de Dios, y quiero probaros que nosotros los animales somos, por derecho, de mayor dignidad y nobleza que vosotros los hijos de Adán; pues decís que sois hechos á imagen y semejanza de Dios; y nosotros podemos decir, y ello es la verdad, que no sólo Dios, sino también los

De polémica religiosa

(De la *Ofrenda del hombre letrado*)*

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso.

Habiéndome hecho Dios la gracia de conducirme al recto camino y de hacerme ingresar en la verdadera religión que ha enviado á su amado y elegido Mahoma, he examinado las pruebas decisivas y las demostraciones claras de la misma, evidentes para quien quiera que tenga el menor discernimiento, y escondidas solamente para aquellos que no ven los huevos de avestruz.

En la exposición de estas pruebas y demostraciones, nuestros doctores musulmanes han hecho cuanto era posible hacer... Estas consideraciones me han inspirado el vivo deseo de tratar mi asunto, según el procedimiento histórico, y de comprobar su exactitud con argumentos metafísicos, uniendo así la crítica histórica al razonamiento y poniendo de acuerdo las pruebas intelectuales y las sacadas de la observación.

Expondré en este libro sus errores, á saber: lo que han establecido respecto de la Trinidad y las consecuencias que de ello fluyen. Además hablaré de sus Evangelios y de quienes los han compuesto, de sus dogmas y de quienes los han hecho, de la perversidad de su metafísica, de su infidelidad con la tradición histórica, de sus calumnias contra Jesús el Mesías (la salud sea con El) y de sus mentiras contra Dios.

Diré también unas palabras acerca de sus sacerdotes, de sus creencias, de sus astucias, de la manera como han corrompido el Evangelio revelado á Jesús.

En fin, diremos lo que hay en su sacrificio de la misa y en la adoración de las cruces.»

Siguen dos capítulos autobiográficos. En el tercero comienza á refutar á los cristianos. De los Evangelistas habla á este tenor:

«Mateo. Es el primero de los Evangelistas, pero no estuvo en relación con Jesús ni le vió hasta el año en que Jesús fué elevado al cielo. Sólo después de la Ascensión Mateo escribió el Evangelio en la ciudad de Alejandría...

Lucas. Jamás estuvo en relación con Jesús ni le vió jamás. No se hizo cristiano hasta después de la Ascensión de Jesús, por mediación de Pablo, el israelita, quien á su vez no había conocido á Jesús personalmente... Ni el uno ni el otro conocieron á Jesús personal-

(*) Damos esta muestra del libro mahometano de Turmeda como ejemplo vivo de su Lógica en una materia de tan grave interés como la contienda religiosa. Esta obra produjo gran impresión en su época por ser intelectual, y de ataque mucho más que de defensa como eran entonces toda la propaganda religiosa.

mente. Es un verdadero enredo en el cual se encuentra la prueba de su error.» Por el mismo estilo refuta á Marcos. De Juan dice recogiendo tradiciones: «Fué hijo de una tía de Jesús. Los cristianos cuentan que Jesús, asistió á las bodas de Juan, donde realizó su primer milagro, cambiando el agua en vino. A la vista de este milagro, Juan abandonó á su mujer, siguió la religión de Jesús y le acompañó en sus viajes... Por lo demás, Juan escribió un Evangelio en lengua griega, en la ciudad de Efeso.»

«He aquí, pues, quienes son los que escribieron los cuatro Evangelios. Los han alterado, cambiado y llenado de errores.» Lo demuestra seguidamente con tres ejemplos. Bastará uno de ellos: «En el capítulo XIII de su Evangelio,

Mateo pone en boca de Jesús estas palabras: «Después de mi muerte, mi cuerpo estará en el seno de la tierra tres días y tres noches, como Jonás permaneció en el vientre del pez». Estas palabras son evidentemente erróneas, y he aquí la prueba: Mateo, de acuerdo con los tres evangelistas, declara que (según su opinión) Jesús murió á la hora sexta del viernes, fué enterrado á la hora primera del día, el sábado, y resucitó de entre los muertos la mañana del domingo. No hubiera permanecido, pues, en el seno de la tierra (siempre según su opinión) más que un solo día y dos noches, lo cual está en contradicción con la declaración de Mateo, de que Jesús dijo que permanecería tres días y tres noches, como Jonás en el vientre del pez.»

Ramón Sabiuda*

Eximeniç, es todo Edad media, Bernat Metje, todo Renacimiento, ó, si se quiere, pre-Renacimiento. Ramón de Sabiuda, participe de las dos eras, de los dos mundos. Contemporáneo de aquéllos, en su vida, es Sabiuda, de una parte, el discípulo de Lull, de cuyo *Libro de la Contemplación*, la *Teología natural* puede considerarse como una rama desgajada, cultivada con tino, trocada en árbol autónomo; de otra parte, el maestro de Montaigne que laboriosamente lo traduce y hace su apología y el precursor de Descartes.

Shanderlein llama á Sabiuda un ecléctico... No: hay que llamarle un pensador según la armonía, como un hombre de *Seny*. No es lo mismo. Hasta puede llegar á ser, en cierto sentido, lo contrario. Cífrase el eclecticismo en no querer contradecir las doctrinas. El *Seny*, en no querer contradecir las realidades. Lo primero puede nacer de una cobardía. Nace siempre lo segundo de una piedad, de un deseo de eficacia, del instinto de conservar la unidad del espíritu y de la vida. Y hemos dicho que esta posición puede llegar á ser contraria al eclecticismo. Filósofos hay, en efecto, en quienes este amoroso reconocimiento de la realidad inmediata, se traduce en cierta hostilidad hacia las doctrinas, consideradas ya con su desden parecido á aquél con que mira las traducciones de un texto, quien, aprendida por fin la lengua del original, puede saborearlo directamente. Tales son James y Bergson, en nuestros días. Tal fué Ramón de Sabiuda, en los confusos días suyos.

Sabiuda fué, pues, como son estos filósofos, una manera de romántico, y en ello consiste su originalidad profunda, dentro del pensamiento catalán. Al aceptar para demostración de su Teología el testimonio de la naturaleza, prescinde del testimonio de la autoridad, es decir, de la cultura; y contra lo que suele decirse, esta abstención es todavía más significativa que aquella utilización. Por fortaleza y enjundia filosófica que haya en lo que nuestro barcelonés dice, aun las hay más en callar lo que calla. Pero lo que dice, dado sobre todo el tiempo en que lo dice, basta y al argamente á la gloria de un pensador. El primer capítulo de la *Teología natural ó libro de las criaturas*, (que no debe confundirse con el prólogo de la obra)

es fragmento de altos vuelos, admirable por su maravillosa audacia tranquila. No es aquí el lugar de analizar toda la significación metafísica y epistemológica de este capítulo. Uno de los nuestros tiene prometido mostrar algún día, lo alto que Sabiuda voló «cosa que nadie ha dicho aún». Bastará para nuestro propósito actual, subrayar el valor con que nuestro filósofo acepta una posición antropomórfica, no lejana tal vez á la de Protágoras, cuyo valor ha puesto en evidencia recientemente el «humanismo» de F. C. Schiller: «El hombre y su naturaleza deben servir de medio, de argumento y de testimonio, para probar toda cosa de hombre, para probar todo lo que concierne á su salvación, felicidad, infelicidad, su bien y su mal; sin lo cual nada habría de cierto.» Y estas otras en que se muestra la superioridad del pensamiento de Sabiuda sobre fases más recientes del pensamiento catalán: «Pero el hombre está fuera de sí, alejado á una extrema distancia, ausente de la propia casa en que vive, ignorando su valor, desconociéndose á sí propio...» Le es precisa, pues, «una escalera para volver á subir á su casa y encontrarse en ella»... El punto flaco de nuestros escocianos (no decimos el de Llorens, que continúa siendo para nosotros un ignoto) consistió en no evitar el equívoco entre la conciencia y el llamado *sentido común*, de jando creer que para obtener las respuestas de la primera, bastaba una perezosa interrogación, directa, al rápido, al juicio natural, que muchas veces no era otra cosa que el juicio vulgar. Sabiuda no cree, al contrario, ni Bergson tampoco, ni quien escribe esta rápida nota tampoco, que las respuestas de la conciencia pueda obtenerse con tan cómoda facilidad. «La vida interior no entrega fácilmente sus secretos... Vivimos en las cosas, es decir, en el espacio, antes que vivir en nosotros mismos, es decir, en la duración... Cuando creemos contemplarnos sin velos, entre nosotros y nuestra inteligencia, hay el universo todo... A lo interior, á la conciencia, no puede llegarse sino á través de una larga serie de análisis, abstractos, áridos y sutiles» (*Prefacio á una «Antología» de Bergson*, próxima á publicarse.) Sí; á través de una larga serie de análisis, abstractos, áridos y sutiles. O, como dice elegantemente nuestro filósofo trescientista, «subiendo por una escalera».

Del conocimiento interior

(Cap. I de la *Teología Natural*).

Por inclinación natural, el hombre busca de continuo la evidencia de la verdad, y no puede reposar ni contentarse hasta que ha llegado al último grado de su certidumbre.

Ahora bien, en la certidumbre y en la prueba se dan distintos grados: una certidumbre es mayor y otra es menor, unas pruebas son más fuertes y otras más débiles.

La autoridad de la prueba y la fuerza de la certidumbre nacen de la fuerza y autoridad de los testimonios y de los testigos, de los cuales la verdad depende. De donde, cuanto más ciertos, manifiestos, indudables y verdaderos sean los testigos, tanto más verdadero será lo que con ellos se pruebe. Y si los tales son tan ciertos y manifiestos que en modo alguno podamos poner en duda sus testimonios, todo lo que ellos nos prueben será para nosotros completamente cierto, evidente y manifiesto. Asimismo, cuanto más extraños y lejanos son los testigos á la cosa de que se duda, tanto menos dignos son de fe y credibilidad; y cuanto más vecinos, mayor fe y certidumbre engendran. Y como sea que no hay cosa más familiar, más interior, más propia á cada uno que uno mismo, cualquier cosa que se pruebe por la cosa misma y por su naturaleza, llega al máximo grado de certidumbre. Y puesto que cosa ninguna creada es más vecina al hombre que el hombre mismo, cualquier cosa que se pruebe de él por él mismo, por su naturaleza y por aquello que sea para él cierto, será para él ciertísimo y completamente manifiesto. Porque en esto consiste la certidumbre más útil y la máxima credulidad que se pueda obtener de la prueba.

He aquí por qué el hombre y su naturaleza deben servir de medio, de argumento y de testimonio para probar cualquier cosa del hombre, para probar todo lo que concierne á su salud, ó á su condenación ó felicidad, ó á su mal, ó á su bien. De lo contrario, nunca podrá tener suficiente certidumbre. Es preciso, pues, que primeramente el hombre se conozca á sí mismo y su naturaleza si quiere probar algo de sí mismo. Pero el hombre está fuera de sí, alejado y á gran distancia de sí mismo; ausente de su propia casa que jamás ha visto, é ignora su valor y se desconoce á sí mismo, y se entrega á la vanidad, al pecado, á un gozo pasajero. Si quiere, pues, reconocer su antiguo precio, su naturaleza, su belleza primera, vuelva en sí y entre en su casa; y puesto que ha olvidado su domicilio, es necesario traerle á él por otras cosas. Y hay que darle una escalera para que suba á sí mismo y se vea. Y tantos pasos como haga y tantos escalones como suba, serán igual número de noticias que de su naturaleza adquiera.

Todo conocimiento de las cosas desconocidas, se obtiene de las que no son primeramente y mejor conocidas; y por lo que nos es evidentemente notorio ascendemos á la inteligencia de lo que ignoramos. Así entendemos en primer lugar las cosas más nobles é inferiores y después las más nobles y elevadas; por lo cual el hombre, que es la cosa más noble y excelente y perfecta de este mundo, conoce las otras cosas inferiores antes que á sí mismo. Ahora bien, á fin de que el hombre, que tan alejado está de sí mismo, vuelva en sí y conozca su naturaleza, le ha sido ordenada la universidad de las cosas y criaturas, como un recto camino y escalera segura por la que pueda llegar á su domicilio natural y remontarse al verdadero conocimiento de su naturaleza. Y en ella unas cosas son inferiores y otras superiores, unas perfectas y otras imperfectas, unas en extremo viles y otras de inestimable precio, para encaminarle hasta sí mismo, grado por grado, al modo de una esca-

* Conocidas son las dificultades para restablecer el verdadero nombre del filósofo barcelonés y maestro de la universidad de Montpellier, pues ha sufrido casi tantas deformaciones como citas y estudios de sus obras han hecho desde Montaigne acá filósofos y eruditos entre los cuales han habido muchos extranjeros. Las acepciones más corrientes hoy día, de entre las treinta ó treinta y cinco formas conocidas, son *Sabunde*, *Sibiude*, *Sebonde*, y *Sebon* como le llamó Montaigne. Consultada la autoridad de personas competentes hemos creído dar un paso más hacia la catalanización definitiva del enigmático apellido, adoptando la forma SABIUDA. (1) Verosíblemente deducible de los pareceres aportados por D. Mariano Aguiló y otros en la encuesta del comentarista contemporáneo Salvador Bové, con preferencia á la de *Sibiude* empleada por éste de poco catalana desinencia.

(2) Por error de caja ha aparecido «Saviuda» en el sumario y prólogo de este número, tirados antes que la presente página.

lera; así, si de ella quiere servirse, deberá observar el orden siguiente:

Primeramente, considere el valor de cada cosa en sí y el orden de las cosas en el universo, distribuidas en diversos grados y dignidades. Y esto considerado, le convenirá comparar el hombre, que es la más noble y primera cosa del mundo, á todas las demás. Y esta comparación sea en dos maneras: En primer término, mirando en que conviene, y en segundo término, en que difiere de ellas. De esta semejanza ó desemejanza se engendrará la inteligencia que el hombre busca de sí mismo, y lo que es más, la de Dios, su inmortal creador; pues por las cosas inferiores nos encaminamos y ascendemos al hombre; y por el hombre nos dirigimos y remontamos hasta Dios. Es imposible por cualquier otro camino llegar á este doble conocimiento. Hay que hacer, pues, dos ascensos y dos jornadas: una, desde las cosas inferiores hasta el hombre; otra, desde el hombre hasta su Creador. En cuanto á la primera, es grande la diversidad y distinción de grados entre las cosas del mundo; las cuales, firmes é inamovibles, constituyen y ordenan la escala de la naturaleza. Es preciso enumerarlos y considerarlos de un modo especial.

La universalidad de las cosas se reduce á cuatro grados generales, bajo cada uno de los cuales hay diversos órdenes particulares y diversas especies. Estos cuatro grados se ordenan así: Todo lo que existe, ó bien tiene el sér simplemente, sin vida, sin sentimiento, sin inteligencia, sin juicio, sin albedrío; ó bien tiene solamente el sér y la vida; ó bien tiene el sér y vive y siente; ó bien tiene el sér, vive, siente, entiende y quiere libremente. Y estas cuatro cosas, sér, vivir, sentir y entender, abrazan todo cuanto existe y nada hay fuera de ellas. Y en la inteligencia se contienen asimismo el juicio y el libre albedrío.

En el primer orden de cosas se comprenderá una gran muchedumbre de especies, las cuales, aunque semejantes en que no tienen sino el sér, se diferencian grandemente entre sí, puesto que el sér de unos es más noble que el de otros, y sus virtudes y operaciones son más ó menos excelentes. En este primer grado se cuentan los cuatro elementos, cada uno de los cuales tiene su naturaleza particular, y así se ordenan entre ellos. La tierra es la más baja y de menor precio; el agua es más noble que la tierra; el aire es todavía más noble que el agua, y al fuego le está reservado el último honor. Debemos considerarlos en especial, vulgarmente, para ver lo que cada uno tiene de particular y propio. Este mismo grado incluye también todas las cosas que se engendran en el seno de la tierra, como los minerales y los metales, que son desemejantes en precio. El azogue, el plomo, el cobre, el oro, la plata y el estaño, y asimismo el lázuli, que excede á los demás metales en valor; el azufre, el salitre, la salgema y el alumbre, cosas todas de grande eficacia. E incluye además las piedras y las piedras preciosas: preciosas, no por su tamaño, sino por sus singulares propiedades, el carbunclo, el jacinto, la esmeralda, el cristal y otras. Y aun el cielo se comprende en este orden, y todos los cuerpos celestes, planetas y estrellas, y también las cosas producidas por el arte, pues de éstas ninguna puede tener sino el sér.

En el segundo grado de nuestra escala se incluyen todas las cosas que solamente tienen el sér y la vida: y se dice que ellas

tienen vida, por cuanto se mueven por sí mismas arriba, abajo, hácia atrás, hácia adelante, á derecha y á izquierda. Y las plantas, árboles y hierbas, que viven, por cuanto por sí mismas tienen movimiento. Las vemos crecer en altura y en grueso, y sacar su alimento de la tierra, por el cual de continuo aumentan, se mantienen y engendran la simiente y el fruto. Esta nutrición, esta generación y aumento por virtud propia, hacen que les atribuyamos la vida, lo cual no se refiere á los elementos sino por similitud. Este grado sufre una subdivisión de los árboles y de las hierbas. Los árboles son más nobles, las hierbas lo son menos. Las especies de árboles son innumerables, diferentes en calidades, virtudes y estimación; del mismo modo hay un número infinito de hierbas, de las que una no es la otra, y cada una tiene su naturaleza y eficacia particular.

En el tercer grado se contiene todo lo dotado de sér, vida y sentimiento: el sentimiento comprende el ver, el oír, el gustar, el oler y el tocar, con todas las operaciones que vemos á los animales más que á las plantas y hierbas. A este grado se atribuyen todas las especies de animales, sean de la tierra, del aire ó del agua. Y considera cuantas especies hay de bestias terrestres, cuanta diferencia y diversidad de formas entre ellos, como entre las aves y los peces. Todos los animales se ordenan y dividen asimismo en tres grados. Unos tienen sólo el tacto sin memoria y sin oído, como las conchas y las bestezuelas que viven fijas en los árboles y en las raíces. Este primer grado es el ínfimo. Otros tienen el tacto y la memoria, sin el oído, como la hormiga. Otros más perfectos tienen el tacto, la memoria y el oído, como los perros y caballos. Es imposible encontrar una cuarta especie que tuviesen el oído sin la memoria: porque donde quiera que se encuentre el oído, se encuentra asimismo la memoria que lo sigue. Los animales de la primera especie, por cuanto no tienen memoria, no tienen prudencia; y por cuanto no tienen oído, son incapaces de aprender nada. Además están privados de movimiento de un lugar á otro, puesto que sin memoria ninguna bestia puede moverse. Los de la segunda, á causa de la memoria, tienen movimiento y pueden tener también prudencia; como decimos de las hormigas al verlas hacer la provisión de grano; pero por la falta de oído son incapaces de instrucción. En cuanto á los de la tercera, puesto que están dotados del recuerdo y del oído, son en alguna manera disciplinables: como los perros y las aves. Estas tres especies se hallan comprendidas, como sea que tienen el sentimiento, en el tercer orden general. Es cierto que la primera, por estar más próxima á las plantas, es la menos honorable. La segunda es más noble por estar más alejada de ellas, y la tercera más todavía. He aquí cuanto se refiere al tercer orden.

En el cuarto se comprenden las cosas que tienen sér, vida, sentimiento, juicio y libre albedrío. Estos son los hombres, cuya naturaleza es tan cumplida que es imposible encontrar en ella nada á faltar, ni añadirle nada, puesto que nada hay mayor en perfección ni dignidad que el libre albedrío, ni grado superior á que el hombre pueda subir. Y poseyendo la razón, poseen también la inteligencia, la discreción, el juicio y el raciocinio, y son capaces de concebir por experiencia y por arte, y susceptibles de ciencia y doctrina, lo cual no puede

aplicarse á los demás animales. Y puesto que naturalmente poseen el libre albedrío, pueden querer y no querer, consentir y escoger libremente y sin coacción, lo cual falta asimismo á las bestias.

He aquí explicada nuestra escala de la naturaleza con sus grados, cuyo primer efecto (fundamento de todo lo restante de esta doctrina) consiste en concebirla y arraigarla en nuestro entendimiento tal como es en realidad.

De la naturaleza del amor

Es evidente que nada tenemos en nosotros que propiamente sea nuestro, nada que totalmente esté en nuestra potestad, si no es el amor, y que por tanto, todo nuestro tesoro, todo nuestro bien, es el buen amor, y todo nuestro mal, es el mal amor. Porque si nada tenemos en realidad nuestro si no es el amor, si éste no es bueno, nada bueno tenemos, y si es bueno, todo lo que tenemos es, por consiguiente, bueno.

Si nuestro amor es bueno, somos buenos, y somos malos, si él es malo: el amor, sólo nos hace buenos ó malos. Y como sea que nada hay mejor que el buen amor, nada asimismo hay peor que el mal amor.

Por lo demás, puesto que el amor solo es propiamente nuestro, cuando lo hemos dado, hemos dado todo lo que tenemos, y nada más nos queda para dar; y así, si lo perdemos, perdemos todo nuestro haber, y nos perdemos á nosotros mismos por consiguiente; y lo perdemos cuando lo damos á quien no debemos darlo. Y más, si todo nuestro bien es el buen amor y todo nuestro mal el mal amor, la virtud no es otra cosa que el buen amor, ni el vicio es más que el mal amor. Y quien tiene la ciencia y el perfecto conocimiento del amor, tiene el conocimiento y la ciencia del bien del hombre; y quien ignora su naturaleza, ignora asimismo necesariamente su bien.

He aquí por qué, á fin de que esta ciencia sea de todos conocida, trataremos particularmente de la naturaleza, condiciones y circunstancias del amor y de sus frutos.

De los efectos del amor

El amor tiene fuerza y virtud de unir, de mudar, de convertir y de transformar: tales son sus propiedades naturales é inseparables. El amor une el amante con la cosa amada y le transforma y convierte y muda en ella misma. Aunque esto nos sea conocido por experiencia, me es grato empero probarlo por la consideración de su naturaleza. El amor es don, y don primero. Y puesto que es naturalmente cosa que debe darse, es imposible guardarla sin darla. Así mismo, puesto que en amor no puede haber coacción, es un don liberal y espontáneo, y lo que de esta manera es dado, pertenece por entero á aquél á quien se da. El amor es, pues, todo de la cosa amada; se transfiere y transmite bajo su señoría y poder: aquel á quien es dado es su dueño y poseedor, como de cosa toda suya y que le ha sido liberalmente ofrecida.

Y por cuanto el amor lleva y arrastra consigo la voluntad toda, y la voluntad tiene todo el imperio en el hombre, síguese que donde quiera que vaya arrastra y lleva consigo todo el hombre, y por consiguiente, á quien quiera que se dé el amor, désele

asimismo la voluntad toda y el hombre todo. Así, el amor y la voluntad se mudan, se convierten y se transfieren en la naturaleza y señorío de la cosa amada. He aquí cómo el amor muda el que ama en la cosa amada, cómo de dos hace uno, cómo por su virtud el amante se hace una misma cosa con el amado. La fuerza es maravillosa, pudiendo de esta manera unir, mudar, convertir y transformar una cosa en otra.

De la transformación y mutación de voluntad que se hace por el amor

Esa mutación ó conversión no es natural y forzada; no es violenta y penosa, antes por el contrario, libre y agradable. Y siempre que el amor va ó vaya libremente, voluntariamente y con placer, la voluntad que se une por amor á la cosa amada no puede ser separada de ella sino libremente y por su consentimiento. Es imposible forzarla; pues si pudiera ser forzada, no serían

amor ni voluntad. Y esta unión es fortísima, porque ninguna violencia puede separar la voluntad de la cosa amada, si ella misma no gusta. Y aunque el amor muda y convierte la voluntad en la cosa amada, el amor queda siempre amor donde quiera que vaya, no muda de naturaleza. La voluntad queda voluntad, y no se destruye cuando se muda; antes bien, recibe en sí la forma y la naturaleza de la cosa amada, se viste con sus ropas y lleva su hábito; y toma asimismo su nombre; pues tal es el amor cual es la cosa amada, y tal es la voluntad cual es el amor. La cosa primeramente amada da nombre al amor y á la voluntad; pues la voluntad en sí no es sino voluntad, y otro nombre no tiene, ni el amor otro que amor, pero lo toma de la cosa amada, en la cual se muda, de suerte que la voluntad que ama la tierra se la dice terrestre, y el amor, terrenal. Si ama las cosas muertas y mudas, se le llama muerto y mudo; si las brutales y bestiales, se le denomina brutal y bestial; si los hombres, humano; si á Dios, divino. Porque el hombre puede por su amor ser libre y voluntariamente convertido en otra cosa más noble ó más vil que él mismo.

Luis Vives

De noble linaje que había ya producido muchos individuos de mérito intelectual, Luis Vives nació en Valencia, en 1492. Alumno aventajadísimo de la recién fundada Universidad de su ciudad natal, á los quince años diserta contra Nebrija y Hadin, paladines en España del humanismo, y dos años más tarde hace de nuevo una brillante defensa del escolasticismo, en la cosmopolita Universidad de París.

En 1512 fija su residencia en Burgos, realizando empero frecuentes viajes á París. En Lovaina, donde ejercía el cargo de instructor del joven cardenal De Cray, traba amistad con Erasmo, con el cual sostuvo toda su vida una interesantísima correspondencia, y por cuyo influjo se pasó definitivamente al campo de los humanistas.

Sus primeras obras le procuran inmensa fama, pero la muerte de Cray le deja sin medios de subsistencia. Una enfermedad le impide atender al encargo de Erasmo acerca de una edición de San Agustín, causando el enojo del sabio de Rotterdam; sin embargo halla protección cerca de Tomás Moro, la reina de Inglaterra y Carlos V, y después de una corta estancia en España pasa á Inglaterra y obtiene en Oxford (1523) el grado de doctor en derecho civil y la cátedra de humanidades y leyes, Goza de gran predicamento en la corte inglesa, siendo preceptor de la princesa María; pero las turbulencias políticas que agitaron á Europa en aquel tiempo, y sobre todo las luchas religiosas ocasionadas en Inglaterra por el divorcio de Enrique VII, le obligan á regresar á Burgos, donde sigue haciendo una vida exclusivamente de estudio hasta su muerte, en Mayo de 1540.

Luis Vives fué propiamente un polígrafo. Su inmensa erudición, su independencia respecto á los juicios tradicionales y su método de observación propia y serena le permiten ser original en la filosofía del Renacimiento sin caer en extravagantes innovaciones, y le acreditan al mismo tiempo de extraordinario pedagogo.

El catálogo de sus obras es nutridísimo. Apologéticas son el *Christi-Triumphus* (1514), alegoría en forma platónica, con motivo de uno de sus viajes á París, en exaltación del cristianismo sobre el paganismo, la *Oratio Virginis Dei parentis*, continuación de la anterior, el notabilísimo comentario á la *Ciudad de Dios*, de San Agustín y el libro postumo *De veritate fidei christiana*.

Entre sus trabajos retóricos y de crítica lite-

raria, merecen mención las *Declamationes* (1519-21), modelos para ejercicios al modo de Quintiliano, la *lección preliminar* á las Geórgicas de Virgilio y la *interpretación* de las Bucólicas.

Las disputas entre escolásticos y humanistas le movieron á escribir los opúsculos *Contra los pseudos-dialécticos* de París (1519) y el *Somnium Scipionis*, elegante vapuleo de los sofistas (1520).

Obras pedagógicas y éticas son los tres libros *De institutione foeminae christiana*, dedicados á la reina Carolina, la *Introductio ad Sapientiam*, de carácter popular, *De ratione studii puerilis* dos cartas pedagógicas y su obra principal *De disciplinis* (1531).

Las más importantes producciones de Vives son los tratados filosóficos: *De initiis sedis ex laudibus philosophiae* (1518), primer compendio de la filosofía antigua, *De prima philosophia*, *De censura veri*, reforma de la lógica formal aristotélica, *De explanatione cujusque essentiae*, *De instrumento probabilitatis* y *De disputatione*, publicados comúnmente como parte tercera del libro *De disciplinis*.

Otra obra maestra es *De anima et vita* (1538), en que valiéndose de la propia observación principalmente, expone la esencia del alma, sus propiedades y sus obras.

Y finalmente, sus escritos políticos no solo interesan como obras de acción, sino á menudo como obras de principios de aplicación moderna: *Carta* á Adriano VI, con motivo de la reacción católica en los Países Bajos; *Carta* al obispo Lincoln (1524) en que censura las guerras entre príncipes cristianos y señala el peligro turco; *De Europæ disidiis et bello turcico* (1526); *De concordia et discordia* (1529) al emperador Carlos V y por último el libro *De subventione pauperum*, sistema de beneficencia general subvencionada por el Estado, en que pocas ideas se hallan incompletas ó impracticables.

De lo útil en el conocimiento del alma

(Del tratado *De Anima*)

Nada nos interesa conocer lo que el alma sea; muchísimo, empero, cuál sea su naturaleza y cuál su obrar. Y el que nos exhortó á co-

nocernos á nosotros mismos, no quiso entender de su esencia, sino de las acciones, de suerte que rechazando el vicio sigamos la virtud, la cual nos llevará sapientísimos é inmortales á una vida de felicidad.

Del cuerpo, instrumento del espíritu

De los instrumentos del alma, unos son los humores, dispuestos y mezclados según una cierta ley y razón, otros los miembros, ya internos, ya externos, conformados y ordenados de este modo ó de aquel modo; los cuales, antes que el alma se revista del cuerpo, se ajustan á ella naturalmente, en cuanto que no alcanza á hacerlo por sí misma; lo restante, empero, que puede hacer por la fuerza sola de su presencia, se le deja como primer oficio, en que se ejercite y ocupe, antes que desenvuelva sus funciones peculiares, según vemos en los pequeños animales: de lo cual se deduce que *el alma es un agente principal, que trabaja en un cuerpo apto para la vida*. Expliquemos ahora cada uno de estos términos en particular. Se la llama *agente*, como si se dijera *artífice*; pues si uno hace algo por medio de instrumentos, la fuerza de hacer, está en él mismo, como en el pintor la de pintar y en mí la de escribir, aunque ni el pintor pintará sin pincel y colores, ni yo escribiré sin pluma y tinta, en los cuales, sin embargo, no se da la facultad de obrar ni aún con instrumentos adecuados.

Seguidamente trazaremos con mejor oportunidad, si es alguna la acción del alma privada de tales instrumentos. Se añade también *principal*: pues si alguno dijera que un color, ó un humor, ó un espíritu obra en el cuerpo, sepa que aquellos no obran por sí mismos, sino por el alma, así como la tinta y la pluma figuran estas letras por mí y no por sí mismas. El alma es, pues, *artífice*, es *agente*, que no toma su fuerza sino del cuerpo.

Se dice que *habita* en el cuerpo; pues Dios está en aquel cuerpo, pero no lo habita, y el demonio puede insinuarse en el cuerpo de los animales, pero lo hará en el alma, puesto que en él tiene su propia mansión, con todo su mueblaje y utensilios domésticos. Por lo demás, este cuerpo debe ser *apto* y dispuesto de modo que sea conveniente para la forma de la especie anímica; pues en una forma y figura cualquiera de cuerpo, no podría alma alguna desempeñar las necesarias operaciones de la vida; si empero, si se conforma al orden natural y á las leyes dadas por el Autor del Universo.

De lo incógnito en la memoria

La atención confirma la memoria, como diré seguidamente, y del mismo modo que en una pintura no vemos, ó advertimos todas las cosas en ella representada, ó no se nos ofrecen cuando las buscamos; así tenemos en la memoria muchas cosas para nosotros desconocidas, ó que no creemos tener, teniéndolas, y al contrario; pues buscadas é indagadas é investigadas largamente las cosas que creemos tener con certeza, no se nos ocurren, y no obstante las reconocemos inmediatamente si se nos ofrecen, como al hablar; y muchos oyéndolas hablar entienden lenguas que no saben hablar, pues hablando buscamos, y oyendo se nos ofrecen y las reconocemos.

De las propensiones innatas de nuestra mente

Esta luz ó censura de nuestra mente, se dirige siempre, rectamente ó no, al bien y á la verdad, de donde se origina á la aprobación de

las virtudes y la reprobación de los vicios, y las leyes y preceptos de las costumbres, y en lo interno de cada cual la conciencia, que reprende y condena los delitos; á no ser que carezca de sentido humano y degenera en bruto.

Nuestra mente no tiene condición antes de su unión al cuerpo, pero al ser creada, recibió propensiones á lo verdadero mejor que á lo falso, y de esta propensión y congruencia, las reglas ó fórmulas, que pueden llamarse, si se quiere, simientes de todas las disciplinas; pues al modo que Dios puso en la tierra las simientes de todas las plantas que aquélla debía espontáneamente producir, el talento y la actividad de los hombres se cultivan y se hacen más aptos para su uso, y así en la mente de cada cual, tales simientes son los principios de las artes y de las ciencias todas; por lo cual nacemos idóneos para todos, y no hay ciencia ó disciplina de que nuestra mente no pueda dar, aunque ruda y poca, una muestra; perfeccionóse empero, aquélla en quien se ha explicado la doctrina y el ejercicio, como las plantas son mejores cuando se les añade la mano y la in-

dustria del labrador: y hablo del conocimiento de las cosas naturalmente constantes, pues las discernidas en su totalidad por el ingenio humano, no pueden aprenderse sin preceptor y doctrina, como una lengua, á saber: la latina ó la griega, ó la española. Y los animales brutos, siguiendo su primera naturaleza, íntegra todavía é inviolada, no yerran en sus necesidades; el hombre, que va tras de sus conjeturas, se pierde por las sendas que el mismo se ha trazado, abandonando el camino real; y los brutos de una misma especie, obran de un mismo modo, puesto que observan una misma institución natural; mientras que el hombre, que interpreta los conceptos de varios modos, obra diversísima y adversamente.

(Según el sumario, correspondía á este lugar un fragmento del libro *De instrumento probabilitatis* que hubiéramos incluido si no nos hubiésemos encontrado por inopinadas circunstancias careciendo á última hora del texto original, y sin tiempo para rectificar el sumario, que estaba impreso ya.)

Joaquín Setantí

El apellido Setantí es ilustre en los anales de la historia de Barcelona. En la nómina del *estament* de ciudadanos del Consejo de Ciento, formado en 30 de Noviembre de 1345, ya aparece un S. Xatantí. En 1470 es elegido canceller segundo Luis Setantí, quien también lo fué *en cap* en 1471 y 1476; en 1503, 1513, 1518, 1523, 1534 y 1568 ocuparon la misma magistratura popular otros personajes de esta honorable familia. Otro Luis Setantí, elegido *canceller en cap* en el último de los indicados años, fué el padre de Joaquín Setantí y Alsina, el más ilustre de esta noble progenia.

Nació en Barcelona á mediados del siglo xvi. Era muy joven en 1566 cuando acompañó al Duque de Alba en su por varios conceptos memorable campaña de los Países Bajos, donde se distinguió en multitud de acciones; de vuelta á España, fue nombrado alcayde del castillo de Bellaguarda, en el Rosellón, cargo que solo podía confiarse á persona de valor y fidelidad probados. Estas cualidades le valieron ser investido en 1606 con el hábito de Montesa y San Jorge de Alfama, y en 1610 con la ejecutoria de nobleza. En 1588 fué nombrado canceller tercero y en 1592 y 1604 *canceller en cap*; este cargo lo simultaneó con el de diputado por el brazo real en la Generalidad durante el trienio 1602-1605. En otras ocasiones fué elegido para los oficios de Clavario y Cónsul de la Lonja. Setantí, que en el desempeño de tantos cargos públicos y de varias comisiones que requerían tacto de gran diplomático, puso en prueba su carácter y el amor á su tierra (vergibracia, en la persecución de bandidos y asistiendo á los ataques del morbo), adquirió una rara experiencia de los negocios públicos que supo pasar por el alambique de su cultura no común en aquellos tiempos. Producto de ambas fueron sus dos libros *Frutos de Historia* (Barcelona 1610) y las *Centellas de varios conceptos y Avisos de Amigo* impresos á continuación de los *Aphorismos de Publio Cornelio Tácito* que él mismo extractó y tradujo (Barcelona 1614). Las *Centellas* (en número de 500) y los *Avisos* (en verso endecasílabo y en número de 200) son sus obras realmente originales á las que pueden unirse 55 consejos que añadió en los *Frutos de Historia* en los 145 que tradujo de Guicciardini. (1) El lenguaje de

Setantí es sobrio, á veces con exceso; brota vigoroso el concepto, que si bien sale como saeta certera y despiadada, suele llevar consigo el bálsamo de consolación ó de amoldamiento que restaña la cruenta herida. Copiamos como muestra de los escritos de este pensador, que es el más ilustre que tuvo Cataluña en su época, un buen número de las *Centellas*, su obra capital.

Centellas de varios conceptos

4. Los ministros de justicia duermen descansadamente sobre los males ajenos, y á la sombra de los suyos propios despiertan y dan gritos.

11. No basta que tome el pulso el que gobierna á todo el cuerpo del Estado junto, sino á cada miembro de por sí, porque suele haber en ellos diversas enfermedades, que piden remedios diferentes.

13. Casi siempre el principio de la ejecución de cosas nuevas y grandes se representan razones en contrario, que turban el entendimiento y le hacen estar dudoso.

17. No se ocupe el regidor en decir mal de las leyes que no puede mudar, sino en gobernar por ellas lo mejor que sea posible.

19. Para mantener sano y para curar el cuerpo enfermo de una república, más vale una onza de práctica que cien libras de teoría.

32. El que lee con deseo de reprender, pierden el tiempo neciamente.

51. Aunque te sobre justicia, guarda de indignar al juez porque es hombre y sujeto á las pasiones que los otros hombres.

52. No persigas con la lengua al que te hizo algún daño, especialmente si le puede hacer mayor, porque es venganza mujeril peligrosa.

59. La flojedad y pereza son raices de la mala suerte.

78. Si mezclas burlas con veras, nunca serás respetado.

92. Amigos son el médico y el cura, porque el uno entierra lo que el otro no cura.

107. No busques amigos dulces, que estrañan la complicación, pero búscalos provechosos, aunque sean amargos.

109. Toda vida es batalla y todo tiempo tempestad.

102. Es tan miserable y débil nuestra vida, que un airecito ligero basta á derribarla.

119. Obra cosas grandes, pero lo las prometas.

124. No te muestres popular, mas procura que la voz del pueblo siga tu parecer.

142. No sigas al temerario, ni te fies del cobarde; porque el uno te despeñará y el otro te dejará solo.

145. Si has de reñir con alguno, antes le hiere en la cabeza que en la honra; porque se cria en la llaga tósigo para el que hiere.

160. Sospechoso es el consejo del que induce y no pelagra.

175. El dinero que tarda en venir, cuando llega pasa volando.

179. La tierra que produce ladrones, sembrarla de gente de guerra y hacer de los árboles horcas.

191. El hombre que se rige en todo por la voluntad de su mujer, merece que le quiten las insignias de varon, y que ella le desuelle á azotes.

220. Los que esperan y desean no se avienen bien con la paciencia, y habríanlo de hacer, porque trae consigo á la sazón, que abre la puerta á los buenos sucesos.

224. Muy necesario es que tema la justicia el que la ha de administrar.

226. Callan ya las ordenanzas, las pragmáticas y leyes, pues sólo el que tiene dinero tiene justicia.

232. Los árboles y plantas poderosos, cuanto más se levantan y crecen, más hondas raíces van echando para sustentar su peso y así lo han de hacer los hombres que suben por el aire del favor, para poder estar firmes contra la furia de los vientos de la envidia y de los varios acaecimientos.

240. Los hombres puramente buenos y bien intencionados piensan que todas las cosas se han de hacer conforme sería razón que se hiciesen, y por ésto, careciendo de la industria y sagacidad que pide el manejo y trato de los negocios (de que se forma la práctica), echan á perder todo lo que emprenden, en virtud de sus buenas intenciones.

248. Ni todos los doctores son doctos, ni todos los bien hablados son discretos.

262. Los hombres habladores que se precian mucho de elocuentes, con el deseo de hablar no consideran ni ahondan bien las cosas, y así, con sobreabundancia de palabras, suelen decir maravillosas necedades.

273. Para gobernar el mundo á lo moderno no es menester mucho seso, porque echaría á perder el desconcierto sobre que se apoya y sustenta.

277. El Gobernador que altera facilmente lo que ha ordenado por edictos públicos, publica su liviandad á són de trompetas.

285. Cuando la verdad escuece, despierta al seso adormido, si se hiere blandamente, le adormece mucho más.

294. Los aparejos de guerra son los nervios de la paz.

300. El cuerpo de una república lleno de malos humores, no le han de curar mujeres con óleos ni con unguentos ni con otros badulaques de su invención; práctica, saber y mano de hombre han de emprenderlo con purgas y con sangrías, sudores, cauterios de fuego.

304. El algo de los hijos de algo, se convierte en alimentos de camaleones, y el pechero (si está rico) se envuelve en sangre de godos, en virtud del privilegio del oro.

316. Es el arte del privar difícil y peligroso, porque la grandeza de los reyes en descu-

(1) Han sido reproducidas las dos colecciones aforísticas originales de Setantí en la *Biblioteca de Autores Españoles* tomo 42 y 65.

La revista *Catalonia* publicó, traducidos al catalán, gran número de *Centellas*, en 1900. Recientemente el Sr. Moliné y Brasés ha editado vertidos á la lengua materna de su autor los 200 *Avisos de Amigo*. (Barcelona 1908).

briendo artificio se tiene por ofendida; y sin él es imposible sustentarse.

323. Los rudos ni los agudos no juzgan bien de las cosas; los unos porque no saben, los otros porque resaben.

330. Cuando llega á ser común el interés, fácilmente se juntan los mal avenidos; mas al partir de las peras se descubre la dañada voluntad.

337. No hay remedio más eficaz ni más poderoso para hacer que los soldados se resuelvan á pelear obstinadamente, como el quitarles la esperanza de alcanzar la salud sino por la punta de la espalda, representándoles el enemigo airado y cruel.

354. Los nuevos gobernadores á la primera lección han de aprender el arte de pedir el consejo; á la segunda la habilidad de saber escoger y á la tercera la facultad y pericia de saber gobernar solos.

372. Las enfermedades de los pobres mendigantes son largas, porque nunca dan dinero; pero no son peligrosas, porque no los curan médicos.

378. De la tolerancia de los delitos de los magistrados nacen todos los males de la república, y del severo castigo de ellos, las reglas del buen gobierno.

392. Al regidor que no tiene las manos y las costumbres limpias, echarlo fuera del lugar comoapestado, porque sus malos ejemplos son pegadizos como landres, y van de los unos á los otros hasta no dejar hombre sano.

408. Las ceremonias y las cortesías ordinarias, aunque son prueba de verdadera amistad, se han de dar y recibir con buen semblante; porque entre los hombres honrados valen mucho y cuestan poco.

421. La cosa que más engaña es la propia estimación, porque no admite razones fuera de

su parecer, ni le parece que pueda errar en cosa alguna.

436. La arrogancia, acompañada con autoridad de oficio ó cargo, lleva á los hombres por despeñaderos, y en los mayores peligros no les consiente pedir la mano á nadie, de que resulta su caída.

455. La cura de la pobreza es el dinero, pero en manos del pródigo no es cura, sino locura.

456. Ha llegado á tal extremo de valor la nobleza de España, que después de haber conquistado un nuevo mundo, derramando sangre y dinero, desprecia el oro de manera que le saca de las Indias y le invia desterrado en Italia, á donde los genoveses le hacen mucho mejor acogimiento que él merece.

466. Hay hombres de su natural tan rústicos en el trato, arrogantes y soberbios, que tienen por caso de menos valer hablaros sin mostrar ceño, y estos son los más pesados y peligrosos necios del mundo; porque no podéis tratar con ellos sin tener las armas en la mano ó la paciencia de Job.

478. Como la mayor parte de los que nacen ahora no heredan el valor de sus padres ni se acuerdan de sus abuelos, no sienten la servidumbre y con ella viven contentos, porque, en fin, cada animal se recrea en su elemento.

490. La prueba del villano rico es: después de haberle hecho muchas amistades, pedirle prestado y diferirle un poco la paga; porque luego lo veréis ir angustiado ó ceñudo, y haciendo diligencias para cobrar su dinero, por más que le sobre.

495. Los caballos y los hombres se han de amansar con regalos y castigos moderados; porque vemos que aun los gatos, puestos en aprieto, arremeten como leones.

tercera hasta el fin de la Universidad en el primer tercio del siglo pasado.

En la primera época brilló el dominico Pier, representante de los aristotélicos-tomísticos, quien combatió contra el P. Feijóo en defensa del lulismo. Pero los jesuitas, que fueron los que imprimieron mayor carácter á la enseñanza cerverina, sin abandonar nunca la filosofía aristotélica, iniciaron la orientación hacia un eclecticismo moderado, incorporando y enlazando con la doctrina peripatética los descubrimientos de las ciencias naturales, que en aquella época estaban en la época triunfal de su desarrollo. El que impulsó esta orientación fué Ferrusola, de Olot, que alcanzó fama en toda Cataluña y que llevó á la abnegación su amor por la enseñanza, proporcionando manutención de su peculio á los estudiantes pobres. La figura más grande acaso de toda la era cerverina en el siglo XVIII, fué la del insigne Aymerich, el que más brilló en la enseñanza ecléctica; su acción fué sana fuente renovadora. «Es de los que más claro hablaron contra los abusos de la escolástica. Por sus escritos se ve que aborrecía de muerte las cuestiones sectarias en dialéctica y metafísica. Un aristotelismo depurado y expurgado, acabado y completado con los cada día más importantes conocimientos físico experimentales y matemáticos, cuya definitiva introducción en Cervera á él se debe. Aymerich compendió su eclecticismo en su programa *Systema antiquo-novum* y en sus *Prolusiones*, y fué el padre de una legión de aprovechados discípulos. Las *Prolusiones* son discursos destinados á allanar el camino de la verdadera filosofía contra las inútiles y pueriles cuestiones introducidas en el sistema escolástico. La primera es una lamentación de las vicisitudes porque han pasado al través de la historia de las ideas, las doctrinas aristotélicas, clamando por una reacción contra las modas filosóficas de Bacon, Descartes y Gassendi: en otra, se lamenta de la corrupción que los comentaristas árabes introdujeron en las enseñanzas de Aristóteles, embruteciéndolas y tergiversándolas. Aymerich, profundo conocedor de Luis Vives, no por aquella defensa del Peripatetismo se convierte en defensor de lo viejo y estático, sino que afirma que «la verdad ha de irse explorando y debe abrazarse sin mira alguna de antigüedad ni novedad, antes bien, entre una y otra debe buscarse, siendo la alianza entre los antiguos y los nuevos el verdadero camino para conseguirla.» Al mérito de haber intentado restaurar el aristotelismo con el auxilio de la nueva física experimental, de haber indicado la metafísica que «vivía vida cenobítica juntamente con la teología escolástica», reúne Aymerich un gran talento como moralista, siendo notable en este sentido varias de sus *prolusiones*, y es además un patriota, un excelente pedagogo, que anima y excita á los jóvenes á la actividad espiritual, y tiene además cierto valor regionalista, por la atención con que señala en Cataluña la fuente de donde podría salir la nueva fuerza intelectual española.

Fiel continuador de su obra el aragonés Larraz, humanista, espíritu refinado digno de mención, aparte su mérito, por haber querido restaurar la lengua catalana en la enseñanza, contra la costumbre de la Universidad, creada precisamente en contradicción con el espíritu de Cataluña y que crió mentalidades tan convencidamente centralistas como la del canciller D. Ramón Lázaro de Dou.

La dirección tomada por Ferrusola, Aymerich y Larraz, la continuaron los Cerdá, Navas, Pons, Gallissá y otros profesores. Cerdá, dió extraordinario impulso á las ciencias exactas, hasta haber llegado á llamar la atención en

La Escuela de Cervera

Es justo consagrar un lugar en este número á la Escuela filosófica criada en el hogar de la Universidad de Cervera, conocida con el nombre de *Escuela cerverina*, la cual fué, durante poco más de un siglo, la depositaria del pensamiento filosófico catalán, harto menguado; en el siglo XVIII se compara con los gloriosos tiempos de nuestros siglos de oro, pero lo suficiente cálido para mantener viva la llama del espíritu durante tiempos de espantosa decadencia nacional y en preparación de mejores tiempos. Ninguna figura preeminente surgió durante su apogeo y puede decirse que murió la Escuela cerverina después de haber puesto en el mundo á Balmes.

Solamente algunos notables profesores de metafísica como Aymerich, y más especialmente algunos juristas apreciables como Finestres y Dou; pero la levadura puesta obscuramente por éstos y sus compañeros y discípulos ha estimulado la fermentación de nuestros pensadores en el siglo XIX.

Aymerich y la Escuela cerverina ⁽¹⁾

Es una verdad que para Cataluña, por no decir para España, fué una nueva era en la cultura científica la Universidad de Cervera, que Felipe V creó *ab irato* después de haber cerrado y arrasado vengativo, todas las antiguas Universidades de Cataluña. A pesar de que la fundación del nuevo establecimiento en el apartado rincón de la Segarra, en medio de una tierra agreste y áspera, no obedecía más que á recompensar la fidelidad de los hijos de

Cervera, y si bien no llegó á satisfacer el designio que el primer Borbón expresó en la carta de fundación: de erigir «una Universidad émula de las mejores de Europa en riquezas, honores, privilegios, para esplendor de la Monarquía», al movimiento intelectual que, redimido de la innegable anarquía y decaimiento de las cuatro Universidades anteriores se determinó y concentró en la nueva escuela, se debe el conservar y alentar durante un siglo el fuego sagrado de la filosofía en Cataluña, preparando el terreno á mejores épocas posteriores.

Este relativo florecimiento que llegó á positiva superioridad sobre las demás Universidades españolas de aquella época, Alcalá, Salamanca, Huesca, etc., fué desde sus comienzos entorpecido por las luchas de secta que enconadamente sostuvieron los primeros tiempos los partidarios de diversas escuelas filosóficas cuya enseñanza la Universidad admitía, la escuela Tomista, la Scotista y la Tomista, profesadas respectivamente por los dominicos, los capuchinos y los jesuitas, disputas estériles é irreductibles que disminuyeron notoriamente la eficiencia y el valor científico de la enseñanza.

La filosofía en la Universidad de Cervera puede clasificarse en tres épocas, según la escuela que llevó ventaja en cada una de ellas.

- 1.ª El Peripatetismo aristotélico.
- 2.ª El Peripatetismo clásico-ecléctico.
- 3.ª El Eclecticismo moderno.

La primera etapa fué relativamente muy corta. La segunda duró mientras los jesuitas, la

(1) Del trabajo de Federico Clascar. La filosofía catalana en el siglo XVIII.—Barcelona, 1896.

Francia, pero sin por ello abandonar la cosmología escolástica y algunos resabios suaristas.

Mas⁷ todo esto desapareció con la expulsión de los jesuitas. Desterrados éstos, no se habló ya más de luchas, ni de suaristas, ni de aristotelismo. Al eclecticismo de Aymerich sucedió el eclecticismo moderno, decayendo ostensiblemente desde entonces el nivel filosófico de Cervera.

A Aristóteles, siguieron, sin dique ni depuración alguna, Descartes y Newton y Gassendi y Malebranche. Acabáronse las disputas porque se acabaron las convicciones. No se tuvo ya en cuenta la tradición; el nuevo eclecticismo espigueaba acá y acullá en todos los sistemas. Abiertas las puertas á todo viento, se puso en práctica la duda cartesiana, se establecía el criticismo absoluto y con fragmentos de sistemas muchas veces contrarios, erigióse un edificio extraño y de partes incoherentes. La mayor anarquía presidió la enseñanza de la filosofía, olvidóse completamente lo tradicional y lo genuino, y al grito de ¡abajo el Aristotelismo guerra al Peripato! murió todo resto de filosofía catalana.

El eclecticismo en Cervera

Acaso antes que en otras partes dominó en nuestra Universidad el eclecticismo, ya que invadió las cátedras tan pronto como los jesuitas las dejaron. El capuchino Villalpando fué, por imposición del Gobierno central, autor de texto en Cervera, y antes de él, fué doctrina oficial la contenida en unos apuntes anónimos, de los que extractamos el sentido por su valor representativo de las ideas filosóficas en Cataluña á fines del siglo XVIII.

La conciencia es un juicio experimental. Dios es la causa eficiente de nuestras ideas sensibles, el alma sólo lo es de aquellas ideas que por raciocinio inferimos de las primeras ó de aquéllas.

Según las circunstancias y la ocasión de los sentidos produce Dios en el alma las ideas, porque no se reconoce causalidad, sino es causalidad ocasional, en nuestros sentidos. Los objetos son ocasión de la sensación externa, ésta de la interna; la interna, de las ideas.

Subrayamos la palabra *ocasión* que no debe confundirse con *eficiencia*. No se sabe cómo se hace el tránsito de una ocasión á otra. Desprecia la teoría escolástica del entendimiento agente. No es de extrañar este desprecio, representativo de incomprensión de dicha teoría, ya que era frecuente conocerla la Escolástica al través del as lógicas *port royalistas*.

También en la voluntad incluye el ocasionalismo, pues Dios es la causa eficiente de nuestras acciones indeliberadas. Dice refutar á Descartes, y á pesar de ello, su ideología y su psicología se resiente un poco del cartesianismo: el alma está en el cerebro, desde donde mueve al cuerpo *ocasionalmente* porque también aquí sólo Dios es la causa eficiente de los movimientos corporales. Aleja, pues, hasta negar con Malebranche, las causalidades.

Niega además con los Benedictinos que sea el principio de contradicción el primer principio metafísico y lo sustituye por aquél, parecido al de Kant y Descartes. Rechaza la materia y forma de los escolásticos y sigue la concepción corpuscular. El mundo no es tal como nos parece, es diferente de como lo sentimos, así en las cualidades sensibles como en la extensión.

La metafísica de Villalpando, que siguió á ésta, era un eclecticismo, extremo sin seguir ni á Descartes ni á Newton, pero profesando

especial veneración por el primero, por haber emancipado las ciencias de la autoridad exclusiva de los aristotélicos. El eclecticismo dominó en Cervera hasta el fin de la Universi-

dad, y en él nació Balmes, quien, al rebelarse contra los sistemas científicos, preparó, sin duda por su influencia, el camino á la Restauración tomista en la filosofía eclesiástica.

Jaime Balmes

Nació en Vich en 28 de Agosto de 1810, comenzando sus estudios en el Seminario Conciliar de aquella ciudad y continuándolos en la universidad de Cervera, hasta recibir, en 1835, el grado de doctor, habiendo sido en 1834 ordenado de presbítero. Los sucesos políticos hicieronle dejar las cátedras que en aquélla desempeñaba como sustituto, retirándose en Vich al estudio de todas las ramas de la ciencia, principalmente metafísica y matemática, siendo nombrado en 1837 catedrático de esta última disciplina. Sus primeros trabajos político-religiosos, que le dieron á conocer de toda España fueron los opúsculos sobre *Los bienes del clero* y sobre el *Celibato eclesiástico* (1839). En 1842 empezó la publicación de su obra magna *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, que traspasó enseguida las fronteras. Colaboró en aquella época en el periódico *La Civilización*, continuado por *La Sociedad*; en cuya revista dió á luz, en 1843, sus primeras *Cartas á un escéptico*. En este mismo año, por los disturbios políticos tuvo que abandonar Barcelona, donde residía, y refugiarse en la masía *Prat de Dalt* de Caldas de Montbuy, donde en el tiempo de un mes escribió su famosa y popular obra *El Criterio*. En 1844 emprendió varios viajes por Francia, Inglaterra y Bélgica, trabando íntima amistad con Chateaubriand y con el cardenal Pecci, después León XIII. Fijó después su residencia en Madrid, fundado la revista *El Pensamiento de la Nación*, interviniendo activa pero noble y elevadamente en las luchas políticas fratricidas, no suspirando más que por la pacificación de España, para lo cual consagró todos sus esfuerzos á resolver por un matrimonio entre las dos ramas contendientes la cuestión dinástica, sin lograrlo. En 1846 y 1847 publicó la *Filosofía fundamental* y la *Elemental*, reunió en una edición sus *Escritos políticos*, y después de un viaje á París escribió una ardiente apología de *Pío X*, por lo cual fué perseguido con calumnias é insidias; y á consecuencia de estos desengaños y disputas, y de su enorme trabajo intelectual, contrajo terrible y rápida enfermedad que le llevó á la tumba en su patria, Vich, el año 1848.

Aparte de la prominente significación de Balmes como apologista y como político en el sentido científico de la palabra, de su gran valor como puro, ardiente y equilibrado patriota, sembrador de semillas de paz, de concordia, de serenidad, de rectitud, de templanza y de convivencia, que desgraciadamente no arraigaron en aquella turbulenta época, juega un papel culminante en la filosofía catalana y española, siendo el resplandor glorioso con que la escuela de Cervera se despedía, legando á Cataluña el espíritu que debía dar contenido científico al molde del *seny* popular de la raza catalana.

De él dice Federico Clascar: «El sabor de la tierra, el sedimento de la raza, el temperamento nacional, revelóse con vigor intenso en las dos leyes que condicionan su conciencia: la *ley negativa de cierto resabio de escepticismo y sabia ignorancia*; y la *ley positiva del análisis y del sentido común*.» Es decir como elemento *negativo*: la desconfianza de los sistemas filosóficos, que le hizo exclamar al inicio de sus investigaciones su «*abajo las autoridades científicas*», la ironía con que remata sus propios estudios y que confiesa hacerle más fácil y llevadera la fe religiosa. Y como elemento *positivo*: la honradez y armonía genuinas que condensadas en el *Criterio*, código del sentido

común popular, «canon de higiene intelectual» es el germen y tonalidad constante de toda su obra, pues es lo que salva á las especulaciones filosóficas de las concupiscencias racionalistas que esterilizan los sistemas modernos. Por todo esto ha merecido Balmes la definición de «el filósofo del renacimiento cristiano de nuestro pueblo, que humanizó el contenido intelectual y moral de la conciencia catalana».

Pertenecen los dos primeros fragmentos que aquí damos, á aquellos trascendentales lugares de su obra en que, puesto delante del punto de relación entre el mundo real y el mundo fenoménico, el punto de intersección entre la esfera de las cosas y el plano del espíritu, abandona Balmes el riguroso método científico devenido impotente para resolver el problema, y salta por encima del gran enigma, con la sola agilidad de la fe religiosa.

Del impulso intelectual*

He llamado instinto intelectual á ese impulso que nos lleva á la certeza en muchos casos, sin que medien ni el testimonio de la conciencia ni el de la evidencia. Si se indica á un hombre un blanco de una línea de diámetro, y luego se le vendan los ojos, y después de haberle hecho dar muchas vueltas á la aventura, se le pone un arco en la mano para que dispare y se asegura que la flecha irá á clavarse precisamente en el pequeñísimo blanco, dirá que esto es imposible y nadie será capaz de persuadirle tamaño disparate. ¿Y por qué? ¿se apoya en el testimonio de la conciencia? no, porque se trata de objetos externos. ¿Se funda en la evidencia? tampoco, porque esta tiene por objeto las cosas necesarias, y no hay ninguna imposibilidad intrínseca en que la flecha vaya á dar en el punto señalado. ¿En qué estriba, pues, la profunda convicción de la negativa? Si suponemos que este hombre nada sabe de las teorías, de probabilidades y combinaciones, que ni aún tiene noticia de esta ciencia, ni ha pensado nunca en cosas semejantes, su certeza será igual, sin embargo, de que no podrá fundarla en cálculo de ninguna especie: igual la tendrán todos los circunstantes rudos ó cultos, ignorantes ó sabios, sin necesidad de reflexión instantáneamente, todos dirán ó pensarán: «esto es imposible, esto no se verificará.» ¿En qué fundan, repito, tan fuerte convicción? Es claro, que no naciendo ni de la conciencia ni de la evidencia inmediata ni mediata, no puede tener otro origen que esta fuerza interior que llamo instinto intelectual, y que dejaré llamar sentido común ó lo que se quiera, con tal que se reconozca la existencia del hecho. Don precioso que nos ha otorgado el Criador para hacernos razonables aún antes de reaccionar; y á fin de que dirijamos nuestro conducto de una manera prudente, cuando no tenemos tiempo para examinar las razones de prudencia.

Este instinto intelectual abraza muchísimos objetos de orden muy diferente; es, por decirlo así, la guía y el escudo de la razón:

(*) Filosofía fundamental.

la guía porque la precede y le indica el camino verdadero, antes de que comience á andar; el escudo porque la pone á cubierto de sus propias cavilaciones, haciendo enmudecer el sofisma en presencia del sentido común.

El testimonio de la autoridad humana, tan necesario al individuo y á la sociedad, arranca nuestro ascenso por medio de un instinto intelectual. El hombre cree al hombre, cree á la sociedad, antes de pensar en los motivos de su fé; pocos los examinan, y sin embargo, la fé es universal.

No se trata ahora de saber si el instinto intelectual nos engaña algunas veces, en qué casos y por qué: al presente sólo quiero consignar su existencia; y con respecto á los errores á que nos conduce, me contentaré con observar que en un ser débil como es el hombre, la regla se dobla muy á menudo; y que así como no es posible encontrar en él lo bueno sin mezcla de lo malo, tampoco es dable hallar la verdad sin mezcla de error.

Si bien se observa, no objetivamos las sensaciones sino en fuerza de un instinto irresistible. Nada más cierto, más evidente á los ojos de la filosofía que la subjetividad de toda sensación; es decir, que las sensaciones son fenómenos inmanentes, ó que están dentro de nosotros y no salen fuera de nosotros: y, sin embargo, nada más constante que el tránsito que hace el género humano entero de lo subjetivo á lo objetivo, de lo interno á lo externo, del fenómeno á la realidad. ¿En qué se funda ese tránsito? Cuando los filósofos más eminentes han tenido tanta dificultad en encontrar el puente, por decirlo así, que une las dos riberas opuestas; cuando algunos de ellos, cansados de investigar han dicho resueltamente que no era posible encontrarlo, ¿lo descubrirá el común de los hombres desde su más tierna niñez? Es evidente que el tránsito que hacen no puede explicarse por motivos de raciocinio, y que es preciso apelar al instinto de la naturaleza. Luego hay un instinto que por sí solo nos asegura de la verdad de una proposición, á cuya demostración llega difícilmente la filosofía más recóndita.

Aquí observaré lo errado de los métodos que aislan las facultades del hombre, y que, para conocer mejor el espíritu, le desfiguran y mutilan. Es uno de los hechos más constantes y fundamentales de las ciencias ideológicas y psicológicas la multiplicidad de actos y facultades de nuestra alma á pesar de su simplicidad, atestiguada por la unidad de conciencia. Hay en el hombre, como en el universo, un conjunto de leyes cuyos efectos se desenvuelven simultáneamente, con una regularidad armoniosa; separarlas equivale muchas veces á ponerlas en contradicción: porque, no siendo dado á ninguna de ellas el producir su efecto aisladamente, sino en combinación con las demás, cuando se las exige que obren por sí solas, en vez de efectos regulares producen monstruosidades las más deformes. Si dejáis sola en el mundo la ley de gravitación, no combinándola con ninguna fuerza de proyección, todo se precipitará hacia un centro; en vez de esta infinidad de sistemas que hermean el firmamento, tendréis una mole ruda é indigesta: si quitáis la gravitación y dejáis la fuerza de proyección, los cuerpos todos se descompondrán en átomos imperceptibles, dispersándose cual éter levísimo por las regiones de la inmensidad.

El principio de la evidencia no es evidente

Comienzo por asentar una proposición que parecerá la mas extraña paradoja, pero que está lejos de serlo. *El principio de la evidencia no es evidente.* Demostración. Este principio puesto en forma más sencilla es el que sigue: Lo evidente es verdadero. Yo digo que esta proposición no es evidente. ¿Cuándo es evidente una proposición? cuando en la idea del sujeto vemos el predicado. Esto no sucede aquí... Se da aquí un salto inmenso se pasa de la subjetividad á lo objetivo, se afirma que las condiciones subjetivas son el reflejo de objetivas, se hace el tránsito de la idea á su objeto, tránsito que constituye el problema mas trascendental, mas difícil, mas obscuro de la filosofía.

¿Qué diremos, pues, de esta proposición: lo evidente es verdadero? He lo aquí. No es un axioma, porque el predicado no está contenido en la idea del sujeto: no es una proposición demostrable, porque toda demostración estriba en principios evidentes y consiste en deducir de los mismos una consecuencia evidentemente enlazada con ellos; lo que no puede tener lugar si no se presupone la legitimidad de la evidencia, es decir, lo mismo que es objeto de la demostración. Al comenzar el raciocinio, se podría preguntar desde luego: ¿cómo se sabe que sea verdadero? ¿por la evidencia? Recuérdese que se trata de probar que lo evidente es verdadero, y, por tanto, hay una petición de principio. La verdad de las leyes lógicas á que debe conformarse todo raciocinio, es conocida sólo por evidencia; luego, si no se supone que lo evidente es verdadero, no se puede ni raciocinar si quiera.

Tenemos, pues, que el principio de la evidencia no puede apoyarse en otro, y, por consiguiente, reúne el primer carácter de principio fundamental. Cayendo él, caen también todos los demás, incluso el de contradicción, que, como todos, no es conocido sino por evidencia: éste es otro de los caracteres del principio fundamental. Veamos si reúne el tercero, á saber, que con su auxilio se pueda reducir á quien niegue los demás.

Difícil es encontrar quien niegue el principio de contradicción y admita el de evidencia; sin embargo, haciendo esta suposición extravagante, si algún principio pudiera servir para el caso, sería éste, sin duda, porque la cuestión estaría reducida á si confesaría que los principios son para él evidentes: si no lo son, su entendimiento es diferente del de los demás hombres; si lo son el argumento que se le hace es concluyente. Según V. confiesa, lo evidente es verdadero; tal ó cual principio es evidente para usted; luego es verdadero. Las premisas son admitidas por él mismo; la legitimidad de la consecuencia es evidente, y, por tanto, debe reconocerla también, ya que, por regla general, admite el criterio de la evidencia.

No es evidente, el principio de la evidencia, ni es demostrable; es necesario para todos los demás, y con su auxilio se puede reducir á quien los niegue, ¿de dónde semejante extrañeza? de un origen muy sencillo. Es que el principio de la evidencia no expresa ninguna verdad objetiva, y por consiguiente no es demostrable, no es un simple hecho de conciencia, porque expresa la relación del sujeto al objeto y por consi-

guiente no puede limitarse á lo puramente subjetivo: es una proposición que conocemos por acto reflejo y que expresa la ley primitiva de todos nuestros conocimientos objetivos. Estos se fundan en la evidencia; así lo experimentamos, pero cuando el espíritu se pregunta ¿por qué debes parte de la evidencia? no puede responder otra cosa, si nó que lo evidente es verdadero. ¿En qué funda esta proposición? ordiariamente en nada; se conforma á la misma, sin haber pensado nunca en ella; pero si se empeña en reflexionar, encuentro tres motivos para asentir á la misma. Primero: un irresistible instinto de la naturaleza. Segundo: el ver que no admitiendo legitimidad del criterio de la evidencia, se hundan todos sus conocimientos y le es imposible pensar. Tercero: el notar que admitiendo este criterio todo se pone en orden en la inteligencia, que en vez de un caos se halla un universo ideal con trabazón admirable, y se siente con los medios necesarios para raciocinar y construir un edificio científico con respecto al universo real del que tiene conocimiento por la experiencia.

De la posibilidad

(El Criterio).

§ I

Una clasificación de los actos de nuestro entendimiento, y de las cuestiones que se le pueden ofrecer

Para la mayor claridad, dividiré los actos de nuestro entendimiento en dos clases: especulativos y prácticos. Llamo especulativos los que se limitan á conocer; y prácticos los que nos dirigen para obrar.

Cuando tratamos simplemente de conocer alguna cosa, se nos pueden ofrecer las cuestiones siguientes: 1.^a, si es posible ó no; segunda, si existe ó no; 3.^a, cuál es su naturaleza, cuáles sus propiedades y relaciones. Las reglas que se den para resolver con acierto dichas tres cuestiones, comprenden todo lo tocante á la especulativa.

Si nos proponemos obrar, es claro que intentaremos siempre conseguir algún fin; de lo cual nacen las cuestiones siguientes: primera, cuál es el fin; 2.^a, cuál es el mejor medio para alcanzarle.

Ruego encarecidamente al lector que fije la atención sobre las divisiones que preceden, y procuren retenerlas en la memoria; pues, además de facilitarle la inteligencia de lo que voy á decir, le servirán muchísimo para proceder con método en todos sus pensamientos.

§ II

Ideas de posibilidad é imposibilidad. Sus clasificaciones.

Posibilidad. La idea expresada por esta palabra es correlativa de la *imposibilidad*, pues que la una envuelve necesariamente la negación de la otra.

Las palabras posibilidad é imposibilidad expresan ideas muy diferentes, según se refieren á las cosas en sí, ó á la potencia de una causa que las puede producir. Sin embargo, estas ideas tienen relaciones muy íntimas, como veremos luego. Cuando se consideran la posibilidad ó imposibilidad sólo

con respecto á un ser, prescindiendo de toda causa, se las llama intrínsecas; y cuando se atiende á una causa, se las denomina extrínsecas. A pesar de la aparente sencillez y claridad de esta división, observaré que no es dable formar concepto cabal de lo que significa, hasta haber descendido á las diferentes clasificaciones que expondré en los párrafos siguientes.

A primera vista se podrá extrañar que se explique primero la imposibilidad que la posibilidad; pero, reflexionando un poco, se nota que este método es muy lógico. La palabra *imposibilidad*, aunque suena como negativa, expresa, no obstante, muchas veces una idea que á nuestro entendimiento se le presenta como positiva: esto es, la repugnancia entre dos objetos, una especie de exclusión, de oposición, de lucha, por decirlo así; por manera que, en desapareciendo esta repugnancia, concebimos ya la posibilidad. De aquí nacen las expresiones de «esto es muy posible, pues nada se *opone* á ello»; «es posible, pues no se ve ninguna *repugnancia*». Como quiera, en sabiendo lo que es imposibilidad, se sabe lo que es la posibilidad, y viceversa.

Algunos distinguen tres clases de imposibilidad: *metafísica*, *física* y *moral*. Yo adoptaré esta división, pero añadiendo un miembro, que será la *imposibilidad de sentido común*. En su lugar se verá la razón en que me fundo. También advertiré que tal vez sería mejor llamar imposibilidad *absoluta* á la metafísica; *natural* á la física, y *ordinaria* á la moral.

§ III

En qué consiste la imposibilidad metafísica ó absoluta

La *imposibilidad metafísica ó absoluta* es la que se funda en la misma esencia de las cosas, ó en otros términos, es absolutamente imposible aquello que, si existiese, traería el absurdo de que una cosa sería y no sería á un mismo tiempo. Un círculo triangular es un imposible absoluto, porque fuera círculo y no círculo, triángulo y no triángulo. Cinco igual á siete es imposible absoluto, por que el cinco sería cinco y no cinco, y el siete sería siete y no siete. Un vicio virtuoso es un imposible absoluto, porque el vicio fuera y no fuera vicio á un mismo tiempo.

§ IV

La imposibilidad absoluta y la omnipotencia divina

Lo que es absolutamente imposible no puede existir en ninguna suposición imaginable; pues, ni aun cuando decimos que Dios es todopoderoso, entendemos que pueda hacer absurdos. Que el mundo exista y no exista á un mismo tiempo, que Dios sea y no sea, que la blasfemia sea un acto laudable, y otros delirios por este tenor, es claro que no caen bajo la acción de la omnipotencia; y, como observa muy sabiamente Santo Tomás, más bien debiera decirse que estas cosas no pueden ser hechas, que no que Dios no puede hacerlas. De esto se sigue que la imposibilidad intrínseca absoluta trae consigo la imposibilidad extrínseca también absoluta: esto es, que ninguna causa puede producir lo que de suyo es imposible absolutamente.

§ V

La imposibilidad absoluta y los dogmas

Para afirmar que una cosa es absolutamente imposible, es preciso que tengamos ideas muy claras de los extremos que se repugnan; de otra manera, hay riesgo de apellidar absurdo lo que en realidad no lo es. Hago esta advertencia para hacer notar la sinrazón de los que condenan algunos misterios de nuestra fe, declarándolos absolutamente imposibles. El dogma de la Trinidad y el de la Encarnación son ciertamente incomprensibles al débil hombre; pero no son absurdos. ¿Cómo es posible un Dios trino, una naturaleza y tres personas distintas entre sí, idénticas con la naturaleza? Yo no lo sé; pero no tengo derecho á inferir que esto sea contradictorio. ¿Comprendo, por ventura, lo que es esta naturaleza, lo que son esas personas de que se me habla? No; luego, cuando quiero juzgar si lo que de ellas se dice es imposible ó no, fallo sobre objetos desconocidos. ¿Qué sabemos nosotros de los arcanos de la divinidad? El Eterno ha pronunciado algunas palabras misteriosas para ejercitar nuestra obediencia y humillar nuestro orgullo; pero no ha querido levantar el denso velo que separa esta vida mortal del océano de verdad y de luz.

§ VI

Idea de la imposibilidad física ó natural

La *imposibilidad física ó natural* consiste en que un hecho esté fuera de las leyes de la naturaleza. Es naturalmente imposible que una piedra soltada en el aire no caiga al suelo; que el agua abandonada á sí misma no se ponga al nivel; que un cuerpo sumergido en un fluido de menor gravedad no se hunda; que los astros paren en su carrera; porque las leyes de la naturaleza prescriben lo contrario. Dios, que ha establecido estas leyes, puede suspenderlas; el hombre, no. Lo que es *naturalmente* imposible, lo es para las criaturas, no para Dios.

§ VII

Modo de juzgar la imposibilidad natural

¿Cuándo podremos afirmar que un hecho es imposible naturalmente? En estando se-

gueros de que existe una ley que se opone á la realización de este hecho y que dicha oposición no está destruída ó neutralizada por otra ley natural. Es ley de la naturaleza que el cuerpo del hombre, como más pesado que el aire, caiga al suelo en faltándole el apoyo; pero hay otra ley por la cual un conjunto de cuerpos unidos entre sí, que sea específicamente menos grave que aquél en que se sumerge, se sostenga y hasta se levante, aun cuando alguno de ellos sea más grave que el fluido, luego unido el cuerpo humano á un globo aerostático dispuesto con el arte conveniente, podrá remontarse por los aires y este fenómeno estará muy arreglado á las leyes de la naturaleza. La pequeñez de ciertos insectos no permiten que su imagen se pinte en nuestra retina de una manera sensible; pero las leyes á que está sometida la luz hacen que, por medio de un vidrio, se pueda modificar la dirección de sus rayos de la manera conveniente para que, salidos de un objeto muy pequeño, se hallen desparramados al llegar á la retina y formen una imagen de gran tamaño, y así no será naturalmente imposible que, con la ayuda del microscopio, lo imperceptible á la simple vista se nos presente con dimensiones grandes.

Por estas consideraciones, es preciso andar con mucho tiento en declarar un fenómeno por imposible naturalmente. Conviene no olvidar: 1.º, que la naturaleza es muy poderosa; 2.º, que nos es muy desconocida: dos verdades que deben inspirarnos gran circunspección cuando se trate de fallar en materias de esta clase. Si á un hombre del siglo xv se le hubiese dicho que en lo venidero se recorrería en una hora la distancia de doce leguas, y esto sin ayuda de caballos ni animales de ninguna especie, habría mirado el hecho como naturalmente imposible; y, sin embargo, los viajeros que andan por los caminos de hierro, saben muy bien que van llevados con aquella velocidad por medio de agentes puramente naturales. ¿Quién sabe lo que se descubrirá en los tiempos futuros, y el aspecto que presentará el mundo de aquí diez siglos? Seamos enhorabuena cautos en creer la existencia de fenómenos extraños, y no nos abandonemos con demasiada ligereza á sueños de oro; pero guardémosnos de calificar de naturalmente imposible lo que un descubrimiento pudiera mostrar muy realizable: no demos livianamente fe á exageradas esperanzas de cambios inconcebibles, pero no las tachemos de delirios y absurdos.

Ramón Martí d'Eixalá

Cursó la carrera de Leyes en la Universidad de Cervera, obteniendo el título de bachiller y el grado de licenciado en Jurisprudencia, el año 1830.

En 18235, se encargó de la cátedra de Ideología establecida por la Real Academia de Ciencias Naturales, siendo la primera vez que se explicaba metódicamente en Cataluña esta rama de la filosofía.

En 1837 se encargó de la cátedra de Derecho público civil y criminal español en la Universidad de Barcelona.

Redactó las notas que figuran en las Partidas 5.ª y 6.ª de las de D. Alfonso el Sabio y fueron publicadas en Barcelona en 1842 y 1843.

Dedicó lo mejor de su vida á estudios filosóficos.

Murió en Madrid en 1857.

Véase sobre la significación filosófica de Martí d'Eixalá, el juicio de Menéndez Pelayo incluido en el de Francisco Javier Llorens, que sigue á éste.

Bibliografía

Discurso leído en la apertura de Universidad de Barcelona, 1837.—*Discursos sobre las reglas de observación aplicadas á los hechos que forman el patrimonio de la historia, al objeto de fundarla sobre sus bases esenciales, 1837.*—

Juicio de la obra de Mr. Guizot, titulada Historia de la Civilización, 1839.—Leyes de que depende la suerte de las mujeres en los primeros grados de la civilización de los pueblos, 1842.—Curso de filosofía elemental.—Manual de la historia de la Filosofía, 1842.—Consideraciones filosóficas sobre la impresión de lo sublime, 1845.—Oración inaugural del curso 1849 50.—Estudio sobre la inteligencia de los animales, singularmente de los mamíferos, 1856.—Instituciones de Derecho Mercantil en España, 1848.

Del origen de las facultades intelectuales *

El único medio, dice Platón en el primer Alcibiades, de conocer bien la naturaleza de las facultades, es estudiarlas en los efectos que producen. A tan juicioso concepto añadiría yo, que fuera de los efectos, ninguna idea más recta de lo que se llama facultad, y que este nombre no significa otra cosa en el fondo, que una causa oculta de un hecho conocido, al paso que para el mayor número equivale á un ente encargado de la producción del efecto.

El hombre no ve otra cosa que su propio pensamiento; todo se reduce para él á tener conciencia de algo, á tener ideas. Mientras el hombre las considera más ó menos en concreto, los hechos que bajo este aspecto le presentan, los mira como propiedades ó facultades de seres distintos; coloca, por decirlo así, á cada idea en el punto del universo de donde cree ha partido, y de ahí resulta, que el todo de la idea que tiene de sí mismo, se compone de los sucesos más notables en que ha tenido parte, de los miembros que le sirven y de la fisonomía que el agua le refleja. Este es el que se llama por algunos *estado de espontaneidad*, pero que mejor se llamará *estado de lo concreto*. Así que subiendo de generalización en generalización, se llega hasta considerar las ideas del modo más abstracto, esto es, atendiendo solo á las circunstancias más generales que presentan, ya se miran aquéllas como hechos propios, y nos hallamos entonces en el estado conocido con el nombre de *reflexivo*, en el cual la idea del *yo* ó de la propia persona, se despoja de la condición material. Aún en un mismo individuo es fácil observar estos dos estados en diferentes épocas.

Tenemos un ejemplo: Veo en mi infancia un rayo que cae en un buque y lo incendia; recuerdo más tarde este espectáculo, y lo comparo con otro parecido, que se me ofrece en un combate naval. En todo esto para mí no hay más que ideas ó actos de los cuales tengo conciencia; sin embargo me guardo muy bien de mirar al rayo, á los incendios, cuando los veo, cuando los recuerdo y cuando los comparo, como fenómenos ó propiedades de mi persona; al contrario, los revisto del carácter objetivo, los considero como hechos existentes en otros objetos distintos del *yo*, cuya idea ya tengo, pero materializada; empero, cuando paro mi atención en lo que tienen de más general los hechos indicados y otros mil, así que, prescindiendo de las particularidades que presentan los seres y los hechos que llevo observados, me atengo únicamente á las circunstancias de tener conciencia de ellos, de recordarlos, de compararlos, etc.; ya ceso de mirar mis ideas, estos hechos generales, como pertenecientes á otro ser; los considero al contrario como propiedades mías.

Se llaman *facultades* los hechos referidos,

por la misma razón que decimos tener la facultad de respirar, la de movernos, después que, habiendo ejercido muchas veces estos actos, esperamos se ejercerán libremente en lo sucesivo. En efecto, después de haber observado el hecho de sentir, el de percibir los recuerdos y demás de esta clase, se origina naturalmente la creencia de que se repetirán en lo sucesivo, con tal que concurren las circunstancias que hemos advertido preexistentes ó coexistentes con cada uno de ellos. Una vez ha nacido la esperanza ó creencia de la repetición de tales hechos, ú otros relativos á nuestra persona, lejos de pararnos aquí, queremos subir á la causa: ahora, la serie de hechos ó actos de cada especie es indefinida, de lo que proviene que se imaginan causas constantes, cuyos efectos son posibles en todo el tiempo de nuestra existencia, aunque no se manifiesten todas en todos los momentos; y tales causas son las que se designan ora con el nombre de *fuerzas*, ora con el de *poderes*, ora, en fin, con el de *facultades*; y el conjunto de las mismas constituye lo que se llama *entendimiento humano*.

Del origen de los sentimientos

Hay un género de ideas ó actos de conciencia que no proviene, á lo menos inmediatamente, de la acción de cuerpo alguno sobre los órganos de los sentidos, ni, generalmente hablando, de comparación que les preceda, y que tampoco sean producto de abstracción ni de composición: ideas á las cuales siempre acompaña el placer ó el do-

lor, pero sin referirse á parte alguna del cuerpo, y por esta causa las llaman algunos sensaciones no localizadas. Adoptando la denominación común las llamaremos sentimientos morales, y simplemente sentimiento á la facultad ó hecho de tenerlas. Por lo dicho ya se concibe que el análisis de esta facultad nos dará poco menos que resultado negativo.

Desde luego se observa que la causa determinante ó formal de los diferentes actos del sentimiento, es una idea ya actual, ya recordada, ora simple, ora compuesta; la que considerada en sí, puede muy bien ser indiferente. En las fiestas olímpicas, una simple corona de laurel era, como en otra parte, un objeto que afectaba á la vista, y que tal vez no produciría en este órgano ninguna sensación, ni agradable ni cómoda, pero á semejante sensación seguía instantáneamente otra que el ilustre griego no podía referir á dicho órgano ni á otro alguno; quiero decir el sentimiento de la gloria.

Es fácil observar también que la organización no permanece inactiva, sea cual fuere el acto del sentimiento; casos hay en que todo el sistema físico se concentra, otros en que se dilata: los hay también que vienen acompañados de aclaración, ó disminución del movimiento circulatorio, y los hay, en fin, que se manifiestan por movimientos espasmódicos que en vano se intenta reprimir. Pero ¿tales fenómenos orgánicos son concusas determinantes de los diferentes sentimientos, ó efecto inmediato de los mismos? Este es un problema para cuya solución están llamadas á trabajar de concierto la Ideología y la Fisiología.

F.^{co} Javier Llorens y Barba

Del desarrollo del pensamiento filosófico

(Discurso de 1854)

(En los primeros párrafos del Discurso reconocese el incontestable valor del elemento histórico en la filosofía. Sigue el estudio del pensamiento filosófico como producto étnico ó nacional.)

Si atraídos por la variedad que en su fisonomía cada uno de estos pueblos presenta, ahondamos en su vida íntima, examinando el genio de su lengua, familiarizándonos con sus costumbres, inquiriendo sus opiniones, descifrando el sentido de su religión é investigando la naturaleza de sus instituciones políticas y civiles; si estudiamos sus monumentos literarios, y ponemos los ojos en sus creaciones artísticas, ¿cómo negarnos á reconocer un fondo de ideas elaboradas paulatinamente por la nación entera, hijas de un espíritu común que estampa un sello en todas sus producciones ¿Como no admitir la existencia de un espíritu nacional, debido á las condiciones históricas de cada pueblo, que viviendo al través de los tiempos y recogiendo la flor de la actividad de cada una de las generaciones, apartados los efímeros productos de pasiones pasajeras, concreta las ideas, cobija los grandes sentimientos nacionales y determina y mantiene los rasgos de su fisionomía moral?... Las luchas que sostiene con los elementos que se oponen á su libre desenvolvimiento dan testimonio de su fuerza, no menos que las obras que su energía natural no contrariada, produce. Unas veces vémosle

Nació en Villafranca el 23 de Octubre de 1820. Cursó las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras, siendo catedrático de esta Facultad en la Universidad literaria de Barcelona.

Consagrándose luego al estudio y al buen desempeño de su cátedra.

En Mayo de 1859, leyó en la Real Academia de Buenas Letras de nuestra ciudad, una notable Memoria acerca de la filosofía del malogrado D. R. Martí de Eixelá. En 1854 pronunció el *Discurso inaugural de curso en la Universidad*, documento considerado como de gran valor y del cual damos un extracto. Son apreciables sus apuntes de curso.

Murió el 23 de Abril de 1872.

De él dijo Menéndez y Pelayo: «Su labor pedagógica quedó como la de Sócrates, archivada, no en libros sino en espíritus humanos. Ninguna obra impresa lleva su nombre, pero nadie influyó tanto como él en la educación filosófica de Cataluña, y cuantos penetraron en su intimidad le aclaman maestro del recto pensar y del recto vivir, porque fué filósofo práctico, en quien guardaron perfecta consonancia las obras y la doctrina. Así como Martí de Eixelá representa el primer momento de la escuela escocesa en Cataluña, el tránsito de la ideología á la psicología espiritualista, de Locke á Reid; así Llorens personifica el segundo momento, la evolución de la filosofía del sentido común modificada ya por la crítica de Kant, la comprensión total de la doctrina hamiltoniana de la conciencia; los nuevos rumbos de la psicología experimental y de los estudios lógicos; y como alma de todo esto, una velada y modesta aspiración metafísica, que no cristalizó nunca en forma cerrada, pero que fué por lo mismo eficazísima como estímulo de pensamiento y germen de libre educación, en espíritus más diversos.»

* Filosofía Elemental. — 1845 1.ª parte, Ideología.

repeler lejos de sí el principio exótico que una mano violenta había introducido en su seno; otras despliegan su vigor asimilándose elementos afines que encuentra al paso, con las cuales se ensancha y robustece; pero también en ocasiones viene á morir á los rudos golpes de un brazo poderoso; ó parece lentamente como árbol corpulento al cual han gastado el jugo las plantas parásitas que abrazaban su tronco... Si las grandes literaturas ofrecen un carácter nacional á todas luces manifiesto, tanto en las obras en que toma parte el pueblo como en las que son debidas á uno ó á pocos privilegiados intérpretes de los comunes sentimientos, también el pensamiento filosófico adquiere un aspecto indígena y forma parte del patrimonio intelectual de cada pueblo.

Distínguese de los demás este pensamiento, no solo por su tendencia á remontarse á lo más general y elevado, sino también por su aspiración á abarcar la universalidad de los seres y ahondar en la naturaleza íntima de cada ser. El encadenamiento de sus partes, la propensión á una forma científica vasta y rigurosa, la claridad con que se nos descubre la ley que ha presidido á su formación, y finalmente el aire de independencia con que se nos presenta, no permiten confundirle con ningún otro producto del espíritu humano. Su aparición es siempre un fenómeno importante en la vida de las naciones y señala uno de los períodos más notables del movimiento intelectual de las mismas: período que todas ellas más ó menos tarde llegan á alcanzar, según fuesen sus disposiciones naturales y según la riqueza contenida en el fondo de sus tradiciones, y según las favorezcan ó contraríen las circunstancias exteriores. Y como semejante pensamiento no es invención debida á un lance de fortuna, sino obra regular y ordenada de la energía intelectual de cada pueblo, de aquí es que viene naturalmente á formar parte de aquel organismo invisible que, existiendo en el seno de cada nación, es el fundamento de su individualidad.

Mirado bajo este punto de vista el pensamiento filosófico no trae necesariamente consigo una renovación total de la vida de los pueblos, ni el consiguiente abandono de las creencias, hábito y opiniones que la serie de los tiempos ha ido engendrando, antes bien se enlaza con todos esos productos del espíritu nacional, aspirando tan solo á darles la confirmación de su autoridad. Porque el pensamiento filosófico no es un nuevo elemento de la conciencia humana, sino una forma especial que el contenido de la conciencia va tomando: por manera que la masa de ideas elaboradas por cada pueblo debe ser la materia sobre la cual se ejercite la actividad filosófica... Confírmase este modo de ser si atendemos á que el pensamiento filosófico se nos presenta siempre como fruto tardío de la cultura intelectual de individuos y naciones. No ha sido él ciertamente el que ha presidido á la educación de los pueblos... Hijo de la reflexión, mal pudiera hacer cuando embargado el espíritu del poderoso sentimiento que excitan las grandes tradiciones del mundo primitivo, tiene su fuerza reflexiva en cabal reposo: indócil al yugo de toda autoridad estraña á las que el pensamiento encierra en su seno. ¿Cómo podría contenerse en una edad en que el hombre, necesitado de una guía que no le abandone, todavía no avezado á hacer prueba de las fuerzas del entendimiento, debe reputar por temeraria empresa y aun por acción profana toda mirada escudriñadora de la naturaleza y origen de las cosas?..

Su formación es gradual, y como todos los fenómenos que se presentan en la vida de los pueblos, su aparición se halla preparada por trabajos anteriores.

Describense sus primeros lineamientos cuando la literatura, pasada aquella época en que llevada de un movimiento intuitivos florecía ignorándose á sí misma, entró en un período en que va dominando más y más la reflexión. Dentro de este período se intentan los primeros ensayos científicos y se van reconociendo los principios, por los cuales la vida práctica se gobierna.

Sobre el eclecticismo.—Pero si la doctrina ofrece una simpatía con el espíritu que le ha penetrado, no una simpatía ligeramente excitada con la razón afectiva del alma, sino descubierta con fuerza del trabajo que en su compensación ha empleado, conviértela entonces en substancia propia, y cobrando virtud con el nuevo principio que ha recibido en su seno lánzase animosamente por el camino de la investigación. Donde quiera pues, que encontremos el pensamiento filosófico digno de este nombre, allí reconoceremos siempre el trabajo propio del espíritu nacional. De esta suerte es como el cultivo de la filosofía se hace una tarea provechosa para el pueblo que la ejecuta: y de esta suerte también cada uno de los pueblos que en tal trabajo se emplean, así los que sobresalen por la profundidad y extensión de sus teorías, como los que la mantienen á corta distancia de los datos del sentido común, dan su contingente á la civilización del género humano.

La orientación.—Si el hecho que he procurado poner de manifiesto tiene algún valor, es evidente que nos será dado excusar el trabajo propio, cualquiera que fuese la opinión que tuviéremos acerca de nuestro estado intelectual comparado con el de las naciones más cultas. Transplantar á nuestro suelo un sistema de filosofía exótico traería por de pronto la abdicación más cabal de la libertad del pensamiento propio. El cotejo de los diferentes sistemas filosóficos que se han producido en la Europa moderna, el exámen de la filiación que tienen

con los de la antigüedad, es una tarea cuya necesidad reclama el simple buen sentido, si es que queremos saber de dónde viene y que vale cada una de las ideas que nos vienen de fuera. Mas para tal trabajo no bastaría la fuerza nativa del entendimiento humano sino estuviera robustecida con un poderoso ejercicio en un sentido esencialmente filosófico: lo cual nos lleva como por la mano á adoptar sin reserva la divisa escolástica que promete á la investigación resultados del mayor provecho. El *nosce te ipsum* nos conduce al exámen de nuestra naturaleza, y con esto origina las más altas facultades de la mente y nos allana la crítica de los sistemas.

Por fortuna en todos los tiempos el precepto escolástico ha tenido fieles seguidores, quienes aún cuando no hayan levantado los colosales sistemas que han llenado de admiración pasajera el mundo científico, al menos han contribuido á la elaboración de aquella *philosophia perennis* que el gran Leibnitz vislumbraba al través de todas las escuelas; y en nuestros filósofos, tan importante aunque modesto trabajo ha continuado con fe viva y ajena de pretensiones sistemáticas en la tierna clásica del buen sentido, en la sencilla Escocia. ¿Me será lícito indicar que á la observación psicológica y á la crítica á que esta dá origen podemos fiar la suerte de nuestro desenvolvimiento filosófico? Y al manifestar esta opinión en presencia del ilustre Claustro que me escucha ¿para qué ocultarle que le considero como uno de los más poderosos agentes que han de dar cima á semejante obra? Constituyendo el objeto de su instituto las más importantes ramas del saber humano, reunidas en su seno las diferentes facultades que se dedican á su cultivo, dándose la mano unas á otras, estrechan el vínculo que las une, préstanse un apoyo mutuo y pueden contribuir juntas á la formación de un pensamiento común, pensamiento que una vez organizado de una manera científica no es otra cosa que el pensamiento filosófico.

Manuel Milá y Fontanals

Nació en Villafranca del Panadés el 4 de Mayo de 1818. Murió el 16 de Julio de 1884.

El Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, su discípulo predilecto y heredero de sus papeles literarios resumió su biografía con maravillosa claridad lapidaria:

«Fué doctor en Filosofía y Letras. Catedrático de la Universidad de Barcelona. Varón sabio en las palabras y en las obras maestro ejemplar.

Sus escritos dilataron su fama por el mundo. Su virtud igualó á su ciencia.

Fué poeta, filósofo y crítico en todo eminente.»

Colaboró en *La Civilización* (1842), *El Album Pintoresco* (1842), *La Gaceta de Barcelona* (1847), *El Imparcial*, *Diario de Barcelona* (1854 á 1885), *Revista de Cataluña*, *Revista histórica latina*, *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, *Romania*, *Revue des langues rumaines*, *La Renaixensa* *Lo Gay Saber*, etc.

Primer período de la poesía española, 1836.—*Estudios literarios*, 1838.—*Oración inaugural leída en la apertura de curso de 1845 á 46*.—*Compendio de arte poético*, 1844.—*Manual de historia antigua arreglada*, 1849.—*Manual de Retórica y Poética*, 1848.—*Manual de historia de la Edad Media*, 1849.—*Manual de declamación*, 1849.—*Manual de estética*, 1848.—*Romancerillo catalán*, 1853.—*Principios de estética*, 1857.—*Discurso leído en la sesión pública celebrada en 11 de Noviembre de 1860 por la Academia de Bellas*

Artes de Barcelona.—*De los trovadores en España*, 1861.—*Observaciones sobre la poesía popular, con muestra de romances inéditos*, 1853.—*Oración inaugural del curso de 1865 á 66 en la Universidad de Barcelona*.—*Principios de literatura general*, 1875.—*De la poesía heroico-popular*, 1874.—*Estudios de la lengua castellana*, 1875.—*Ressenya histórica y crítica dels antichs poetes catalans*, 1865.—*Poetas catalanes. Les noves rimades. La codolada*, 1865.—*Estudios sobre la estética tomística*, 1881.—*Principios de literatura general*, 1888.—*La canço del Pros Bernat*, MDCCCLXVII.—*La complanta d'En Guillellem*, 1872.—*Memoria dirigida á establecer el carácter general de la literatura moderna considerándola en sus elementos antiguo, cristiano y germánico*, 1846.—*Memoria relativa á la crítica histórica y filosófica*, 1847.—*Memoria acerca de Don Juan Tenorio ó El Convidado de piedra*, 1850.—*Formación de las lenguas Romanas*, 1853.—*De la lengua y poesía provenzal*, 1861.—*Resumen histórico de la poesía catalana desde sus primeros tiempos hasta la época de Ausias March*, 1863.—*Algunos trozos de exposición y crítica de diversos romances sobre el Cid*, 1865.—*Trabajo crítico sobre el renacimiento de la literatura provenzal*, 1868.—*Memoria sobre el primitivo canto épico francés*, 1871.—*Revista de la literatura española contemporánea durante los años 1860 á 63-1873; y otros opúsculos varios.*

Estética objetiva

*De los objetos intelectuales **

Vuestra facultad superior que es el entendimiento, no sólo engendra la ciencia, sino que además interviene en el reconocimiento de toda belleza, incluso la física, pues descubre la unidad del conjunto y la regularidad y correspondencia de las partes (1).

Mas hay también conceptos intelectuales, *verdades luminosas y fecundas* que, trasladándonos á veces á un mundo superior, despiertan vivamente nuestro sentimiento estético. Tales son la divina definición de la Soberana Substancia: *Ego sum qui sum*, ó la sublime sentencia: «Dios lo hizo todo con peso, número y medida».

Observamos muchas veces que con los conceptos intelectuales que producen efecto estético va unido un *principio afectivo*. Así cuando el entendimiento nos instruye acerca de la infinita perfección de Dios, no nos desprendemos del sentimiento de profunda veneración ni de filial afecto. Así también cuando, refiriéndose á los objetos físicos, nos da, por ejemplo, la ley que rige el movimiento de los planetas al sentir un placer estético por la Sabiduría y el Poder del Autor de la misma (2).

Vemos otras veces que al concepto intelectual se asocia una *imagen* que contribuye á su efecto estético, no precisamente porque nos dé un placer sensual, sino porque nos es más habitual y más fácil en el estado presente ver y concebir la existencia y la vida unidas á las formas sensibles. Así se representan á menudo la Omnipotencia, la Providencia, la Bondad de Dios por medio de metáforas y de imágenes (3).

También al considerar las leyes á que están sujetos los seres del mundo físico podemos unir una representación sensible á su concepto intelectual (4).

Hemos procurado mantenernos en cuanto es posible fuera del terreno del arte. En esto hallaríamos continuos ejemplos de conceptos intelectuales unidos á un principio afectivo y á representaciones visibles (5).

(*) *Estética. Principios de literatura general. Cap. III.*

(1) En ciertos objetos resaltan más las cualidades apreciadas por el entendimiento. En un cuerpo simplemente cilíndrico sólo la igualdad de color, la pulidez y el brillo de la superficie pueden unirse á la figura para darle un atractivo estético. La misma figura dibujada en un encerado conserva todavía algún valor de la misma clase, por la visible correspondencia de líneas. Por fin, la definición que da el geómetra de los cuerpos cilíndricos es ya un objeto puramente matemático que nada tiene de estético.

(2) Hasta ideas generales como las manifestadas por las palabras: virtud, sabiduría, amor, esperanza, castigo, etcétera, tienen en ciertos casos para nuestro sentimiento un valor que contribuye al efecto estético de la sentencia de que forman parte; no menos que el tono, ya firme y sereno, ya insinuante y amistoso, ya conminativo y severo con que puede enunciarse.

(3) De ello nos da frecuentes é incomparables ejemplos la poesía sagrada. Recuérdese, entre muchos otros, el salmo CIII (traducción de L. de León: *Alaba, oh alma á Dios. Señor, tu alteza...*)

(4) Podemos v. gr. representarnos más ó menos vagamente los planetas puestos en movimiento. De esta manera se explican algunos de los efectos estéticos que á las ciencias se atribuyen: cuando éstas nos hablan, por ejemplo, de antiguos hechos geológicos, al mismo tiempo que exponen leyes generales, promueven representaciones más ó menos confusas de catástrofes de la naturaleza.

(5) Podemos citar desde luego los refranes, que á veces reúnen á un pensamiento general diferentes elementos estéticos, por ejemplo, el siguiente: «A canas honradas no hay puertas cerradas», donde (prescindiendo del atractivo de la forma métrica) hallamos un pensamiento verdadero, un sentimiento noble y una imagen feliz.

Sirvan también de ejemplo, las diferentes imágenes y metáforas con que expresa Horacio la necesidad de la muerte. A veces se observan en la poesía (y también, aunque en menor grado, en otras artes) representaciones sensibles de conceptos intelectuales, ya no como quiera, sino del orden científico. En algunos bellos pasos de poetas que fueron á la vez sabios, se halla la luz de la meditación científica reflejada en una región

Estética subjetiva

Del hombre como espectador de la belleza real

Si bien las cualidades que constituyen la belleza existen en los objetos y existirían aún cuando nosotros no las percibiésemos, las reconocemos con el auxilio de nuestras facultades; serían bellos aunque no nos lo parecieran, pero son bellos de manera que nos lo parezcan. Después de haber hablado de las cualidades estéticas, consideradas en el objeto, prescindiendo cuanto es posible, de nuestro modo de ver, hemos de considerar al hombre como espectador de las bellezas naturales.

Cuando percibimos un objeto bello se efectúan en nosotros un *juicio* y un *sentimiento*. No puede nacer el sentimiento sin reconocer la belleza, es decir, sin juzgar que el objeto es bello; ni hay un verdadero juicio actual que no esté acompañado del efecto producido por la belleza en el sentimiento. «Esto es bello» es la expresión del juicio, pero la manera ordinaria de manifestarlo es «¡qué bello!», es decir, el juicio expresado en la forma del sentimiento.

Este juicio es *inmediato* y sumo instructivo. No llevamos una proposición aprendida de antemano que comparemos con las cualidades del objeto, para reconocer si éste es ó no bello: hemos visto cosas que lo son, y al presentárnos el nuevo objeto reconocemos que es uno de tantos. Mas por otra parte, el que forma aquel juicio le da un *valor universal y objetivo*, es decir, afirma que es bello; no únicamente para él, sino para todos, que tiene cualidades que lo hacen bello, que es bello en sí mismo. Esta objetividad del juicio no arguye que el juicio sea exacto; el que afirma que el objeto es bello en sí mismo, puede engañarse. De aquí la posibilidad de que haya juicios que se contradigan, de que lo que éste juzga ser más bello, sea creído por aquél menos bello ó no bello; así como al buscar la causa de un fenómeno de la naturaleza todos los juicios convienen en que hay una causa objetiva, pero pueden disentir en cual sea ésta. Siempre que hay disensión en los juicios (ya sea en materia estética ya en otra), con cuanta mayor seguridad defienda su parecer cada uno de los que juzgan, más claramente mostrará que ha dado á su juicio un valor universal y objetivo.

visible, en un terreno consistente. Así Dante y Milton para manifestar sus ideas se valen á menudo de descripciones, de la pintura, de personajes típicos ó simbólicos, de las acciones y palabras de estos mismos personajes. Nuestro Calderón representaba también sus conceptos intelectuales por medios sensibles, ya fuesen personificaciones alegóricas como en los autos sacramentales, ya con más eficacia estética sucesos dramáticos concretos (como en «La vida es sueño» y «El mágico prodigioso»).

El *placer* producido por la contemplación del objeto bello, es un sentimiento de que es ocasión y no causa la impresión que el objeto ha producido en nuestros sentidos; es un eco que despierta en nuestro ánimo la excelencia del objeto. La diferencia entre el sentimiento de la belleza y el placer de los sentidos, se puede reconocer en el diferente efecto que en nosotros producen la forma de una flor y su perfume. El sentimiento de la belleza es *desinteresado*, por cuanto lo motivan dos cualidades del objeto, y no ventaja alguna personal que pueda traernos (1); es, finalmente, un sentimiento *especial*, análogo á los de aprobación, admiración y amor, pero que no puede confundirse con otro alguno.

Juicios estético y metafísico

Las dos palabras bello y verdadero indican también, cuando menos, una distinción lógica. Por otra parte, *no todos los objetos* reales, es decir, material y positivamente verdaderos, *se nos presentan igualmente bellos*.

Los principios constitutivos de la belleza se hallan en la realidad objetiva. Reconocimiento de esta verdad es el mismo juicio estético que, si bien falible, aspira á la objetividad. Mas como en el acto de apreciar la belleza entran, no menos que las cualidades del objeto, las disposiciones del que aprecia, puede el juicio, sentimiento de lo bello, modificarse, tener de estas disposiciones. Las modificaciones serán de dos maneras: *generales*, las que en mayor ó menor grado, según el estado de su alma de cada uno, *pueden verificarse en todos los hombres*, á efecto de nuestra limitada y caída naturaleza; é *individuales*, es decir, las que *dependen de una disposición especial* de tal ó cual individuo.

Si el hombre viese el conjunto de las cosas y percibiese completamente su jerarquía y ordenación, no existiría divergencia alguna entre el juicio estético y el ético ó el metafísico; pero en el estado presente atiende á menudo á aspectos parciales ó aislados de los mismos objetos. De aquí la posible divergencia entre dichos juicios (2).

(1) La belleza nace de la armonía de los elementos y no de un uso ventajoso para los demás ni para nosotros. Podemos hallar belleza en un objeto cuya ausencia nos sería ventajosa, como en una colina que haga más largo y penoso nuestro viaje.

(2) Estas divergencias son más frecuentes y naturales en el orden metafísico que en el ético; pues con respecto al primero ignoramos hasta donde llega lo existente ó lo posible, al paso que para juzgar de la verdad ética llevamos siempre una medida que es el conocimiento de la ley. Adviértase que al notar estas divergencias, especialmente en lo relativo á los objetos morales, establecemos un hecho, dejando á la ciencia ética la decisión de los casos en que es peligroso u oportuno admitirlo.

Francisco Comellas y Cluet

Nació en Berga (provincia de Barcelona), en 16 de Enero de 1832. Siguió la carrera eclesiástica y se ordenó de presbítero en 1856. Fué después profesor de latín y catedrático de Teología en el Seminario Conciliar de Solsona. Poseía vastos conocimientos en filosofía, teología y filología, siéndole familiares el latín, castellano, francés, italiano, inglés, alemán, hebreo y griego. Fué uno de los discípulos y herederos más significados del espíritu filosófico de Francisco Javier Llorens y Barba.

El primer trabajo que publicó fué una disertación *De Misterio Sanctissim Trinitatis* (1866). En 1869, publicó en Barcelona (Imprenta de Rosal), una traducción del célebre folleto de

Reinaldo Baumtarta «Pensamientos de un protestante sobre la invitación del Papa, á la reconciliación con la Iglesia católica».

Sus trabajos más importantes son los que publicó posteriormente con los títulos de *Demostración de la armonía entre la religión y la ciencia*. (Barcelona. Imp. de A. Verdaguer, 1880; un vol. en 4.º de 374 págs.) y la *Introducción de la filosofía* (1883) que mereció calurosos encomios de la *Revista Católica* de Lovaina y del periódico *L'Union* de París. A ambas obras pertenecen los fragmentos que transcribimos.

Murió siendo beneficiado de la Comunidad de presbíteros de Berga, á la edad de 52 años, el día 25 de Julio de 1884.

Dirección al ideal *

El hombre, dirigiéndose al ideal con sus esfuerzos y con el empleo de los medios convenientes, contribuye á la aproximación al ideal, en parte es causa de este engrandecimiento. Por razón de esta causalidad el hombre se ennoblesce y engrandece, no sólo por el bien que adquiere, sino también por la causalidad misma. Esta de suyo es un bien, ya porque es acción, ya porque envuelve producción y fecundidad. Sobre todo lo es cuando recae sobre el bien, y principalmente sobre un bien elevado, como el ideal ó una aproximación al mismo. Para que haya causalidad respecto de semejantes bienes, no bastan acciones y fecundidad vulgares, sino que son necesarios actos nobles y elevados, y fecundidad poderosa.

El hombre en estado de realidad (ó sea, sin conocer todavía el ideal de ciencia) no posee una mera receptividad respecto de un ideal científico, sino que además tiene verdadera capacidad activa con orden al mismo. En dicho estado el hombre es un sér que aún no tiene la alta perfección acomodada á su naturaleza, pero que posee fuerzas para obrar é irse encaminando á la misma, como también una capacidad pasiva para recibir lo que vaya adquiriendo con sus actos y con el auxilio de los demás. No está condenado perpetuamente á su limitación actual; y la percepción superior que puede poseer, no ha de aguardar á recibirla solamente de otro, sino que con sus esfuerzos ha de cooperar á adquirirla. Tres cosas positivas tiene en medio de su limitación: naturaleza y sér,—capacidad activa—y capacidad pasiva en orden al bien altísimo que es su ideal.

De la aspiración al ideal se deriva el empleo de los medios necesarios para alcanzarlo. Uno de ellos consiste en tener dos grandes afectos. Amor á la verdad, y amor al progreso. A ellos corresponden dos principios prácticos que hemos de seguir en nuestra dirección hacia el ideal.

El primero de estos principios consiste en abrazar la verdad y desechar el error donde quiera que se les encuentre. En otro lugar hablábamos de este principio en los términos siguientes:

«Según es vasto y elevado el ideal de la ciencia, debemos aprovechar todas las ocasiones de adquirirla á fin de irnos acercando al objeto de nuestra aspiración: según es puro todo ideal, debemos evitar cuanto pueda empañar su brillo; para un ideal de verdad debemos evitar toda mezcla de errores. No importa que la verdad la alcancemos por medio del empirismo ó por medio de la especulación; que la hayamos descubierto nosotros ú otros pensadores; que la enseñen los escritores nacionales ó los extranjeros, los antiguos ó los modernos, los que pertenecen á la escuela cuya tendencia predominante seguimos, ó los que pertenecen á una escuela distinta. Como quiera, siempre es la verdad; y la verdad es amable; es digna de ser abrazada y de ser defendida. El sentimiento de amor puro á la verdad debe sofocar en nosotros el espíritu de exclusivismo, los celos y las rivalidades, que sólo sirven para hacer patente nuestra pequeñez actual, y para impedir nuestra futura grandeza. Un hombre por muchos títulos ilustre, una escuela insigne por el número y la valía de sus escritores, el homenaje recibido de parte de muchas generaciones, nada es bastante para legitimar el error.

En llegando que lleguemos á descubrirlo, debemos aborrecerlo y desecharlo; el puro amor á la verdad nos ha de apartar de la negación de la misma, nos ha de alejar del error, cualquiera que sea su forma, cualquiera que sea el manto con que pretenda cubrirse.»

De la aspiración al ideal de la ciencia se deriva el segundo principio práctico, que consiste en aspirar á un progreso científico, en buscar un cuerpo de doctrina más perfecto (en alguna manera) que el de los escritores que nos han precedido. Sobre este particular decíamos lo siguiente en nuestra Demostración de la armonía entre la religión católica y la ciencia (1): «Aunque grandes y sorprendentes los monumentos que nos han dejado nuestros predecesores, son sin embargo, susceptibles de perfección; no contienen aún todo lo que envuelve el ideal á que nosotros aspiramos. Dios no ha dicho á ningún escritor ni á ninguna generación: «tuyos son los tesoros de la ciencia; recógelos á medida de tus deseos; y los que recogieses serán el patrimonio de la humanidad.» Generoso se mostró Dios con los hombres en las edades precedentes, y generoso se muestra con nosotros también, llamando, empujando y asignando á los unos y á los otros para el adelante en los caminos de la ciencia. No en balde, hemos obtenido medios poderosísimos que no tuvieron á mano nuestros predecesores, y de los cuales no tendríamos necesidad, si hubiéramos de contentarnos con aprender y repetir lo que ellos ya supieron. Tenemos medios para penetrar en el seno de la Tierra, para salvar con rapidez distancias enormes, para contemplar los espacios celestes á distancias inconmensurable: con lo cual podemos aumentar el terno de nuestras observaciones, facilitan la inducción, observar y comparar las leyes que rigen y han regido la naturaleza. Poseemos ricos tesoros de obras literarias, científicas, artísticas, las veneramos de continuo, vamos teniendo mayor facilidad de estudiar estas obras; y así podemos conocer mejor el desarrollo del espíritu humano, y recibir poderosos estímulos para nuevos adelantos. Siendo profundísimo el espíritu, extensísima y riquísima la naturaleza, ¿quién sabe las propiedades, relaciones y armonías que aún podíamos descubrir, si los estudiamos y comparamos con atención profunda

(1) Alvaro Verdeguer, editor.—Barcelona.—1880.

y amor incansable? ¿Quién sabe hasta dónde podremos extender y generalizar nuestros conocimientos, cuántas cosas conocidas por un medio podemos saber por otro, y hasta qué grado de facilidad y claridad podrán llegar los conocimientos adquiridos? A este bien no alcanzado todavía, hemos de volver también nuestros ojos, trabajando infatigablemente para irnos haciendo con él, y alimentando la grata esperanza de que no serían estériles nuestros trabajos, como no lo han sido los de nuestros predecesores.»

Del método.—La aspiración al ideal de la ciencia, induciéndonos al empleo de los medios mecánicos para alcanzarlo, no sólo ha de llevarnos á la adopción de los principios prácticos que dejamos expuestos, sino también al empleo del método exigido por aquel fin. Este método ha de comprender tres momentos: empírico el primero, abstractivo el segundo y deductivo el tercero.

«Observamos por medio de ciertos sentidos, percibiendo diversos objetos: abstraemos, prescindiendo de alguna determinación, y produciendo un concepto que expresa lo general; por fin deducimos, aplicando algún principio general á los hechos empíricos, y viendo en ellos lo que no viéramos sin el auxilio de los principios. En el primer momento alcanzamos el objeto en su conjunto; en el segundo lo consideramos bajo un aspecto no más, y en el tercero empleamos los otros dos juntamente para descubrir alguna propiedad ó condición del hecho experimental: el primero es sintético, el segundo analítico y el tercero una unión de los dos. De ahí viene que se les puede designar con los nombres tésis, antitésis y síntesis, y que resulte una ley triádica en el procedimiento científico.

Estos momentos guardan el orden en que acabamos de presentarlos. No se hace la abstracción sin preceder el empirismo, ni tiene lugar la deducción sin haber precedido los otros dos momentos. Dada la impotencia del hombre para percibir toda la realidad, debe buscar un medio que le haga poderoso para conocer ciertas realidades que no están en el dominio de su percepción. Este medio son los principios metafísicos á la luz de los cuales descubre en los hechos empíricos alguna condición que lleva al conocimiento de nuevas realidades, á la producción de verdades no percibidas.

Francisco Pi y Margall

Nació en Barcelona el año 1824. Los primeros estudios en que desarrolló sus facultades de crítico y pensador, fueron Historia y crítica artística y arqueológica.

Emprendió la obra *Recuerdos y bellezas de España*, y descubrió sus ideas filosóficas, políticas y religiosas en el primer tomo, único publicado, de la *Historia de la Pintura en España* y en los *Estudios sobre la Edad Media*, que fueron muy combatidos.

Alternó estos trabajos con obras de erudición literaria, coleccionando y prologando las *Obras del P. Mariana* en la Biblioteca Rivadeneyra, con su labor periodística, primero enciclopédica y después preferentemente política. En 1854 dió á luz *La Reacción y la Revolución*, obra en la cual esboza un sistema filosófico de ciencia panteísta é inspirado en las doctrinas de Augusto Comte, base también, según los biógrafos, de su sistema federal que, reforzado por las doctrinas de Proudhon, que divulgó Pi en España con la traducción de *El*

principio federativo, fué adoptado por parte del partido republicano. Empezó su actuación política en las Cortes constituyentes de 1869. Fué Ministro de la Gobernación con el primer gobierno republicano de 1873, desde 13 de Febrero al 11 de Junio.

Formóse nuevo gobierno en esta fecha, proclamándose la República Federal, y siendo nombrado Pi y Margall presidente. En su programa figuraba el restablecimiento de la disciplina del ejército, la abolición de la esclavitud en Cuba (en el primer periodo había sido abolida la de Puerto Rico), la separación de la Iglesia y del Estado, la suspensión de las garantías constitucionales, la enseñanza gratuita y obligatoria, la concesión de libertades á Ultramar, el establecimiento de jurados mixtos de obreros y fabricantes, la intervención del Estado en el trabajo de los niños y la venta á censo reservativo de los bienes nacionales para auxiliar á las clases obreras. En su presidencia duró hasta el 18 de Julio que, distinguióse por

(*) Introducción de la Filosofía, ó sea doctrina sobre la dirección del ideal en la Ciencia.—1883.—Barcelona.—Subirana.

querer introducir moralidad escrupulosa en los funcionarios públicos, dando él el ejemplo.

Apartado de la política, volvió á ella en 1880, después de publicar en 1876 su obra capital *Las Nacionalidades*, resumen histórico-filosófico de su teoría. Desde aquella fecha alteró su propaganda federal en la prensa y en el Parlamento, con la confección de obras de historia, como la de *América*, la de *España en el siglo XIX*, y muchos folletos y opúsculos de política, historia, crítica literaria y artística, entre las cuales figura como sobresaliente la conferencia en el Ateneo de Madrid en 1893, sobre el *Carácter y fin del Arte*. Murió en 29 Noviembre de 1901, dejando fama de hombre austero y probo, tanto en su vida pública como en su vida privada.

Profesión de fe panteísta *

... He dicho que soy panteísta y voy á explicar por qué: no me propongo ni me atrevo á proponerme más en este libro. Según el mismo Hegel, el contenido real de la filosofía es siempre el mismo: únicamente la diversidad de formas constituye la historia de la filosofía. «Mi sistema, decía, es un verdadero eclecticismo, es la última refundición de las creencias, las doctrinas y el arte de cuarenta siglos. A ellas debo su legitimidad, á ellas su preparación y su desenvolvimiento.» Dejo aparte el exagerado orgullo de Hegel en creerse destinado á cerrar la era revolucionaria de la ciencia; sus aserciones son el fondo ciertas. Así hemos visto la idea panteísta desapareciendo hoy para reaparecer al otro día más precisa y pura; así la historia nos la presenta profundamente grabada en la conciencia de la mayor parte de los pueblos. La zoolatría de los egipcios, la pandolatría de griegos y romanos, el grosero fetiquismo de las naciones bárbaras no son más que especies de panteísmo. La cristiandad toda es panteísta, la misma revolución panteísta. No bien Jesucristo acababa de bajar del era de los templos de Francia, cuando la Francia entera se presta á tributar sus entusiastas homenajes á la *naturaleza* y á la *raza humana*.

Esto debe ya decir algo en favor de la doctrina del panteísmo, sobre todo para los que siguen las opiniones de la escuela histórica. La tradición no es, sin embargo, para mí un prueba. Si está de acuerdo con la razón, la acepto; cuando no, la niego. Mi razón y sólo mi razón, es mi testimonio irrecusable. Consultémosla, sujetémonos á la voz de sus oráculos.—Me aislo del mundo, me concentro y, siento en mí *algo* que se llama espíritu. Este algo piensa. Este algo conoce. Este algo vuela de idea en idea á las más altas regiones de lo abstracto. ¿Quién lo determina á la acción? Tengo cerrados mis sentidos al universo exterior: no serán más mis impresiones. He echado un velo sobre la memoria; no serán más mis recuerdos. Mi voluntad es su esclava: no serán mis voliciones. Lleva en sí mismo su causa, y lo que es más, su objeto. Piensa, por ejemplo, que piensa. Conoce que obra independientemente de todo motivo externo. Se fija en sus propios principios y deduce. Desarrolla sus categorías y reedifica interiormente el mundo. Un sér, me digo, que tiene una actividad propia y la puede ejercer sobre sí mismo, es un sér en sí y para sí, un sujeto—objeto, la reproducción de Dios. Dios mismo. Dios, pues, vive en mí ó yo en Dios: estamos casi confundidos en el mar de la existencia.

¿Se negará acaso la actividad propia de mi

espíritu? El sueño, el sonambulismo, el extásis la acreditan una manera irrefragable. Mi cuerpo duerme, mis ojos no ven, mis oídos no oyen, y oye y ve mi alma. No solamente oye y ve: discurre, resuelve, formula, cruza desconocidos espacios en alas de la fantasía. Sonambulando, pongo apenas en acción todo mi cuerpo, trabajo, escribo y una luz puramente interior me alumbraba en las tinieblas. El mismo sonambulismo, el extásis, rompen los límites de mis facultades materiales. No hay para mí lugar ni tiempo; penetro en la eterna región de lo infinito. Y el extásis es cosa admitida, corta los lazos que nos unen con el mundo; ni el mundo ni la memoria del mundo lo provocan. El sueño y el sonambulismo, no siempre, pero si algunas veces, obran también sobre una esfera de acción completamente metafísica, ó sobre fantasmas que de seguro no tienen por base sensaciones anteriormente recibidas. Aun despiertos; ¡cuán á menudo una idea preocupa fuertemente nuestro espíritu, y el universo para á nuestros ojos sin dejar la más lijera huella! Se nos dirige la palabra y no oímos; miramos y no vemos. En vano pretendemos borrar aquella idea; la idea viene y vuelve, y domina y da forma á las demás ideas, y viste de cierto color hasta los objetos que llegan á impresionar nuestro sentidos.

Pueden indudablemente la voluntad y el mundo determinar la actividad del alma, pero, á no dudarlo, puede también el alma obrar independientemente de la voluntad y el mundo. ¿Se negará ahora que tenga en sí su objeto? A no tenerlo, sería imposible que adquiriese la conciencia de sí misma, que se estudiase, que reconociera sus leyes, las leyes de la razón y del entendimiento. Ni la psicología ni las ciencias morales habrían jamás existido; la moral misma carecería de principio; nosotros como los demás seres, nos moveríamos por la fuerza brutal de los instintos. Observad, por otra parte, que aun cuando el alma se fija en el mundo, á fin de conocer la verdadera naturaleza de las cosas, elabora dentro de sí los datos sensibles que presentan, los sujeta á sus ideas categóricas, las transforma por medio del pensamiento, las da una vida distinta de la fenomenal que antes tenían. En el mundo no se ve más que á sí misma objetivada, y busca sin cesar en sí la idea á que corresponde cada sér, la idea general, la idea arquetipa. No desdeña los hechos, pero no se contenta con los hechos; va siempre más allá de la experiencia.

Nuestra razón es esencialmente progresiva; sobre este punto no creo que la historia deje lugar á duda. Ved como de día en día aspiramos á derivarlo todo de esa razón misma, es decir, á tomarla exclusivamente por campo de nuestras investigaciones, aun las que por naturaleza son más objetivas.

Falta ya sólo legitimar las consecuencias; ¿habrá verdaderamente alguien que, admitidas las premisas las rechace? He probado en otro capítulo que la ciencia, el derecho, Dios, el mundo, están en el fondo de mi espíritu; acabo de probar ahora que mi espíritu tiene una actividad propia y lleva en sí su objeto ¿qué puede ser Dios sino este mismo espíritu? Dios, se me contesta, es infinito, el hombre finito; Dios no es, pues, el hombre. No se advierte que, aún siendo el hombre finito, cabe que sea Dios, porque cabe que sea una determinación de lo infinito. No se advierte que lo infinito y lo finito lejos de ser contradictorios se implican y se contienen mutuamente. No se advierte que, como lo infinito tiende necesariamente á limitarse, tiende la finito á universalizarse y absorberse en lo infinito. No se advierte que la especie humana trabaje sin tregua por realizar en el mundo esa esperanza que han despertado en

ella para una vida futura todos los reveladores y profetas. No; no vacilo en repetirlo: el hombre está en Dios, Dios en el hombre.

Son aún una sola sustancia Dios y el universo. ¿Cuál es, sino, la creencia de mi espíritu? Quitadle la *idea* y el espíritu es la nada. La idea es, pues, su ciencia. Buscad ahora cual es la ciencia del universo, y hallaréis que es aún la idea misma. Todo muere en el mundo; pero observarlo atentamente, mueren los individuos, las especies quedan. Si desaparecen las especies puedan aún los géneros. ¿Qué es la especie respecto del individuo, el género respecto de la especie? La idea es el *momento* superior inmediato, la idea determinada un grado; la idea, que los contiene como el germen de una planta contiene hojas, flor y fruto (1).

Estudiadla bien y la reconoceréis idéntica en todos y cada uno de los individuos: ¿reconoceréis idénticas las formas? Son las formas los contingentes; la idea, la ciencia de las cosas. Y pues es una la ciencia del universo y del espíritu, y está probado que el espíritu es Dios, Dios ha de ser el universo.

Estas consideraciones son á mis ojos poderosas; pero hay otras que me imponen el panteísmo. Examinó los conceptos de inmensidad y espacio, eternidad y tiempo, constancia y atributo, efecto y causa, y observo que el uno sin el otro no son más que fantasmas. No pretendo concebir lo inmenso ni lo eterno sin que voluntariamente los limite, ni el espacio ni el tiempo, que no los refiera á un algo ilimitado. Un efecto sin causa, un atributo sin substancia ¿quién podrá siquiera suponerlos? Una causa sin efecto, una substancia sin atributos, no son, por cierto, más reales para nuestro entendimiento.

Una extensión menor, como una duración menor, suponen siempre otra mayor: si recuerdo, pues, la escala de todas las duraciones y extensiones, ha de ir á caer forzosamente en la idea de lo inmenso y de lo eterno. ¿Que es luego para mí lo eterno? ¿qué lo inmenso? El continente de toda extensión y duración posibles. O yo, por lo tanto, no los concibo, ó los concibo con relación al tiempo y al espacio.—Que estudie, por otra parte, la historia, que la naturaleza, que lo que pasa en el fondo de mí mismo, yo no veo hechos que no vea al instante derivados de una causa. Si no la conozco, la supongo. ¿Qué es luego, para mí, la causa, si no el origen de la naturaleza, la explicación de todos estos hechos? Quiero remontarme á la causa de las causas, y no puedo, sin abrazar mentalmente todas los fenómenos, ó, lo que es lo mismo, todos los efectos. Las ideas de efecto y causa, por consiguiente, son también irreparables.—Sucede otro tanto y más con el atributo y la sustancia; no creo necesario demostrarlo.

Fundid en uno lo infinito y lo finito, abrazad á Dios en el conjunto de esas determinaciones, concebible con toda la generalidad y la pureza de la idea en que se ha desenvuelto el universo; y si os sentís inclinados á doblar las rodilla ante lo invisible y lo absoluto, la doblaréis ante el ESPÍRITU, ante ese espíritu que se desprende del seno de la eternidad por la escala del tiempo, recorre en alas de la inmensidad el espacio, se derrama por el mundo con sus torres de atributos, y produce miríadas de seres sin destruirse como causa; ante ese espíri-

(1) Esta idea parece la misma que he combatido en Hegel. No lo es sin embargo. Lo general y lo particular son relativos. A mi modo de ver, como lo particular no puede destruir la realidad de lo general, lo general no puede destruir la realidad del individuo. Hegel cree lo contrario. Así de Hegel acepto el principio, no las consecuencias, que no creo legítimas.

(*) Capítulo de los *Estudios sobre la edad media*, publicados en la «Biblioteca Universal.»

tu que sólo en el hombre se siente y se conoce, sólo con el hombre lucha por vencer lo finito,

que le oprime, y por depurarse é identificarse con la eterna idea.

José Soler y Miquel

José Soler y Miquel nació en las Borjes Blanques de Urgell en Julio de 1861. Hizo sus estudios en Reus y Barcelona, doctorándose en Derecho en Madrid. Fué discípulo predilecto de Giner de los Ríos, á quien él siempre veneró como maestro, y que efectivamente dejó sello indeleble en su educación espiritual. Después residió habitualmente en Barcelona, dedicándose al ejercicio de la abogacía, pero atraído y dominado siempre por las cosas del alma, de las cuales gustaba hablar y lo hacía con gran fervor. No era escritor en el sentido estricto de la palabra, pero en los últimos tres ó cuatro años de su vida escribió con alguna continuidad para los diarios, la mayor parte de cuyos artículos son los que forman el volumen *Escritos* publicado por sus amigos después de su muerte.

Además de este libro, cuya publicación parece que él ya tenía casi preparada, con el título de *Con alma y vida*, dejó una traducción catalana del *Poema del Rose* de Mistral. Murió Soler y Miquel en Barcelona el 21 de Mayo de 1897 á los treinta y cinco años. Juan Maragall en el prólogo del volumen de *Escritos* y en un artículo del *Diario de Barcelona*, confiesa la influencia que recibió de Soler y Miquel, y en la nota biográfica que encabeza el libro, se le reconoce como maestro y formador de espíritus, mérito que reside evidentemente más en su vida que en sus escritos.

He aquí lo que dice Maragall en el prólogo citado: «la reacción espiritualista que ha sucedido á la corriente del naturalismo positivista, encontró en pleno nacimiento el alma de José Soler y la hizo suya. Es decir, ya era suya; porque pocos habrá que sean tan hombres de su tiempo como nuestro amigo lo era por la firmeza de su orientación hacia un misterioso pero inmutable polo del espíritu, por su casi místico sentimiento de la naturaleza, ... por su maravillosa penetración en las entrañas de las cosas y su impresionabilidad á las sugerencias de lo eterno que brotan de ellas.»

Decadentismo *

Andamos alrededor de varias manifestaciones de arte, que instintivamente llamamos *decadentes*. Manifestaciones simplicistas y penetrantes, de un momento ó aspecto fugitivo de las cosas, pero con una tal fuerza aprensiva y retentiva, que nos ponen estáticos, nos compenetran y dominan. A través de ellas adivinamos todo el sentido y la fuerza de la vida armónicamente realizada, espontáneamente desenvuelta. De una vida delicada, de una vida muy sensible, pero espiritual y fuerte. Y comprendemos, aspiramos, un despertamiento interior que se produce; y el vago espacio, el vacío fecundable y poblable, espera nuevas bellezas.

Nuestra sensibilidad se afina; la mariposa humana revolotea, anhelante, voraz y llena

de presentimiento; se para y contempla; se recoge y medita; medita y no *concluye*; dormita y sueña.

Tiene algo de infantil y delicado, una ternura que fácilmente se descompone y adultera; pero se vigoriza, se recobra y serena; y se *sienta* y atisba despierta, confiada y tranquila. *Spiritus in terra resurgens*.

De la vulgaridad naturalista, de la verbosidad convencional y hueca, formada y fría, ya reniega el alma, que desea la invención *imaginaria* viviente, la palabra que enuncia ser sincera.

Nuevo misticismo

Fermentum, lux aeterna

Entre los movimientos del alma moderna, agitada y convulsa en muchas de sus manifestaciones con síntomas que parecen de descomposición y agotamiento, ninguno tan interesante, tan hondo y hermoso, como el de una especie de despertamiento á nueva vida á la vez más reconcentrada y efusiva, más intensa y ardiente; con aspiraciones y como sintiéndose proveniente de impulsos, trascendentes á más amplias esferas que las que distinta y claramente precisan el horizonte sensible y aún el racional; movimiento que, calificado ya por algunos de neo-misticismo, se acusa en distintos órdenes de la actividad humana, pero más bien y todavía en destellos de más ó menos frecuencia y mayor ó menor intensidad y aseración, que dando carácter á toda una conducta é informando una vida, bien que latente en el fondo ó en lo íntimo de todas las grandes vibraciones de ideas ó sentimientos modernos.

Misticismo renaciente de la duda resuelta en negación, no tiene polo ni centro fijo de atracción á que se dirija la «llama de amor viva», bien que experimente una honda é irresistible necesidad de dárselo; y en una especie de consideración religiosa de toda realidad viviente, se disemina y derrama por las criaturas, en un pietismo que se exhiba en la contemplación de los humildes y sencillos, de los simples y presos, de los que en aparente insignificancia, por la firme serenidad con que realizan amplia, noble y generalmente su existencia, ofrecen como testimonio del cumplimiento de una misión en relación con una universal armonía, que infunde ánimo para realizar naturalmente y sin esfuerzo, acciones que pueden ser heroicos sacrificios, acometidos no por estímulos exteriores, sino por los de callada y discreta satisfacción de una tendencia irresistible, generalmente moral ó ética por excelencia, aunque á veces de difícil calificación para concepciones estadizas de la idea de sanción de los actos humanos.

ra. Sancionada en los Juegos Florales de 1902 la fama de poeta excelentísimo con que toda Cataluña le aclamaba, fué nombrado Mestre en Gay Saber.

Publicó los siguientes libros de poesías: *Visions y Càntics, Poesies, Les disperses, Enllà Sequencies* y además las traducciones de Goethe: *Ifigenia a Taurida, Eridon y Amina, La Marguerideta, Pensaments de Goethe*; de Novallis: *Enrich d'Ofterdingen*; tradujo odas de Pindaro y otros clásicos griegas, inéditas muchas de ellas todavía. Sus trabajos en prosa los forman, el volumen de *Artículos* que en homenaje se editó en 1904, los dispersos no coleccionados aún, la segunda serie del *Diario de Barcelona* de Julio á Noviembre 1911, la famosa conferencia del Ateneo, *Elogi de la Paraula*, que es su obra maestra, el *Elogi de la Poesia* y algún folleto como *De les reials jornades*. Murió en 20 de Diciembre de 1911. No solo como «el más grande lírico de España», como D. Miguel de Unamuno le ha proclamado hemos de venerarle, sino como á un pensador que viste sus investigaciones y sus contemplaciones, en las cuales se esboza una personal metafísica, con el más exquisito sentimiento.

Algunas de sus poesías, como el *Cant espiritual*, tienen un alto valor filosófico, y no menos importante es la posición especulativa de los dos trabajos en prosa que aquí reproducimos, y que cierran muy dignamente nuestro esbozo de antología de pensadores catalanes.

Del Amor y del Dolor como leyes de vida *

Yo me figuro que Dios, principio y fin de todas las cosas, revelóse asimismo por ellas, creándolas con esfuerzo á través del caos, que se resiste á la creación. Este es el misterio del mal, ligado al de la creación misma.

En este esfuerzo creador para la revelación, el hombre representa todo el estado de conciencia divina que la tierra ha logrado en él; es la Naturaleza sintiéndose de su retorno á Dios Padre.

Dijo Jesús: «He salido del Padre y he venido al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre.» En estas palabras encuentro yo todo el ciclo de la vida, ó sea, Dios buscándose á sí mismo con amor y dolor á través del mundo, desde el esfuerzo para nacer la hierbecita más humilde, hasta el misterio sublime de la Redención por la Pasión y Muerte.

Por esto veo en el amor y en el dolor, la ley de la vida. Ved como el amor es un deseo de confusión por instinto de unidad y eternidad. Porque proviniendo las cosas diversas de la unidad divina, confusamente se acuerdan y tienden á restablecerse, y así van buscándose unas á otras, y según las misteriosas afinidades de su naturaleza, pugnan por confundirse é identificarse. Y la vida universal es esta busca y este esfuerzo, y por esto es toda movimiento y acción. *Es l'amor che muove il sole e l'altre stelle* y que se manifiesta acercándose las unas cosas de las otras, abrazándose y besándose para comunicarse su aliento de vida y procurando hacerse unas en todo lo que consiente su naturaleza terrenal; y el grado mayor que está compuesto de unidad y eternidad es la generación (Platón lo dice), por la cual dos seres diversos se hacen uno en el nuevo individuo generado, y en él prolongan la existencia transmitiéndole su anhelo mismo, que así se va perpetuando de generación en generación, lográndose á través de ellas una especie de eternidad terrenal.

* Del volumen de *Escritos*, 1898.

* Caps. I y II del *Elogi de la Poesia*.

Juan Maragall

Nació en Barcelona el año 1860. Estudió leyes en esta Universidad, y entrando en las tareas literarias, que han ocupado toda su vida, ejerció de secretario de D. Juan Mañé y Fla-

quer. Su obra poética alternaba con su labor periodística, que compartía entre el *Diario de Barcelona* y *La Veu de Catalunya*, colaborando además en algunas revistas como *La Lectu-*

Así, el amor sexual que forma la imagen más semejante de unidad y eternidad, es el amor tipo en la tierra; y cuando se dice solamente amor, se entiende éste, y entonces los demás se le asemejan, y en sus transportes buscan la comparación y encuentran la expresión de sus propias ansias. Así vemos que hasta el supremo amor de los místicos, expresa sus deliquios de la unión del alma con Dios en el mismo lenguaje de los enamorados y parece sentir la misma ardencia; porque aquel amor es seguramente el más propio y proporcionado a todo lo que tiene de vida terrenal, estando en su fundamento mismo, juntamente con el dolor.

Este es el estigma del caos en el esfuerzo creador, y con el amor constituye el resorte de la vida. El esfuerzo viene del amor, y el dolor viene del esfuerzo, el amor se esfuerza y se duele. Así por el dolor el amor conoce su fin y se purifica, y por el amor el dolor tiene su eficacia. El dolor sin amor vuelve al caos y aniquila; el amor sin el dolor solo podría perpetuar la impureza de la tierra, porque ya no sería el esfuerzo de Dios creando en ella; es decir, ya no sería amor, sino concupiscencia de sí misma.

Dice Jesús a sus discípulos: «La mujer cuando comienza a sentir los dolores del parto está triste, porque conoce que llega su hora; pero cuando ha parido ya no se acuerda de su dolor, por la alegría de haber puesto un hombre en el mundo.» Hé aquí la más perfecta imagen del dolor eficaz, porque ha sido venido por el amor. Y de aquí viene una misteriosa belleza que habréis observado en el rostro de toda mujer en camino de ser madre, como si suavemente transparentase la luz del amor que crea a través del sufrimiento y de su deformidad.

Hé aquí, pues, la tragedia humana: ser tierra en el supremo grado de penetración del palpitar de Dios dentro de ella. Todo viene de Dios, y todo ha de volver a Dios por esfuerzo: y por esto yo, hombre, estoy en la tierra resumiéndola desde la aparente insensibilidad de su barro, hasta la consciente sensibilidad de esta persona mía que de él fué hecha.

Así siento, antes que todo, este instinto de vivir en esta persona mía y de apoderarme, para tal fin, de cuanto me convenga. Y en seguida, presintiendo su disgregación por la muerte personal terrena, acude a mí el amor, también instintivo de momento, para perpetuar mi especie, y con ella la ascensión infinita de la tierra a Dios. *Fratelli á un tempo steso amore é morte, ingeneró la sorte.*

Pero estos instintos fundamentales que reconozco también en todos los otros grados inferiores de animación de la Naturaleza, se proporcionan en mí a mi grado en ella, a mi dignidad humana. Mi egoísmo deviene inteligente; mi amor sentimental; soy hombre por encima de la naturaleza inferior, hombre entre mis semejantes; y me apodero discretamente por lo que me corresponde (soy trabajador), y ayudo a mis semejantes y me ayudo para el fin espiritual que nos es común (soy social). Tengo mujer mía a la que amo no solo como varón, sino como hombre generador de hombres; é hijos que han de continuar mi persona en la ascensión humana. Soy esposo y padre y ciudadano.

Y junto con toda esta acción mía exterior hacia la naturaleza, hacia la especie y la so-

ciudad, hay una acción interior, un reflejo divino de todas estas cosas dentro de mí, una conciencia: la contemplo, y me contemplo, y siento que Dios se mueve en mi alma.

De la armonía vital *

Esta distinción que solemos hacer tan terminante entre el cuerpo y el alma, es hija de la soberanía de nuestra razón que todo quiere reducirlo a sus pobres mecanismos y considerarlos dentro de las categorías bien deslindadas que le son precisas y a las que, sin embargo, escapa la vida en la inmensa riqueza de aquel misterio que es la mayor y la mejor parte de ella; y aquel pecado de soberbia nos lleva a tratarla tan mal que padece mucho.

Así, por ejemplo, solemos juzgar y decir con el mayor aplomo:—Para los males del cuerpo, el médico; para los males del alma, el director espiritual; para el cuerpo, medicina; para los males del alma, máximas, consejos, reflexión.—Pero yo me atrevo a preguntaros:—¿Estáis seguros de saber bien lo qué en vosotros es cuerpo y lo qué es alma? ¿estáis bien seguros de saber lo qué de vosotros corresponde al médico y lo qué corresponde al profesor, al maestro ó al amigo? ¿no os entra á veces alguna duda de si la secreción de vuestra bilis es mejor regulada por la amable conversación del médico que por la droga que os receta al fin de ella, ó de si las tinieblas de vuestro espíritu han sido disipadas más por el sano ejercicio de un paseo que por las reflexiones que en el curso de él os han sido hechas?

Yo creo que, mientras vivimos en nuestra vida actual, el cuerpo y el alma forman una unidad que no se puede desconocer sin grave daño: llamemos á esta unidad cuerpo animado ó alma encarnada, lo mismo da, con tal de que no la rompamos queriendo considerar cada cosa por su lado.

Cuando bañamos y purificamos y entonamos esto que queremos llamar exclusivamente nuestro cuerpo en el agua, cuando lo ungimos y vestimos y adornamos, yo creo que también lo que llamamos nuestra alma queda purificada y entonada y ungida y vestida y adornada en mucho, y que si lo hiciéramos con perfecta conciencia é intención de la integridad de nuestra persona, es decir, dejando toda el alma en el cuerpo, aquella quedaría tan bañada y adornada como éste, porque en tal caso, esto es, presidiendo el acto tal conciencia é intención de unidad, no son cuerpo y alma, cosa y cosa, sino una sola.

Lo mismo digo de cuando se promueve en nosotros un gran bien espiritual: que si entonces sabemos incorporarlo á nuestra unidad, es decir, que si sabemos orar con los nervios y con los músculos y con la sangre, todo esto que llamamos cuerpo queda igualmente mejorado. Y si con un tal baño espiritual no queda nuestra piel materialmente lavada y resplandeciente, es sólo por una limitación que nuestra naturaleza impone á la energía de aquella conciencia é intención de unidad, no porque la trayectoria se detenga por sí sola ni diverja un punto de su rectitud; que allí iría á parar si la naturaleza lo consintiera. Por no consentirlo parece

á veces en la demanda; y entonces, no lo dudéis, la línea continúa más allá, aunque no sepamos cómo la perfecta unidad logra entonces toda su eficacia.

Pero ya sólo en lo que nuestra naturaleza consiente, el logro es mucho y la unidad bastante manifiesta. Bien sabéis de cómo un enfermo se ha mejorado con sólo haberse trasladado del lugar donde enfermó á su casa, ó por la simple presencia de una persona muy querida, ó por una noticia buena. Pues yo creo que el beneficio promovido por estos hechos exteriores puede lograrse igualmente y mucho más, con un acto interior, con un esfuerzo de conciencia de nuestra unidad personal, con una invocación á aquella cosa invulnerable, pacífica, eterna, que sentimos latir en el fondo de nuestra naturaleza, á aquello que es nuestra casa de eternidad, que es un infinito de amistad siempre creciente, que es una buena noticia que nos está llegando si constantemente la escuchamos: es aquel sentirse seguro en la mano de Dios, sano ó enfermo, en dolor ó en descanso, muerto ó vivo; aquella paz indestructible que no hay dolor, ni enfermedad, ni muerte que pueda turbar; aquella cosa buena que nadie, nadie, ninguna criatura de Dios puede dejar de sentir si bien se atiende á sí mismo, porque está en la masa de la que hemos sido hechos, Y aquella cosa, entonces, no hay sino á vivirla con la conciencia de ella, no hay sino como acurrucarse uno y meterse todo en ella, para sentir como nos abriga y nos modela y nos vuelve á hacer en ella de modo que sentimos la vida afluir otra vez y, poco á poco, subir como una marea invadiendo, difundiéndose por nuestros miembros hasta reintegrarnos en la sanidad y el vigor de todos ellos. Y si entonces nuestra naturaleza no consiente tanto, es igual, el beneficio no se pierde, estamos seguros de encontrarlo en otra parte. Pero en este «es igual», en el anticipado goce de este beneficio, en esta seguridad de «la otra parte», está precisamente, la mayor eficacia para conservarnos en ésta. En tal indiferencia está la mayor posibilidad, porque cuanto más todo no es uno, más fácil colocación hallamos en cualquier cosa. Cuanto más, recogíendome en mí mismo, digo: «Ya estoy muerto», más vida siento en mí, porque entonces, en el fondo de mi conciencia, conozco que del todo muerto nunca podré estarlo: que ante la sola potencia de eternidad que se deja sentir en nosotros, con ser nuestra medida tan pequeña todavía para ella, la muerte es ya, sin embargo, una palabra vana.

Esta me parece que ha de venir á ser una resultante ideal de sentirnos bien unos en cuerpo y alma dentro de nuestra naturaleza; y no estar, como ahora, tan torpes, que creamos que son dos cosas enemigas que hay que servir por separado. Y así cuando por tratar de servir al alma mortificamos innecesariamente al cuerpo, la ira de éste se siente en el alma misma porque ¿qué otro órgano tiene aquí el alma para su función? ¿qué más alma tengo aquí sino este cuerpo? ¿Con qué ojos veo esta puesta de sol que resplandece delante de mi ventana y me inunda de sentir, de eternidad, con qué nervios la siento, con qué cerebro la ideo, con qué corazón late en todo mi ser, sino con estos ojos, con estos nervios, con este cerebro y con este corazón de mi cuerpo, de este cuerpo que con tales usos se hace alma? ¿cómo podré castigarle que no castigue el alma misma, si de antemano no he cometido la torpeza de separarlos? No quiero verlos

* Artículo publicado en el *Diario de Barcelona* (2.^a serie), con el nombre: «La Panacea».

sino unidos, y entonces los dos serán siempre igualmente bien tratados.

Porque también es muy vano y ridículo el extremo de los que atienden tanto á su cuerpo con regalos, con afeites y con drogas, que llegan á olvidar su naturaleza verdadera. Ellos bien dicen que no; dicen que es de tanto como tienen presente la necesidad de su buen estado para todo lo de la vida que lo atienden de esta manera. Pero yo lo que veo es que tal atención les quita toda otra: tan ocupados están en conservar en buen estado el martillo, que no les queda tiempo para batir el hierro. Y entonces, yo pregunto: ¿para qué un martillo tan bonito?

Que tampoco es tan bonito, porque las cosas no se embellecen ni mejoran sino en su propio trabajo. Tratad de usar el cuerpo como alma y el alma como cuerpo, y estaréis en algo de la unidad de su naturaleza y en su trabajo más propio y, por tanto, en la única salud y belleza de toda ella.

POEMES DEL PORT

Epigrammata-Sonets

Op. II

JOSÉ M. LÓPEZ PICÓ

Vol. de 80 páginas de 16x23.

Cubierta ornamental de J. ARAGAY

F. ALTÉS, impresor. BARCELONA, 1911.

10 ejemplares numerados, en papel Japón. Precio: ptas.
50 » » en papel de hilo, » 4 »
190 » en papel verjurado . . . » 2 »

Horas Perdidas



El comerciante, el banquero, el abogado el empleado de comercio, el viajante, en una palabra, todos los que tienen á su cargo intereses ajenos ó que viven de su trabajo, no pueden estar enfermos; los días pasados en cama cuidando una indisposición son pura pérdida de dinero. Quizás ninguna indisposición como el resfriado ó catarro causa tanta pérdida de horas, y nada es tan fácil como evitar esto. Los Pellets del Doctor Mackenzy curan el resfriado siempre en 24 horas; sin necesidad de hacer cama; hacen cesar seguidamente el estado febril, el estornudeo, la sofocación, el lagrimeo, la destilación de la nariz. Los Pellets harán su trabajo pronto y bien, mientras hacéis vuestro trabajo, y os ahorrarán muchos males y perjuicios. Los Pellets se venden á Ptas. 1'50 en todas las buenas farmacias.

RON BACARDÍ



LIBROS RAROS Ó PRECIOSOS

IMPRESOS Ó MANUSCRITOS

:: SE COMPRAN POR SU MAS ALTO VALOR ::

SALVADOR BABRA - Méndez Núñez, 11

ENFERMEDADES de la PIEL y GABELLO

SIFILOGRAFÍA

Dr. Umbert - Calle Canuda, 26

El Curso Miguel Angel

Sigue abierta en esta redacción la suscripción á que invitamos á nuestros amigos y á los amantes de la cultura que deseen contribuir á la publicación del volumen que contendrá las Lecciones del Curso Miguel Angel, dado en Tarrasa en 1911, por los señores Leonart, Folch y López Picó, el cual formará un nutrido y lujoso tomo ricamente ilustrado con fotografías de las obras del gran Maestro, y editado por la revista «Ciutat», de Tarrasa.

Precio del ejemplar 5 pesetas

Langenscheidts Taschen-Wörterbücher

der

Katalanischen und deutschen sprache

Erster Teil

KATALANISCH - DEUTSCH

verfasst von PROF. DR. EBERHARD VOGEL

Berlin-Schöneberg—Langenscheidtsche Verlagsbuchhandlung

Madrid—Adrián Romo.

Barcelona—Librería internacional de Pablo Schneider (Rambla de Cataluña); Librería de Mariano Roig (Condal, 8).

Precio neto: 2 Mks.

CHAMPAGNE NOYET

Cavas "Els Pujols"

==Premiat en totes les exposicions á que ha concorregut==

Comarca del Panadés

BRIEHS SOMBREROS
ARCHS - 3

CAMISERIA, CORBATERIA y NOVETATS

Géneros de Punt - Especialitat en Camises á mida

Plassa de Sant Jaume, 5 y Bisbe, 2 - BARCELONA

ALOY



— Camisería
y Corbatería

— Boquería - 32

:: BARCELONA ::

ESPECIALITAT —
en CAMISES á MIDA
GRAN BARATURA
— de PREUS

MOSAICOS E F ESCOFET & C

Ronda San Pedro & Barcelona

Marmoles
Piedras
Maderas

Construcción
Decoración

Joaquín Montaner

Sonetos —
— y Canciones

■ ■ ■

Un tomo de 64 págs. — Dos Ptas.
J. Horta, Impresor. — Barcelona, 1911

— EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES —

LA EGIPCIA

SOCIEDAD ANÓNIMA

La más importante de España-20 sucursales con teléfono-Central: Pelayo, 44, teléf. 1,113 ♦ ECONOMIA VERDAD EN LOS PRECIOS

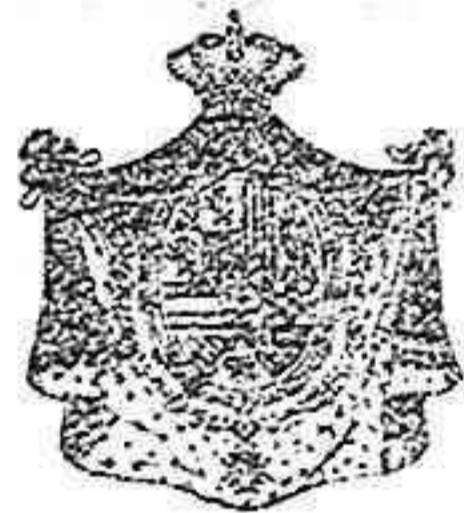
Importante: La Egipcia es la única funeraria que posee Cámara de Desinfección, no sirviendo artefacto alguno sin que sea previamente desinfectado.—NOTA: Esmerado y rápido servicio tanto en la Capital como fuera de ella.

AGUAS MINERALES NATURALES
de la
SOCIEDAD ANÓNIMA
VICHY CATALÁN

Aguas hipertermales, de temperatura 60°, alcalinas, bicarbonatado-sódicas. Sin rival para el **reumatismo**, la **diabetes** y las afecciones del **estómago**, **hígado**, **bazo**. Estas aguas, de reputación universal, sólo se venden embotelladas y las botellas llevan todos los distintivos con el nombre de la **Sociedad Anónima Vichy Catalán**. Llamamos la atención de los consumidores, y muy particularmente de los enfermos, para que no se dejen sorprender admitiendo como idénticas á nuestras aguas otras **artificiales** que se ofrecen en este mercado con nombres de **fuentes imaginarias** que sólo son marcas de fábrica y **no fuentes de origen**.

DE VENTA EN TODAS PARTES

Administración: RAMBLA de las FLORES-18-ent.º



VIUDA DE
JOSÉ RIBAS

MOBILIARIOS DE LUJO
EN ESTILOS CLÁSICOS Y MODERNOS

INTERIORES COMPLETOS

SECCIÓN COMERCIAL

MOBILIARIOS
EXTRAORDINARIAMENTE BARATOS

METALISTERÍA & LÁMPARAS

OBJETOS DE ARTE

PARQUETS PLEGABLES (PATENTADOS)

Despacho: Plaza de Cataluña, 7
Almacenes y Talleres: Consejo de Ciento, núm. 327

: Cemento Portland Artificial:
ASLAND

Fábrica en Castellár de Nuch y la Pobla de Lillet
Actual producción: 240 toneladas diarias

Sólo una clase - La superior

UNIFORMIDAD Y CONSTANCIA EN LA COMPOSICIÓN

Resistencias sólo comparables á las de los mejores portlands conocidos : Aplicables á todos los usos, especialmente á los que exigen resistencia extraordinaria : Insustituible en obras hidráulicas :

COLOR INMEJORABLE PARA PIEDRA ARTIFICIAL

A igual resistencia admite cuatro veces más arena que los mejores cementos : Fabricación por hornos rotatorios automáticos : Motor hidráulico por tubería forzada de 4,700 metros de largo por 80 centímetros de diámetro, desarrollando 3,000 caballos de fuerza : Combustible procedente de las minas de la Compañía : Laboratorio físico y químico á disposición de los clientes como garantía de la calidad : Análisis constante de las primeras materias y del producto elaborado :

Despacho en BARCELONA: Plaza de Palacio, 15 (Pórticos Xifré)

OBRA NUEVA

Lo que debe saber todo Concejal

por
D. FERNANDO SANS Y BUIGAS

Abogado, Secretario del Ayuntamiento de Sarriá, Secretario del Primer Congreso Español de Gobierno municipal,

y
D. JOSE M.ª TALLADA

Ingeniero, Profesor de Economía Social en la Escuela Provincial de Artes y Oficios de Barcelona.

Un volumen de 452 páginas, 4'50 pesetas (encuadernado).

PEDIDOS: Centro de Administración Municipal, calle Aduana, 3, entlo.: Principales Librerías y en la Administración de CATALUÑA, Muntaner, 22, bajos.

AGUA MINERO : MEDICINAL
NATURAL : PURGANTE

RUBINAT-LLORACH

Recomendada por las Academias de Medicina de París y Barcelona, etc., etc.

DIPLOMAS Y MEDALLAS DE ORO

PURGANTE SIN RIVAL EN EL MUNDO

Combate eficazmente la constipación pertinaz del vientre, infartos crónicos del hígado y bazo, obstrucciones viscerales, desórdenes funcionales del estómago é intestinos, calenturas, depósitos biliosos, calenturas tifoideas, congestiones cerebrales, afecciones herpéticas, fiebre amarilla, escrófulas, obesidad (gordura); NO EXIGE REGIMEN NINGUNO — Como garantía de legitimidad, exigir siempre en cada frasco la firma y rúbrica del **Dr. Llorach**, con el escudo encarnado y etiqueta amarilla. Desconfiar de imitaciones y substituciones.

— VÉNDESE EN FARMACIAS, DROGUERÍAS Y DEPÓSITOS DE AGUAS MINERALES —

Administración: Calle Cortes, 648 - BARCELONA

Nadie debe estar en su casa sin una botella de agua Rubinat-Llorach

La revista semanal CATALUÑA en 1911

ha publicado entre otros, los siguientes trabajos originales:

- Eugenio d'Ors: Contribución á la filosofía.
 J. Farrán y Mayoral: La Filosofía del Hombre que trabaja y que juega.
 Eladio Homs: Oraciones del despertar social.—La gloriosa España latente.—La educación artística de la mujer.—La verdadera España moderna.
 Ernesto Homs: Las noches amables: Una rosa de papel.
 Carlos Jordá: Política de realizaciones: El partido regionalista español.—El conocimiento de nuestra ideología.—Cambó en Oriente.—El socialismo en la edad media: El estado de los Incas.—La Mancomunidad ante España: El triunfo de Cataluña.
 Luis Jover Nunell: La Confederación Nacional del trabajo.
 J. M. López Picó: Amores de Cataluña vecina.
 Jaime Bosacoma: La Mancomunidad y la provincia de Gerona.
 José Martí y Sábat: Algunas ideas sobre el progreso.
 Gerónimo Martorell: Barcelona, ciudad.
 J. Garriga y Massó: Pláticas financieras (en curso de publicación)
 Antonio Montaner: Joaquín Costa.—Intellectualismo y socialismo: Dos palabras sobre los «Fabianos».
 Angel Ossorio: Las clases directoras.
 Rafael Vehils: Minas de energía.
 Miss Elisabeth Wallace: España desde el Norteamérica.
 Guillermo Graell: ¿Por qué he ido yo á Roma?
 R. Rucabado: Contestación al artículo «el Pastor Jatho».—La inmoralidad del voto en blanco.—Un barrio gótico en Barcelona.—Eucaristía—Gesoria ó la clara hospitalidad.—La mancomunidad y la autonomía.—Unamuno y la lengua catalana.—El intervencionismo en la ética.
 Bernabé Martí y Bofarull: Una victoria del espíritu catalán.
 F. Sans y Buigas: El problema de España: Falta de personalidades.
 F. Sagarra y Castellarnau: Ossorio y los conservadores.—El Decreto sobre Notarías,
 José M. Tallada: La economía social y el Museo social de Barcelona.—La supresión de los consumos.—El impuesto de alquileres.—La exposición de Higiene de Dresde.—La representación proporcional.—El retroceso de la idea republicana en España.
 Emilio Vallés: La música para los niños.
 María Concepción Torner: El feminismo en Cataluña: Un concurso de economía doméstica—Ligas de compradoras.—El caso de Hellen Keller.—Impresiones acerca del actual movimiento feminista en Cataluña.
 J. Torres García: La decoración en las escuelas.—Nuestro clasicismo.
 Miguel S. Oliver: El caso portugués.

Número extraordinario 170-171 del 7-14 Enero 1911 dedicado á

El ideal y la actividad de la juventud catalana

43 artículos con un epílogo de D. Enrique Prat de la Riba

SUMARIO

- EL IDEAL Y LA ACTIVIDAD DE LA JUVENTUD CATALANA EN EL MOMENTO PRESENTE, por *La Redacción*.
 LA LENGUA CATALANA, por *José Carner*.
 EL RENOVAMIENTO DE LA TRADICIÓN INTELLECTUAL CATALANA, por *Eugenio d'Ors*.
 POSICIÓN ACTUAL DEL CATOLICISMO, por *Luis Carreras*, Pbro.
 LA POLÍTICA Y LA CULTURA, por *José Pi-jóán*.
 ACCIÓN RELIGIOSA, por *Carlos Jordá*.
 LA ACTUACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA POLÍTICA, por *Jaime Bofill y Matas*.
 POR EL TECNICISMO EN LA POLÍTICA, por *José Martí y Sábat*.
 LA DIGNIDAD SOCIAL Y LA JUSTICIA TRIBUTARIA EN NUESTRA POLÍTICA, por *M. Reventós*.
 LA CASTIDAD EN LOS JÓVENES, por *F. de Sagarra y Castellarnau*.
 DE FEMINISMO, por *María C. Torner*.
 DE PEDAGOGÍA, por *Eladio Homs*.
 LOS NIÑOS, por *Alejandro Galí*.
 LA ORGANIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA, por *Buenaventura Cunill*.
 PENSIONES PARA EL EXTRANJERO, por *Emilio Vallés*.
 NUESTRAS UNIVERSIDADES, por *A. Plana*.
 EL IDEAL CIENTÍFICO DE CATALUÑA, por *Augusto Pi y Sunyer*.
 DE PERIODISMO, por *Ramón Rucabado*.
 DE POESÍA CATALANA, por *José M. López Picó*.
 DE BIBLIOTECAS, por *F. Martorell*.
 LA ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS CLÁSICAS, por *L. Nicolau de Oliver*.
 ESTUDIOS CLASICISTAS, por *J. Bosch Gimpera*.
 ESTUDIOS DE FILOLOGÍA ROMÁNICA, por *Manuel de Montoliu*.
 INVESTIGACIONES SOBRE LA CIENCIA MORAL Y JURÍDICA DE CATALUÑA, por el doctor *Tomás Carreras Artau*.
 DE TEATRO CATALÁN, por *J. Farrán Mayoral*.
 EL IDEAL ARTÍSTICO, por *J. Torres-García*.
 EL ARTE MODERNO EN CATALUÑA, por *Joaquín Folch y Torres*.
 EDUCACIÓN ARTÍSTICA POPULAR, por *Román Jori*.
 LA MÚSICA CATALANA, por *V. de Gibert*.
 DE LA EDUCACION MUSICAL EN LA ESCUELA, por *Juan Llongueras*.
 POLÍTICA SOCIAL, por *J. M. Tallada*.
 BUROCRACIA, por *M. Vidal Guardiola*.
 EL PROBLEMA MUNICIPAL, por *F. Sans y Buigas*.
 LOS ESTUDIOS ECONÓMICOS, por *Antonio Monfort y Costa*.
 NUESTRA EXPANSIÓN ECONÓMICA, por *Manuel Pugés*.
 LOS ESTUDIOS GEOGRÁFICOS COMERCIALES, por *José Sitjas*.
 ACTUACIÓN DE LA JUVENTUD MERCANTIL, por *Julio Bassols*.
 ¿QUÉ DEBE SER LA BANCA?, por *Antonio Soldevila Formigó*.
 EL PROBLEMA DEL DERECHO MERCANTIL, por *J. Vidal Tarragó*.
 LA JUVENTUD Y LA AGRICULTURA, por *Ignacio Fages*.
 LA INSTRUCCIÓN EN LA AGRICULTURA, por *J. A. Torrents Ballester*.
 CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LAS CUESTIONES MILITARES, por *R. Gay de Montellá*.
 LA VIDA FÍSICA, por *J. Elías Juncosa*.
 EPÍLOGO.—LA SANTA CONTINUACIÓN, por *Enrique Prat de la Riba*.

Información sobre la Mortalidad de Barcelona

(en los números 184 y siguientes. Resumen en el núm. 202)

Informes de los Sres. Dres. Bassols y Prim, Bellido, Blanch y Benet, Macaya, Raduá, Trallero, Verderau, y Sres. Escudé Bartolí y Sans y Buigas.

Información sobre la cuestión del Cinematógrafo y la de la Moral de la calle

(en los números 208, 218, 219 y 221: en curso de publicación. Se han recibido

cerca de 50 contestaciones, de las cuales hay publicadas las de los Sres. siguientes:)

José M. Baranera, Rosa Bardella, Adolfo A. Buylla, Conde de Doña Marina, Juan Domínguez Berrueta, Eladio Homs, Carmen Karr, Fermín de la Cot, José Lleonart, Juan Maragall, Andrés Manjón, Juan Moneva Pujol, Dolores Monserdá de Maciá, Eugenio D'Ors, Angel Ossorio, Juan Palau Vera, Augusto Pi y Suñer, Enrique O Raduá, Federico Rahola, Eduardo Sanz y Escartín, Rosendo Serra y Pagés, Luis Soler, José M^a de Sucre, J. Torres García, Emilio H. de Villar, Dr. Eberardo Vogel, Yvon l'Escop.

BIBLIOTECA DE AUTORES CLASICOS GRIEGOS Y LATINOS

BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS PROFESORES

LUIS SEGALÁ y COSME PARPAL

Con la versión directa y la traducción literaria

por ezimios humanistas antiguos y modernos



VOLÚMENES APARECIDOS HASTA LA FECHA:

SAFO: Odas I y II; ERINA: A la Fuerza; 1 vol.—BAQUILIDES: Teseo; 1 vol.—PINDARO: Olimpica 1; 1 vol.—MOSCO DE SIRACUSA: Amor fugitivo; 1 vol.—JENOFONTE: Apología de Sócrates; 1 vol.—SAN JUAN CRISOSTOMO: Defensa de Eutropio; 1 vol.—HORACIO: Epódos I-X; 5 vols.—HORACIO: Epístola á los Pisones; 1 vol.—SOFOCLES: Electra.

EN EL CIRCUITO DE LEVANTE

== (Vilasar - Mataró - Argentona - Vilasar) ==

Los automóviles contruidos por

La : Hispano : Suiza

han ganado en competencia con otras 13 marcas representadas por 16 coches

Copa Barcelona - Doble kilómetro lanzado

- 1.º de la clasificación general *Copa Barcelona* (Bons: 119'204 kilómetros por hora.
- 1.º y 2.º (Carreras Bouvier) de la primera categoría.
- 1.º y 2.º (Bouvier-Ciudad) de la segunda categoría.
- 1.º (Bons) de la quinta categoría.

(ÚNICAS EN QUE HAN TOMADO PARTE)

: Campeonato Español de Amateurs :

- 1.º de la clasificación general, *Copa de S. M. el Rey*, título de *Campeón de España* y *Copa de Regularidad del R. A. C. de España*.
- 2.º de la clasificación general, *Copa del Comité* y *Copa Fabra* á la vuelta más rápida (Abadal).
- 4.º de la clasificación general (Almirall) y
- 6.º de la clasificación, *Medalla del R. A. C. de Cataluña* (Tusell).

La Hispano Suiza

Carretera de Ribas, 279 - BARCELONA
27, Rue Cabé («Levallois-Perret») - PARIS

== Ron
Bacardí

Comparad la "URANIA" con las demás y la adoptaréis



Sólida
5 años
Garantía

Visible
750
Pesetas

Agente General: J. ROVIRA - Cortes, 619 - Barcelona

El mejor

= CAFE =

: es el torrefacto de :

LA ESTRELLA

■ ■ ■

Calle del Carmen - 1

(frente Belén)

LOS PELLETS DEL DR. MACKENZY

CURAN EL PEOR RESFRIADO EN 24 HORAS

Véase el anuncio en la página 30